

Las
Cien
Mejores
Lecturas
del
Siglo
XIX



ESCOGIDAS

POR

NARCISO ALONSO CORTÉS



10

DGCL

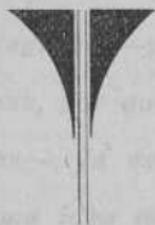
A

+ .534
C. 1220817

Las cien mejores poesías del siglo XIX

escogidas por

Narciso Alonso Cortés



Artes Gráficas Afrodísio Aguado
Valladolid-Palencia

1934

Las cien mejores
poetas del siglo XIX

recopilados por

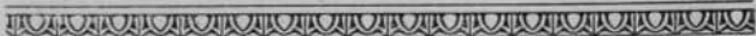
Alfonso Cortés

ES PROPIEDAD

Queda hecho el depósito que
marca la Ley.



R. 135353



Parece ya obligado en esta clase de antologías el título de *LAS CIEN MEJORES POESIAS*, que un editor extranjero imaginó; y aunque muchos que no alcanzan a ver la finura del título y de su intento, tienen inmediatamente en los labios dos trivialísimas preguntas—por qué han de ser ciento y no ciento una, por qué se ha de creer que esas son las mejores—, la verdad es que difícilmente se ocurrirá una idea más sutil, y a la vez más práctica, de la que encierra esa limitación de número y de cualidad. Para los que sepan entenderlo así no será preciso dar explicaciones acerca de si fueron más o menos de ciento las poesías buenas del siglo XIX, y si las ciento contenidas en este tomo son precisamente las mejores.

Una cosa nos interesa solamente advertir. Hemos creído conveniente excluir de esta colección a los poetas que, habiendo comenzado a escribir en el siglo XIX, viven todavía; y esto explica que no figuren algunos verdaderamente insignes, que, por fortuna para las letras, siguen aún cultivándolas. Por caso inverso, tampoco hemos dado cabida a otros ya fallecidos, igualmente notables, que realizaron su total labor poética en el siglo XX, aunque nacieran a fines del anterior.

Siendo tantos los líricos del siglo XIX, necesariamente han tenido que quedar excluidos de esta colección muchos de notoriedad; pero ninguno cuya inclusión pareciera imprescindible. Hemos dado entrada, en cambio, a algunos injustamente olvidados.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Alarcón (Pedro Antonio de)	
62. <i>Sueños de sueños</i>	175
Alcover (Juan)	
85. <i>Sed</i>	231
Arnao (Antonio)	
34. <i>Armonías</i>	123
Arolas (Juan)	
22. <i>Los celos de la Sultana</i>	83
23. <i>Fakma y Acmet</i>	86
Aza (Vital)	
82. <i>¡Cómo cambian los tiempos!</i>	223
83. <i>Tío y sobrino</i>	226
Balart (Federico)	
80. <i>Primer lamento</i>	219
Bartrina (Joaquín M.)	
75. <i>Fabulita</i>	214
76. <i>La última cuerda</i>	215

77.	<i>A quien yo sé</i>	216
78.	<i>Arabescos</i>	217
Bécquer (Gustavo Adolfo)		
43.	<i>Rimas</i>	135
44.	"	136
45.	"	139
46.	"	140
Bermúdez de Castro (Salvador)		
18.	<i>A los astros</i>	63
Blasco (Eusebio)		
74.	* * *	213
Bretón de los Herreros (Manuel)		
8.	<i>Ruede la bola</i>	28
9.	<i>El baile</i>	30
Bustillo (Eduardo)		
73.	<i>Cosas de Fulano</i>	211
Cabanyes (Manuel de)		
26.	<i>La independencia de la Poesía</i>	97
Campoamor (Ramón de)		
27.	<i>Cosas de la edad</i>	99
28.	<i>La comedia del saber</i>	102
29.	<i>Los dos miedos</i>	111
Castro (Gonzalo de)		
66.	<i>Dos templos</i>	192
Castro (Rosalía)		
50.	* * *	143
51.	<i>Los tristes</i>	143
52.	* * *	147

Coronado (Carolina)	
30. <i>El amor de los amores</i>	112
31. <i>¡Oh, cuál te adoro!</i>	118
Costa y Llobera (Miguel)	
84. <i>Adiós a Italia</i>	229
Curros Enríquez (Manuel)	
79. <i>El árbol maldito</i>	217
Díaz (Nicomedes Pástor)	
17. <i>La mariposa negra</i>	59
Escalante (Amós de)	
70. <i>Caligo</i>	204
Espronceda (José de)	
14. <i>Canción del Pirata</i>	48
15. <i>El canto del Cosaco</i>	52
16. <i>A Jarifa, en una orgía</i>	55
Estremera (José)	
81. <i>¡Victoria!</i>	221
Fernández Shaw (Carlos)	
96. <i>Los quejidos del árbol</i>	260
97. <i>El agua del monte</i>	261
Ferrán (Augusto)	
47. * * *	141
48. * * *	141
49. * * *	142
Ferrari (Emilio)	
67. <i>¡Semper!</i>	196
68. <i>Obsesión</i>	197

Gabriel y Galán (José María)	
98. <i>Del viejo el consejo</i>	264
99. <i>Las sementeras</i>	266
Gallego (Juan Nicasio)	
3. <i>El Dos de Mayo</i>	16
García Gutiérrez (Antonio)	
11. <i>Recuerdos</i>	38
12. <i>Amor sin celos</i>	42
García Tassara (Gabriel)	
24. <i>A Quintana</i>	90
25. <i>El insomnio</i>	97
Gil (Ricardo)	
89. <i>Aguafuerte</i>	241
90. <i>El convidado de piedra</i>	245
91. <i>El secreto</i>	248
Gil y Carrasco (Enrique)	
10. <i>La violeta</i>	35
González de Tejada (José)	
72. <i>Noticias del Parnaso</i>	207
Hartzenbusch (Juan Eugenio)	
13. <i>El Alcalde Ronquillo</i>	43
Lista (Alberto)	
2. <i>Al sueño</i>	13
López de Ayala (Adelardo)	
37. <i>Sin palabras</i>	129
38. <i>A un pie</i>	129
López García (Bernardo)	
63. <i>La Fe</i>	180

Llorente (Teodoro)	
58. <i>Nuevo Endimión</i>	167
59. <i>La melancolía</i>	168
Martínez Güertero (Luis)	
64. <i>La mujer adúltera</i>	181
Martínez Monroy (José)	
60. <i>Cruzando el Mediterráneo</i>	169
61. <i>La predicción</i>	172
Martínez de la Rosa (Francisco)	
4. <i>Himno epitalámico</i>	22
Maury (Juan María)	
6. <i>La ramilletera ciega</i>	26
Mora (José Joaquín de)	
7. <i>El pescador</i>	27
Núñez de Arce (Gaspar)	
53. <i>Estrofas</i>	149
54. <i>Velut umbra</i>	157
55. <i>Soneto</i>	159
Palacio (Manuel del)	
39. <i>Fœderis arca</i>	130
40. <i>¡Calla!</i>	132
41. <i>Al cumplir sesenta años</i>	132
Querol (Vicente W.)	
56. <i>Carta a María</i>	159
57. <i>Visión</i>	164
Quintana (Manuel José)	
1. <i>El panteón del Escorial</i>	1

Reina (Manuel)	
86. <i>La lira de Virgilio</i>	234
87. <i>Canción árabe</i>	236
88. <i>La muerte de Juan Borgia</i>	237
Rivas (Duque de)	
5. <i>Lucía</i>	23
Rueda (Salvador)	
92. <i>El puente colgante</i>	251
93. <i>El deshielo</i>	254
94. <i>Los pavos reales</i>	256
95. <i>La carrera de árboles</i>	257
Ruíz Aguilera (Ventura)	
32. <i>El árbol de la Libertad</i>	119
33. <i>El hogar paterno</i>	121
Sandoval (Manuel de)	
100. <i>A Mistral</i>	271
Sanz (Eulogio Florentino)	
42. <i>La fiel castellana</i>	133
Silió (Evaristo)	
71. <i>Una tarde</i>	205
Trueba (Antonio de)	
35. <i>A la orilla del arroyo</i>	124
Vega (Ricardo de la)	
65. <i>La defensa del sainete</i>	189
Velarde (José)	
69. <i>Tempestades</i>	200

Zea (Francisco)

36. *Al embestir* 127

Zorrilla (José)

19. *Oriental* 67

20. *La torre de Fuensaldaña* 70

21. *Gloria y orgullo* 79



EL SEÑOR DON JOSÉ QUINLAN
Y SU FAMILIA

**LAS CIEN MEJORES POESÍAS
DEL SIGLO XIX**

MANUEL JOSÉ QUINTANA

(1772 Madrid.-1857)

EL PANTEON DEL ESCORIAL

1

En los amargos días
que serán luto eterno en la memoria,
y a los siglos remotos indignada
con hiel y llanto pintará la historia;
cuando después de reluchar en vano
con la dura opresión en que gemía,
la tierra, sin aliento, al yugo indigno
el cuello pusilánime tendía;
al tiempo que el destino
las espantosas puertas desquiciando
del imperio del mal, sus plagas todas
sobre España lanzaba,
y ella míseramente agonizaba;
yo entonces afligido,
“pide, dije a mi espíritu, sus alas
a la paloma tímida, inocente;
tómalas, vuela, y huye a los desiertos,
y vive allí de la injusticia ausente.”

Al punto presurosas
mis plantas se alejaron
a las sierras nevadas y fragosas,
lindes eternos de las dos Castillas.
Ya sus cimas hermosas
mi pensamiento alzaban
del fango en que tú ¡oh corte! nos humillas,
cuando mis ojos la mansión descubren
que en destinos contrarios
es palacio magnífico a los reyes
y albergue penitente a solitarios.
En vano el genio imitador su gloria
quiso allí desplegar, negando el pecho
a la orgullosa admiración que inspira.
“¡Artes brillantes, exclamé con ira,
será que siempre esclavas
os vendáis al poder y a la mentira!
¿Qué vale ¡oh Escorial! que al mundo asombres
con la pompa y beldad que en ti se encierra,
si al fin eres padrón sobre la tierra
de la infamia del arte y de los hombres?”

¡Mas no es tumba también... Y en esta idea
embebecido el pensamiento mío,
quise al recinto penetrar, en donde
bajo eterno silencio y mármol frío
la muerte a nuestros príncipes esconde.
¡Salud, célebres urnas! En el oro,
en las pomposas letras que os coronan,
decidme, ¿qué anunciáis? ¿Tal vez memorias,
memorias, ¡ay!, en que la mente opresa
con el dolor presente

pueda aliviarse al contemplar las glorias
que un tiempo ornaban la española gente?
¡Sepulcros, responded!... Y de repente
vuélvense de la bóveda las puertas
sobre el sonante quicio estremecido:
la antorcha muere que mis plantas guía,
y embargado el sentido,
mil terribles imágenes se ofrecen
a mi atemorizada fantasía.

Tú, que ciñendo de laurel la frente,
con austero semblante
y en perdurable verso
presentas la verdad al universo,
sin que el halago pérfido te vicie
ni el ceño de los déspotas te espante:
¡oh Musa del saber! Mi voz te implora;
ven, desata mi labio, en digno acento
dame que pueda revelar ahora
lo que vi, lo que oí, cuanto escondido,
sin que los hombres a entenderlo aspiren,
yace allí entre las sombras y el olvido.

Un alarido agudo, lastimero,
el silencio rompió que hondo reinaba,
mientras las urnas lánguida alumbraba
pálida luz de fósforo ligero.
Levanto al grito la aterrada frente,
y en medio de la estancia pavorosa
un joven se presenta augusto y bello.
En su lívido cuello
del nudo atroz que le arrancó la vida

aun mostraba la huella sanguinosa;
y una dama a par de él también se vía,
que, a fuer de astro benigno, entre esplendores
con su hermosura celestial sería
del mundo todo adoración y amores.
¿Quién sois? iba a decir, cuando a otra parte
alzarse vi una sombra, cuyo aspecto
de odio a un tiempo y horror me estremecía.
El insaciable y velador cuidado,
la sospecha alevosa, el negro encono,
de aquella frente pálida y odiosa
hicieron siempre abominable trono.
La aleve hipocresía,
en sed de sangre y de dominio ardiendo,
en sus ojos de víbora lucía;
el rostro enjuto y miseras facciones
de su carácter vil eran señales,
y blanca y pobre barba las cubría
cual yerba ponzoñosa entre arenales.

Los dos al verle con dolor gimieron;
paráronse, y el joven indignado,
“¿Qué te hicimos?, ¡oh bárbaro! exclamaba;
¿conoces a tus víctimas?” “Respeto,
dijo el espectro, a quien el ser debiste;
por el bien del Estado al fin moriste.
Resígnate.”

El Príncipe Carlos

“¡Oh hipócrita! La sombra
de la muerte te oculta, ¿y aún pretendes

fascinar, engañar? Cuando asolados
por tu superstición reinos enteros
yo los osé compadecer, tú entonces
criminal me juzgaste, y al sepulcro
me hiciste descender. Mas si en el pecho
de un hijo del fanático Felipe
no pudo sin delito haber clemencia,
¿cuál fué, responde, la secreta culpa
de esta infeliz para morir conmigo?
Ni su sangre real, ni el ser tu esposa,
ni su noble candor, ni su hermosura,
de ti pudieron guarecerla.”—

Un hondo
gemido entonces penetró los aires,
que al desplegar sus labios dió la triste

Isabel de Valois o de la Paz

“¡Ay, prorrumpió, de la que nace hermosa!
¿Qué la valdrá que en su virtud confíe,
si la envidia en su daño no reposa
y la calumnia hiriéndola se ríe?
Yo di al mundo la paz, Paz me nombraron,
Quise al cruel que se llamó mi esposo
un horror impedir, y este es mi crimen.
Pedí por ti con lágrimas; mis ruegos,
cual si de un torpe amor fuesen nacidos,
irritaron su mente ponzoñosa.
La vil sospecha aceleró el castigo,
y sin salvarte, perecí contigo:
¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!

Dijo; y vertiendo lastimoso llanto

en los hombros del joven reclinada,
sus ojos melancólicos y bellos
fijaba en él, y la amistad más viva,
la más noble piedad, reinaba en ellos.
Entre sus manos frías
se miraba la copa envenenada
que terminó sus días,
y el Príncipe en las suyas agitando
un sangriento dogal, con faz terrible
a su bárbaro padre atormentaba.
El tirano temblaba; en sordos ecos
desesperados ayes
su boca despedía,
y de sus miembros trémulos
en convulsiones hórridas
brotaba a su despecho la agonía.
Sí: nacer para el mal, romperse el velo
de la ilusión que arrebató hacia el crimen,
presentes ver las víctimas que gimen,
ser odio, execración del universo,
mirar que niega la implacable suerte
todo retorno al bien; ¡ay, al perverso
este infierno tal vez en vida alcanza,
si aún le sigue a los reinos de la muerte!
¡Qué terrible, oh virtud, es tu venganza!

Sobrepujando, en fin, por un momento
la agitación, y vuelto hacia su hijo:

Felipe II

“Cesa, cruel, de atormentarme, dijo;
tu muerte injusta fué; pero el Estado

con ella respiró. Si tú vivieras,
rota la paz, turbada la armonía.
de un imperio hasta allí quieto y sereno,
tú profanaras su inocente seno
con la atroz sedición, con la herejía.”

El Príncipe Carlos

“Mandar, sólo mandar, que se estremezca
la tierra a vuestro arbitrio, este es el orden,
esta la ley con que regís al mundo
tú y tus iguales, y al ahogar la vida
de las naciones miserables que os sirven,
dais el nombre de paz al desaliento
de la devastación. ¡Oh de Felipe
hijos, nietos imbéciles, decidle
qué resta ya de la nación que un tiempo
al mundo dominó como señora.
Alzaos del polvo, y respondedle ahora.”

A los tremendos ecos
de la imperiosa voz, que resonando
fué como trueno bronco por los huecos
de aquellas tumbas, de repente abiertos
sus mármoles, tres sombras abortaron,
que en vez de amor u horror, desprecio sólo,
impiedad injuriosa me inspiraron.
Alzaba al cielo sin cesar los ojos
con apariencia mística el primero,
dejando el cetro en tanto por despojos
a un mercenario vil, cuya avaricia
mientras más atesora, más codicia.

En juegos, danzas, farsas distraído,
y al crótalo procaz dando el oído,
el segundo se entrega a los placeres
y el reino y el deber pone en olvido.
Trémulo el otro respiraba apenas.
¡Oh Dios! ¿Y esto era rey a tanto imperio?
Nulo igualmente a la virtud que al vicio,
indigno de alabanza o vituperio,
la estrella ingrata que su sér gobierna
le destinó en el mundo
a impotencia oprobiosa, a infancia eterna.

Viólos Felipe, y en aquel momento
lució en su faz la majestad pasada;
viólos, y dijo:

Felipe II

“¿Quiénes sois? ¿Qué hicisteis
del inmenso poder que se extendía
con pasmo universal de polo a polo?
Tal os le di muriendo. Al nombre hispano,
a su esplendor y bélica fortuna
tembló el francés, se estremeció el britano
y le oyó con terror la media luna.”

Felipe III

“Yo nací para orar: un solo día
quise mostrarme rey, y de sus lares
a las arenas líbicas lanzados
un millón de mis súbditos se vieron.
Los campos todos huérfanos gimieron,

llora la industria su viudez; ¿qué importa?
Su voz no llegó a mí.”

Felipe IV

“Ya el trono de oro,
que a tanto afán alzaron mis abuelos,
debajo de mis pies se derrocaba;
mientras que, embebecido entre festines,
yo, olvidando mi oprobio, respiraba
el aura del deleite en los jardines.”

Carlos II

“Yo inútil...”

Felipe II

“Basta ya: ¿quién hay que al verte
pueda ignorar la deplorable suerte
de este imperio, en tus manos moribundo?”

El Príncipe Carlos

“Aún no basta; responde: ¿a quién el mundo
te vió dejar el vacilante trono?
¿A quién diste el poder de Austria?”

Carlos II

“A la Francia.”

Felipe II

“¡A la Francia! A esa gente abominable,
eterno horror de la familia mía!”

¿Lo oyes, oh padre? Las legiones fieras
que en san Quintín triunfaron y en Pavía,
bajo el yugo se ven de los vencidos.
¿Cómo España es tan vil que lo consiente?
No hay duda: un astro pérfido, inclemente,
se ha complacido en eclipsar mi nombre,
y el mundo en vano me llamó *el Prudente.*”

Así en estos inútiles clamores
su confusión frenético, exhalaba,
cuando las losas del sepulcro hendiendo,
se vió un espectro augusto y venerable,
que a los demás en majestad vencía.
El águila imperial sobre él tendía
para dosel sus alas esplendentes,
y en arrogante ostentación de gloria
entre sus garras fieras y valientes
el rayo de la guerra arder se vía
y el lauro tremolar de la victoria.
Un monte de armas rotas y banderas
de bélicos blasones
ante sus pies indómitos yacía:
despojos que a su esfuerzo las naciones
vencidas, derrotadas, le rindieron.
Las sombras a su aspecto enmudecieron;
y él, con fiero ademán vuelto al tirano,
dijo:

Carlos V

“¿Por qué culpar a las estrellas
de esa mengua cruel? ¿Por qué te olvidas

de tu ambición fanática y sedienta,
que de prudencia el nombre sacrosanto
a usurpar se atrevió? Yo los desastres
de España comencé y el triste llanto
cuando, expirando en Villalar Padilla,
morir vió en él su libertad Castilla.

Tú los seguiste, y con su fiel Lanuza
cayó Aragón gimiendo. Así arrollados
los nobles fueron, las sagradas leyes
que eran del pueblo fuerza y energía.

¿Quién, insensato, imaginar podría
que en sí abrigando corazón de esclavo,
señor gran tiempo el español sería?

¿Qué importaba después con la victoria
dorar la esclavitud? Esos trofeos
comprados fueron ya con sangre y luto
de la despedazada monarquía.

Mírala entre ellos maldecirme a gritos.”

Y era así; que agobiada con el peso
de tanto triunfo, allí se querellaba
doliente y bella una mujer, y en sangre
toda la pompa militar manchaba.
El prosiguió:

Carlos V

“¿Las oyes? Esas voces
de maldición y escándalo sonando
de siglo en siglo irán, de gente en gente.
Yo el trono abandoné, te cedí el mando,
te vi reinar... ¡Oh errores! ¡Oh imprudente

temeridad! ¡Oh míseros humanos!
Si vosotros no hacéis vuestra ventura,
¿la lograréis jamás de los tiranos?"

Llegaba aquí, cuando de la alta sierra
bramador huracán fué sacudido,
de tempestad horrisona asistido,
para espantar y combatir la tierra.
Derramóse furioso por los senos
del edificio; el panteón temblaba;
la esfera toda se asordaba a truenos;
a su atroz estampido
de par en par abiertas
fueron de la honda bóveda las puertas:
entraron los relámpagos, su lumbré
las sombras dispó, y enmudecido
y envuelto ya en pavor, cobro el sentido,
cual si con tanta majestad quisiera
sclennizar el cielo
la terrible lección que antes me diera.

ALBERTO LISTA

(1775 Sevilla.-1848)

2

AL SUEÑO

EL HIMNO DEL DESGRACIADO

*El grande y el pequeño
iguales son lo que les dura el sueño.*

Desciende a mí, consolador Morfeo,
único dios que imploro,
antes que muera el esplendor febeo
sobre las playas del adusto moro.

Y en tu regazo el importuno día
me encuentre aletargado,
cuando triunfante de la niebla umbría
asciende al trono del cenit dorado.

Pierda en la noche y pierda en la mañana
tu calma silenciosa
aquel feliz, que en lecho de oro y grana,
estrecha al seno la adorada esposa.

Y el que halagado con los dulces sonos
de Pluto y de Citeres,
las que a la tarde fueron ilusiones,
a la aurora verá ciertos placeres.

No halle jamás la matutina estrella
en tus brazos rendido
al que bebió en los labios de su bella
el suspiro de amor correspondido.

¡Ah! déjalos que gocen. Tu presencia
no turbe su contento;

que es perpetua delicia su existencia,
y un siglo de placer cada momento.

Para ellos nace el orbe colorando
la sonrosada aurora,
y el ave sus amores va cantando,
y la copia de Abril derrama Flora.

Para ellos tiende su brillante velo
la noche sosegada,
y de trémula luz esmalta el cielo,
y da al amor la sombra deseada.

Si el tiempo del placer para el dichoso
huye en veloz carrera,
une con breve y rápido reposo
las dichas que ha gozado a las que espera.

Mas ¡ay! a un alma de dolor guarida
Y descende ya propicio;
cuanto me quites de la odiosa vida,
me quitarás de mi inmortal suplicio.

¿De qué me sirve el súbito alborozo
que a la aurora resuena,
si al despertar el mundo para el gozo,
sólo despierto yo para la pena?

¿De qué el ave canora, o la verdura
del prado que florece,
si mis ojos no miran su hermosura,
y el universo para mí enmudece?

El ámbar de la vega, el blando ruido
con que el raudal se lanza,
¿qué son ¡ay! para el triste que ha perdido,
último bien del hombre, la esperanza?

Girará en vano, cuando el sol se ausente,
la esfera luminosa;

en vano, de almas tiernas confidente.
los campos bañará la luna hermosa.

Esa blanda tristeza que derrama
a un pecho enamorado,
si su tranquila amortiguada llama
resbala por las faldas del collado,

No es para un corazón de quien ha huído
la ilusión lisonjera,
cuando pidió, del desengaño herido,
su triste antorcha a la razón severa.

Corta el hilo a mi acerba desventura,
oh, tú, sueño piadoso,
que aquellas horas que tu imperio dura,
se iguala el infeliz con el dichoso.

Ignorada de sí yazca mi mente,
y muerto mi sentido;
empapa el ramo, para herir mi frente,
en las tranquilas aguas del olvido.

De la tumba me iguale tu beleño
a la ceniza yerta,
sólo ¡ay de mí! que del eterno sueño,
más felice que yo, nunca despierta.

Ni aviven mi existencia interrumpida
fantasmas voladores,
ni los sucesos de mi amarga vida
con tus pinceles lánguidos colores.

No me acuerdes cruel de mi tormento
la triste imagen fiera;
bástale su malicia al pensamiento,
sin darle tú el puñal para que hiera.

Ni me halagues con pérfidos placeres,
que volarán contigo;

y el dolor de perderlos cuando huyeres,
de atreverme a gozar será el castigo.

Deslízate callado, y encadena
mi ardiente fantasía,
que asaz libre será para la pena,
cuando me entregues a la luz del día.

Ven, termina la mísera querrela
de un pecho acongojado.

¡Imagen de la muerte! después de ella,
eres el bien mayor del desgraciado.

JUAN NICASIO GALLEGO

(1777 Zamora.-1853)

3

EL DOS DE MAYO

Animus meminisse horret, luctuque refugit.

VIRG. *Æn.*

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
del miserable que, esquivando el sueño,
en tu silencio pavoroso gime,
no desdeñes mi voz; letal befeño
presta a mis sienes, y en tu horror sublime
empapada la ardiente fantasía,
da a mi pincel fatídicos colores
con que el tremendo día
trace al fulgor de vengadora tea,
y el odio irrite de la patria mía,
y escándalo y terror al orbe sea.

¡Día de execración! La destructora
mano del tiempo le arrojó al averno;
mas ¿quién el sempiterno
clamor con que los ecos importuna
la madre España en enlutado arreo
podrá atajar? Junto al sepulcro frío,
al pálido lucir de opaca luna,
entre cipreses fúnebres la veo!
Trémula, yerta y desceñido el manto,
los ojos moribundos
al cielo vuelve, que le oculta el llanto;
roto y sin brillo el cetro de dos mundos
yace entre el polvo, y el león guerrero
lanza a sus pies rugido lastimero.

¡Ay, que cual débil planta
que agosta en su furor hórrido viento,
de víctimas sin cuento
lloró la destrucción Mantua afligida!
Yo vi, yo vi su juventud florida
correr inerte al huésped ominoso.
Mas ¿qué su generoso
esfuerzo pudo? El pérfido caudillo,
en quien su honor y su defensa fía,
la condenó al cuchillo.
¿Quién ¡ay! la alevosía,
la horrible asolación habrá que cuente
que, hollando de amistad los santos fueros,
hizo furioso en la indefensa gente
ese tropel de tigres carniceros?

Por las henchidas calles
gritando se despeña
la infame turba que abrigó en su seno.

Rueda allá rechinando la cureña,
acá retumba el espantoso trueno;
allí el joven lozano,
el mendigo infeliz, el venerable
sacerdote pacífico, el anciano
que con su arada faz respeto imprime,
juntos amarra su dogal tirano.
En balde, en balde gime,
de los duros satélites en torno,
la triste madre, la afligida esposa
con doliente clamor; la pavorosa
fatal descarga suena,
que a luto y llanto eterno la condena.

¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuánto estrago!
¡Cuántos ayes doquier! Despavorido
mirad ese infelice
quejarse al adalid empedernido
de otra cuadrilla atroz. “¡Ah! ¿Qué te hice?
exclama el triste en lágrimas deshecho:
“Mi pan y mi mansión partí contigo,
te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,
templé tu sed, y me llamé tu amigo;
¿y hora pagar podrás nuestro hospedaje
sincero, franco, sin doblez ni engaño,
con dura muerte y con indigno ultraje?”
¡Perdido suplicar! ¡Inútil ruego!
El monstruo infame a sus ministros mira,
y con tremenda voz gritando: ¡fuego!
tinto en su sangre el desgraciado expira.

Y en tanto ¿dó se esconden,
¿dó están ¡oh cara patria! tus soldados,
que a tu clamor de muerte no responden?

Presos, encarcelados,
por jefes sin honor, que, haciendo alarde
de su perfidia y dolo,
a merced de los vándalos te dejan,
como entre hierros el león, forcejan
con inútil afán. Vosotros sólo,
fuerte DAOIZ, intrépido VELARDE,
que osando resistir al gran torrente,
dar supisteis en flor la dulce vida
con firme pecho y con serena frente.

Si de mi libre musa
jamás el eco adormeció a tiranos,
ni vil lisonja emponzoñó su aliento,
allá del alto asiento
a que la acción magnánima os eleva,
el himno oíd que a vuestro nombre entona,
mientras la fama alígera le lleva
del mar de hielo a la abrasada zona.

Mas ¡ay! que en tanto sus funestas alas,
por la opresa metrópoli tendiendo,
la yerma asolación sus plazas cubre,
y al áspero silbar de ardientes balas,
y al ronco son de los preñados bronce,
nuevo fragor y estrépito sucede.

¿Oís cómo rompiendo
de moradores tímidos las puertas
caen estallando de los fuertes gonces?

¡Con qué espantoso estruendo
los dueños buscan, que medrosos huyen!
Cuanto encuentran destruyen,
bramando, los atroces foragidos,
que el robo infame y la matanza ciegan.

¿No veis cuál se despliegan,
penetrando en los hondos aposentos,
de sangre y oro y lágrimas sedientos?

Rompen, talan, destrozan
cuanto se ofrece a su sangrienta espada.
Aquí, matando al dueño, se alborozan,
hieren allí su esposa acongojada;
la familia asolada
yace expirando, y con feroz sonrisa
sorben voraces el fatal tesoro.

Suelta, a otro lado, la madeja de oro,
mustio el dulce carmín de su mejilla,
y en su frente marchita la azucena,
con voz turbada y anhelante lloro,
de su verdugo ante los pies se humilla
tímida virgen de amargura llena;
mas con furor de hiena,
alzando el corvo alfanje damasquino,
hiende su cuello el bárbaro asesino.

¡Horrible atrocidad!... Treguas ¡oh musa,
que ya la voz rehusa
embargada en suspiros mi garganta!
Y en ignominia tanta
¿será que rinda el español bizarro
la indómita cerviz a la cadena?
No, que ya en torno suena
de Palas fiera el sanguinoso carro,
y el látigo estallante
los caballos flamígeros hostiga.
Ya el duro peto y el arnés brillante
visten los fuertes hijos de Pelayo.
Fuego arrojó su ruginoso acero:

¡Venganza y guerra! resonó en la tumba.
¡Venganza y guerra! repitió Moncayo;
y al grito heroico que en los aires zumba,
¡venganza y guerra! claman Turia y Duero.

Guadalquivir guerrero
alza al bélico son la regia frente,
y del Patrón valiente
blandiendo altivo la nudosa lanza,
corre gritando al mar: ¡Guerra y venganza!

¡Oh sombras infelices
de los que aleve y bárbara cuchilla
robó a los dulces lares!
¡Sombras inultas que en fugaz gemido
cruzáis los anchos campos de Castilla!
La heroica España, en tanto que al bandido
que a fuego y sangre, de insolencia ciego,
brindó felicidad, a sangre y fuego
le retribuye el don, sabrá piadosa
daros solemne y noble monumento.

Allí en padrón cruento
de oprobio y mengua, que perpetuo dure,
la vil traición del déspota se lea,
y altar eterno sea,
donde todo español al monstruo jure
rencor de muerte que en sus venas cunda
y a cien generaciones se difunda.

FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA

(1787 Granada-1862)

4

HIMNO EPITALÁMICO

Placer de los cielos, delicia del mundo,
¡oh, Numen fecundo, propicio a mi voz!
De tiernos amantes corona el deseo,
desciende, Himeneo, descende veloz.

Al mar y a la tierra y al aire sereno
tú colmas el seno de germen feraz;
y al orbe enlazando con dulces cadenas,
sus ámbitos llenas de vida y de paz.

Tú al nido aprisionas con grillos suaves
las tímidas aves en plácida unión;
y al yugo amoroso tú inclinas la frente
del tigre inclemente, del fiero león.

Si gime viuda la tórtola bella,
con blanda querella te pide otro amor;
sin fruto dorado la palma viuda
te expresa, aunque muda, su triste dolor.

Sin ti los mortales, cual fieras atroces,
ni oyeran las voces de patria y hogar:
sus muros te deben las altas ciudades;
las mismas Deidades te deben su altar.

Mas ya gratas pulsán las cítaras de oro,
y aclaman en coro tu gloria inmortal;
ya al son armonioso las alas extiendes
y en triunfo descienes al lecho nupcial.

Con falsa modestia la diosa de Delos
se oculta en los cielos tras nube fugaz;

en tanto que Venus más plácida y bella,
refleja en su estrella su cándida faz.

Sin dejo amargoso purísima muestra
la copa en su diestra de dulce licor;
y uniendo a sus rosas la blanca azucena,
su frente serena descubre el Amor.

Mas siempre festivo tu antorcha divina,
que el lecho ilumina con claro esplendor,
apaga, y fingiendo temor y recelo,
se esconde en el velo del sacro pudor.

Los dioses sonrén, la esposa suspira;
ternura respira su blando desdén;
y al tímido esposo las Gracias y Amores
con cándidas flores coronan la sien.

DUQUE DE RIVAS

(1791 Córdoba.-1865)

5

LUCÍA

¡Ay!... nació bella cual la flor temprana
que en el jardín despunta con la aurora,
cuando el celaje volador colora
de oro encendido y de brillante grana
la luz primera del risueño día.

¡Pobre Lucía!

Y creció como crece de azucena
tallo gentil, hasta elevar la frente,

que adula y besa el apacible ambiente
de candidez y granos de oro llena,
cáliz de aroma y líquida ambrosía.

¡Pobre Lucía!

Y dióle el cielo un alma más hermosa
que su linda hermosísima presencia,
y un puro corazón, de la inocencia
centro y de la virtud más candorosa;
pero ¡ay! tierno y sensible en demasía.

¡Pobre Lucía!

Y de la primavera en los verjeles
entró ignorando, simple, que en sus flores
tal vez se ocultan áspides traidores,
y que al pie de rosales y claveles
la tierra acaso sus venenos cría.

¡Pobre Lucía!

Y escuchó incauta un labio mentiroso,
y a una mirada fascinante, aleve,
su pecho palpité de pura nieve;
y fuego blando y dulce y delicioso
sintió que por sus venas discurría.

¡Pobre Lucía!

Y soñó, desdichada, una ventura
eterna, y de engañosas ilusiones
se perdió en las fantásticas regiones,
y del suave deleite el aura impura
aroma celestial le parecía.

¡Pobre Lucía!

Y pronto, como tórnase en el viento
el brillador celaje de la tarde,
que con matices refulgentes arde,
en oscuro borrón del firmamento,
tornóse negra angustia su alegría.

¡Pobre Lucía!

Y en abrojos estériles las flores,
y los dulces placeres en martirios,
realidades horrendas los delirios,
traición y engaños viles los amores,
y en noche horrenda el fugitivo día.

¡Pobre Lucía!

Y marchito el carmín de su semblante,
y escarnecida del maligno mundo,
y despeñada en su dolor profundo,
y abandonada del inicuo amante,
la muerte al cielo con afán pedía.

¡Pobre Lucía!

Y pronto la logró, porque no pudo
en su angustioso envenenado pecho
un corazón vivir roto y deshecho
del desengaño por el hierro agudo;
y polvo es ya bajo esta losa fría.

¡Pobre Lucía!

JUAN MARIA MAURY

(1772 Málaga.-1845)

6

LA RAMILLETERA CIEGA

Caballeros, aquí vendo rosas;
frescas son y fragantes a fe;
oigo mucho alabarlas de hermosas.
Eso yo, pobre ciega, no sé.

Para mí ni belleza ni gala
tiene el mundo, ni luz ni color,
mas la rosa del cáliz exhala
dulce un hálito, aroma de amor.

Cierra, cierra tu cerco oloroso,
tierna flor, y te duele de mí:
no en quitarme tasado reposo
seas cándida cómplice así.

Me revelas el bien de quien ama;
otra dicha negada a mi sér:
debe el pecho apagar una llama
que no puede en los ojos arder.

Tú, que dicen la flor de las flores,
sin igual en fragancia y matíz,
tú la vida has vivido de amores
del Favonio halagada feliz.

Caballeros, compradle a la ciega
esa flor que podéis admirar:
la infeliz con su llanto la riega;
ojos hay para sólo llorar.

JOSÉ JOAQUIN DE MORA

(1783 Cádiz.-1854)

7

EL PESCADOR

Pues tu beldad me enajena
y tu desdén me amancilla,
mientras me dure esta pena
secas estén en la arena
mis redes y mi barquilla.

Si quier anublen los cielos
soplos amenazadores,
para tristes amadores
harta borrasca son celos,
harto huracán son rigores

Las escamosas sirenas
no me halagarán impías
con voces de encanto llenas.
Para matar ¿no son buenas
tus gracias y tus falsías?

Cuando a los vientos libraba
osado y veloz mi leño,
una dicha me animaba,
y es que en tierra me aguardaba
la sonrisa de mi dueño.

Mas ora que a mis pesares
toda esperanza se cierra,

¿qué logro con mis azares,
si hallo peligro en los mares
y seguro daño en tierra?

¿Qué logrará mi osadía
cuando al mar de nuevo vaya,
sino que, con burla impía,
de mis peligros se ría
quien seguro está en la playa?

En tanto, pues, que serena
tu indiferencia me humilla,
mientras me dure esta pena
secas estén en la arena
mis redes y mi barquilla.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS

(1796 Quel-1873)

8

RUEDE LA BOLA

Amarilla sale Inés
de su lecho hospitalario,
y, gracias al herbolario,
cuando viene don Andrés
ya está como una amapola.

Ruede la bola.

Responde con ceño adusto
aquel barón displicente

al clamor del indigente;
pero se pasma de gusto
cuando oye tocar la viola.

Ruede la bola.

Ayer me amó Clori bella,
y hoy me mira con desprecio.
Y, qué! ¿seré yo tan necio
que en la garganta por ella
me dispare una pistola?

Ruede la bola.

La que hoy vende alcaravea
fué ayer señora eminente;
y, gracias a un intendente,
hoy tiene coche y librea
la que ayer era manola.

Ruede la bola.

Mientras abunde la feria
en dijés ultramontanos,
no os apuréis, castellanos.
No importa que en la miseria
gima la industria española.

Ruede la bola.

Amor es cebo engañoso,
es guerra, es potro, es veneno...;
pero algo tendrá de bueno
cuando el hombre su reposo
y su dinero le inmola.

Ruede la bola.

¿Estudiar? No; que me aburro,
dijo Fabio. A buena cuenta
un millón tengo de renta.
¿Qué importa que para burro
sólo me falte la cola?

Ruede la bola.

Es limpia Isabela?—No.—
Ama a su esposo?—Bobada!—
Cuida de sus hijos?—Nada!
Pero ¡qué bien baila! Oh!
Para eso se pinta sola.

Ruede la bola.

Cuál gimes, pobre virtud!
Vicio, cuál es tu insolencia!—
Mas ¿qué se ha de hacer? Paciencia.
Mientras yo tenga salud
y llene bien la bartola,

Ruede la bola.

EL BAILE

9

Diz que inventaron la danza
la alegría y el amor,
y que tal vez la inocencia
tuvo parte en la invención,
cuando eran los hombres tales
como el cielo los crió,

y nadie osaba enmendar
la plana al sumo Hacedor;
mas la sociedad moderna
de otra forma lo ordenó
creando del *baile serio*
la singular locución.

Es cierto que de la danza
arte bello se formó,
que un *Vestris* y un *Taglioni*
hicieron encantador;

y aunque no faltan filósofos
que miren con irrisión
un arte en que al hombre igualan
el perro, el oso, el jocó;

y no pueden tolerar
que se llame *profesor*
quien tiene el alma en las corvas
y el ingenio en el talón,

ya a los públicos teatros
el arte se refugió
y a la ambulante maroma
de algún italiano histrión.

Y el baile de sociedad
¿merece este nombre? No,
bien que lo llamen así
los tontos de profesión.

Lo que fué danza animada
insulsa parodia es hoy,
o ridícula fatiga
sin placer ni diversión.

¿Qué es ver ochenta figuras
frente a frente y dos a dos,

como autómatas moverse
sin espíritu y sin voz?

¿Qué inspiran a los sentidos,
qué anuncian al corazón,
cojeando la *mazurca*,
galopando la *galop*?

¿Qué sustancia, don Remigio,
saca usted de un rigodón
arrastrando el pie dengoso
ora delante, ora en pos?

Miradlos! Ellos y ellas,
más serios que un facistol,
danzan como si danzaran
así..., de orden superior.

Apenas el aire agita
la leve falda de *gro*,
o de un zanquilargo fraque
el escurrido faldón.

Si Laura te da una mano,
lo hace... por amor de Dios,
y con guante, y de los cinco
tres dedos sisa el *pudor*.

Si ella te abraza, es mentira;
vas tú a abrazarla y ¡voló!;
que te esquivo la cintura...
por guardar el *polisson*.

La destreza es *de mal tono*,
el regocijo, *fi donc*;
la gala está en el desdén,
y en el fastidio el primor.

Y esos que por tal bobada,
sin piedad de su pulmón,

perdidos tiempo y hacienda,
vuelven a casa con sol,
antes que hombres y mujeres
parecen en el salón
santos de confitería
o muñecos de reloj.

Y luego pregunta Carlos
a la hermosa Leonor:
“Qué tal en casa del Conde?
Gran baile! gran reunión!—

—Sí, magnífica!, contesta
la dama. Tengo una tos...—
Usted se divertiría
mucho...—Nada: no, señor.

Yo me aburrí, pero tengo
la dulce satisfacción
de poder asegurar
que me aburrí *comm' il faut* ya

Porque ¡Tal presente nos ha hecho
la extranjera ilustración,
y el prurito de la moda
a tal extremo llegó!

Tales bailes no me den;
que no entiendo, voto a briós,
cómo pueden asociarse
la danza y el mal humor.

Denme el brioso *bolero*,
y la *jota* de Aragón,
y el *fandango* saleroso
y el *polo* jaleador;
y aunque sirva de sarao
la cocina de un mesón;

y más que cuelguen candiles
y espejo sea un perol;
y más que en humilde poyo
suplan con rasgado son
la guitarra y la bandurria
al *oboe* y al *fagot*.

Y alegría, pese al diablo!
Y vaya otro trago, Antón!
Y brinco que cante el credo!
Y que se muele el arroz!

Y la mano, sea *mano*,
y en lo que fuere razón
no le anden con regateos
a ningún hombre de pro;

y haga Juana otra cabriola,
y más que sea una coz;
y sepamos si esa liga
es verde o de otro color.—

Esto será *de mal tono*,
y vulgar, y ¿qué sé yo...;
pero es fruta de mi tierra,
y yo soy muy español.

ENRIQUE GIL Y CARRASCO

(1815 Villafranca del Bierzo-1846)

10

LA VIOLETA

Flor deliciosa en la memoria mía,
ven mi triste laúd a coronar,
y volverán las trovas de alegría
en sus ecos tal vez a resonar.

Mezcla tu aroma a sus cansadas cuerdas;
yo sobre tí no inclinaré mi sien,
de miedo, pura flor, que entonces pierdas
tu tesoro de olores y tu bien.

Yo, sin embargo, coroné mi frente
con tu gala en las tardes del Abril,
yo te buscaba a orillas de la fuente,
yo te adoraba tímida y gentil.

Porque eras melancólica y perdida
y era perdido y lúgubre mi amor;
y en tí miré el emblema de mi vida,
y mi destino, solitaria flor.

Tú allí crecías olorosa y pura
con tus moradas hojas de pesar;
pasaba entre la yerba tu frescura
de la fuente al confuso murmurar.

Y pasaba mi amor desconocido,
de un arpa oscura al apagado són,
con frívolos cantares confundido
el himno de mi amante corazón.

Yo busqué la hermandad de la desdicha
en tu cáliz de aroma y soledad,

y a tu ventura asemejé mi dicha
y a tu prisión mi antigua libertad.

¡Cuántas meditaciones han pasado
por mi frente mirando tu arrebol!
¡Cuántas veces mis ojos te han dejado
para volverse al moribundo sol!

¡Qué de consuelos a mi pena diste
con tu calma y tu dulce lobreguez,
cuando la mente imaginaba triste
el negro porvenir de la vejez!

Yo me decía: "buscaré en las flores
seres que escuchen mi infeliz cantar,
que mitiguen con bálsamo de olores
las ocultas heridas del pesar."

Y me apartaba, al alumbrar la luna,
de ti, bañada en moribunda luz,
adormecida en tu vistosa cuna,
velada en tu aromático capuz.

Y una esperanza el corazón llevaba
pensando en tu sereno amanecer,
y otra vez en tu cáliz divisaba
perdidas ilusiones de placer.

Héme hoy aquí: ¡cuán otros mis cantares!
¡Cuán otro mi pensar, mi porvenir!
Ya no hay flores que escuchen mis pesares
ni soledad donde poder gemir.

Lo secó todo el soplo de mi aliento
y naufragué con mi doliente amor;
lejos ya de la paz y del contento,
mírame aquí en el valle del dolor.

Era dulce mi pena y mi tristeza;
tal vez moraba una ilusión detrás:
mas la ilusión voló con su pureza,
mis ojos ¡ay! no la verán jamás!

Hoy vuelvo a ti, cual pobre viajero
vuelve al hogar que niño le acogió;
pero mis glorias recobrar no espero,
sólo a buscar la huesa vengo yo.

Vengo a buscar mi huesa solitaria
para dormir tranquilo junto a ti,
ya que escuchaste un día mi plegaria,
y un sér hermano en tu corola ví.

Ven mi tumba a adornar, triste viola,
y embalsama su oscura soledad;
sé de su pobre césped la aureola,
con tu vaga y poética beldad.

Quizá al pasar la virgen de los valles,
enamorada y rica en juventud,
por las umbrosas y desiertas calles
dó yacerá escondido mi ataúd,

irá a cortar la humilde violeta
y la pondrá en su seno con dolor,
y llorando dirá: “¡pobre poeta!
¡ya está callada el arpa del amor!”

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ

(1813 Chiclana-1884)

11

RECUERDOS

Volved, alegres sueños,
que de mi edad primera
las gratas ilusiones
besabais con amor.

¿Por qué sin vuestro encanto,
en mi desdicha fiera,
ensueños dolorosos
me asaltan con horror?

¿Por qué la paz tranquila
de mi tranquilo pecho
cual dispada niebla
huyó de mí fugaz?

¿Por qué desde que gimo
en triste amor deshecho
no hay para mí ventura,
no hay para el alma paz?

Oh! nunca por mi daño
tus límites pisara,
infierno de la vida,
inquieta juventud!

Y antes que mi inocencia
veloz se disipara,
durmiera yo en la tumba
con eternal quietud.

Volad, mis pensamientos,
en alas de la mente,
y mis recuerdos vagos
de Elisa, acariciad.

Y como luz hermosa
de lampo refulgente,
mostradme los hechizos
de su infeliz beldad.

Aquel amor sin celos,
sin penas ni amargura,
aquel afán sencillo
del blando corazón,
todo era en ella dulce,
perfecta su hermosura,
sus ojos apacibles,
tranquila su pasión.

Pero murió, y yo ciego
en tempestad violenta,
maldigo ya la vida
sin mi perdido bien.

Y en procelosa noche
la bárbara tormenta
con honda furia estalla
sobre mi helada sien.

¿Por qué, oh verdad! rasgaste
los misteriosos velos
de aquellas ilusiones
de plácida ficción?

Mentidos paraísos
y nacarados cielos,
¿era mentira y humo
vuestra feliz mansión?

Aquellas esperanzas
que el alma concebía
al penetrar del mundo
por el fatal dintel,
todo desvanecido
con el dolor de un día,
irrita los tormentos
de mi pasión cruel.

El corazón gastado
de dulces sensaciones,
sus férvidas tormentas
se goza en arrostrar.

Y para más congoja,
mis blandas ilusiones
la realidad horrible
se afana en desgarrar.

Huyéronse livianas
las nubes vaporosas
que el claro sol cubría
de purpurado tul.

Y ya negras tinieblas
de sombras temerosas,
del limpio cielo empañan
el trasparente azul.

Y pasa un día y otro,
y sin cesar me pierdo
por la gastada senda
de lo que ya no es.

Y voy, arrebatado
en su inmortal recuerdo,
sus huellas deliciosas
borrando con mis pies.

—
Sin porvenir, sin gloria,
desesperado gimo,
esclavo de la vida
en la prisión servil.

Mis días se resbalan,
y solo y sin arrimo,
la muerte pido al cielo
con ansiedad febril.

—
Adiós, recuerdos tristes
de mi fugaz ventura,
adiós, afán sencillo,
del blando corazón!

Perdilo todo á un tiempo,
su cándida hermosura,
sus ojos apacibles,
su tímida pasión.

—
Murió, murió, y sin calma
en tempestad violenta
maldigo ya la vida
sin mi perdido bien.

Y en procelosa noche,

la bárbara tormenta
con honda furia estalla
sobre mi helada sien.

12

AMOR SIN CELOS

Tengo aprensiones yo, como cualquiera,
y tocante a caprichos ¡no se diga!
El campo siempre verde, me fatiga;
el cielo siempre azul, me desespera.

Triste la luz del sol me pareciera
sin esa noche del dolor amiga,
y sin la pena que el placer mitiga
hasta la vida misma aborreciera.

Pues esos ojos tuyos, dueño mío,
que pueden afrentar a uno y mil cielos,
causaron mi amoroso desvarío.

No hallé sombra en su luz, no hallé desvelos,
y mi ardiente pasión murió de frío;
que así muere el amor cuando no hay celos.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

(1806 Madrid-1880)

13

EL ALCALDE RONQUILLO

(*Muerte del Obispo de Zamora.*)

FRAGMENTO

Poco antes que en el Duero se sepulte,
cruza Pisuerga plácida campiña,
donde la rica mies, la rica viña
derraman sus tesoros a la par.

Descuella un monte allí; sobre su cumbre
un gigantesco torreón se eleva,
monstruo que con las víctimas se ceba
que le da la venganza a devorar.

Agrio son de cadenas y cerrojos,
amenazas de bárbaros sayones,
súplicas, alaridos, maldiciones
llenan aquella lúgubre mansión.

Fortaleza la llama quien lejano
su mole ve sin registrar su centro;
llámala infierno quien suspira dentro,
cárcel la ley, su afrenta la razón.

Allí un anciano en miserable estancia,
más bien que calabozo sepultura,
sufre de sus pesares la tortura
con el pie de la muerte en el umbral.

Pero en aquella frente consagrada

señales duran de lo que era un día;
centellea en su frente todavía
la llama del espíritu marcial.

Bajo el morado episcopal vestido
violento late el corazón de Acuña;
cuando su mano el pectoral empuña,
fué un acero tal vez lo que buscó.

¡Padilla! sin cesar suena en su labio,
y un ay le sigue, y el prelado llora;
y es el audaz prelado que en Zamora
¡Santiago y libertad! apellidó.

—“¿Por qué, Señor”, arrodillado dice
delante de un ebúrneo crucifijo,
“por qué, Señor, tu cólera maldijo
la jornada infeliz de Villalar?”

¿Era pendón de iniquidad acaso
la bandera del noble comunero?
Por defender el injuriado fuero,
¿no es lícito la espada desnudar?”

“Si entronizado el codicioso belga
saqueaba el palacio y la cabaña,
y desangrando a la infeliz España,
ríos de oro enviaba a su nación;

si reía en espléndido banquete,
sirviéndole de música el gemido
de un pueblo que por él empobrecido
moribundo imploraba compasión;”

“Si, al pedirle justicia el triste padre,

padre a quien deshonró vil cortesano,
decía el extranjero al castellano:

Cómprame la venganza y la tendrás;

¿debió Castilla tolerar la afrenta?

¿No debió armarse para entrar en liza,
y gritar a la chusma advenediza:

No reinaréis sobre mi suelo más?"

“¿Condenaste, Dios mío, por mi culpa
la empresa que si no te fuera grata,
porque soltando el báculo de plata,
del profano bastón el puño así?

No, que Samuel, ministro de las aras,
también en sangre se bañó la diestra,
Joyada de tu templo hizo palestra,
Moisés armó los brazos de Leví.”

“Lo veo, sí; nuestra fatal caída
quisiste que enseñara a las naciones
en dos tremendas útiles lecciones
lo que merecen, lo que deben ser.

Quéjese el pueblo que agobiado llora,
sólo de sí, pues que tolera el yugo;
mas sepa, si combate a su verdugo,
que sin unión es fuerza perecer.”

“Percieron por eso en el cadalso
los hijos de la gloria y de la guerra:
sus casas, igualadas con la tierra,
yacén cubiertas de ignominia y sal.

¿Por qué me ha perdonado la cuchilla?
¿Por qué esta cárcel mi vivir esconde?”—

Una voz pavorosa le responde:
"Porque te espera muerte de dogal."

Ábrese con estrépito la puerta,
y precedido de villana tropa,
vestido un hombre de funesta ropa
resuelto avanza en la prisión el pie.

Vara sutil de magistrado lleva,
que en él parece látigo sangriento:
ningún rasgo de humano sentimiento
en su frente fanática se ve.

Sanguinaria la boca, sanguinarios
los torvos ojos de iracunda hiena,
con desplegar el labio ya condena,
con su mirada martiriza ya.

Mudo, pasmado el infeliz Acuña,
la decisión espera de su suerte:
no le acobarda la imprevista muerte;
pero le aterra ver al que la da.

"En nombre de Don Carlos os lo mando,"
grita a los suyos el feroz alcalde;
pero dicta sus órdenes en balde;
tiembla el esbirro, párase el sayón.

"Obedeced," el bárbaro repite;
los satélites claman: "¡Sacrilégio!"
y acatando el sagrado privilegio,
se lanzan en tropel de la prisión.

"No teme el vengador de la justicia,"
dice el cruel, "del hombre ni del cielo;

ese dogal tirado por el suelo no quedará sin víctima esta vez.”

“¡Ronquillo!” fué a exclamar el sacerdote; pero apagó su voz el duro lazo, que estrechó con la planta y con el brazo aquel verdugo en hábito de juez.

Por los tránsitos luego de la cárcel su trofeo arrastró, dejando en ellos con la sangre de Acuña y los cabellos señalado el camino que llevó.

Y a un corredor llegando, guarnecido de dorado arabesco pasamano, a ver el espectáculo inhumano testigos el sacrílego llamó.

Y llegaron, y dijo: “Comuneros, que desdorar quisisteis la corona, la clemencia de Carlos os perdona: de Simancas salid; pero ¡mirad!”

Y el cordel ominoso atando a un hierro, lanzó al aire el cadáver palpitando...— Cayó la turba mísera temblando pasmada de terror y de piedad.

Alzóse un alarido que llenaba del ancho patio el ámbito vacío; sucedió al penetrante vocerío misterioso susurro de oración.

Oscilaban pendientes entre tanto del corredor los míseros despojos, y el llanto que asomaba en muchos ojos se volvía en secreto al corazón.

Pero el cáñamo vil con un crugido
turbó el piadoso fúnebre homenaje,
y anunció desde el alto barandaje
nuevos horrores que mirar después.

Cruzaba el patio el bárbaro Ronquillo...
sonó un golpe violento... y de repente
de sangre salpicósele la frente,
y vió el roto cadáver a sus pies.

“Esconda,” dijo, “su ignominia luego
la sepultura que a pedirme vino.
Comuneros, sabéis vuestro destino:
¡sed fieles al invicto emperador!”

Y salió del castillo a lento paso
con un lienzo enjugándose la cara,
y agitando en el aire aquella vara
que sembraba el espanto y el horror.

JOSÉ DE ESPRONCEDA

(1808 Almendralejo-1842)

14

CANCION DEL PIRATA

Con diez cañones por banda,
viento en popa a toda vela,
no corta el mar, sino vuela,
un velero bergantín:

Bajel pirata que llaman,
por su bravura, el *Temido*,
en todo mar conocido

del uno al otro confin.

La luna en el mar riela,
en la lona gime el viento,
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul;
y ve el capitán pirata,
cantando alegre en la popa,
Asia a un lado, al otro Europa,
y allá a su frente Stambul (1).

“Navega, velero mío,
sin temor,
que ni enemigo navío,
ni tormenta, ni bonanza,
tu rumbo a torcer alcanza,
ni a sujetar tu valor.

”Veinte presas
hemos hecho
a despecho
del inglés,
y han rendido
sus pendones
cien naciones
a mis pies.”

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.*

“Allá muevan feroz guerra
ciegos reyes

(1) Nombre que dan los turcos a Constantinopla.

Por un palmo más de tierra:
que yo tengo aquí por mío
cuanto abarca el mar bravío,
a quien nadie impuso leyes.

"Y no hay playa,
sea cualquiera,
ni bandera
de esplendor,
que no sienta
mi derecho.
y dé pecho
a mi valor."

Que es mi barco mi tesoro....

"A la voz de "¡barco viene!"
es de ver
cómo vira y se previene
a todo trapo a escapar:
que yo soy el rey del mar,
y mi furia es de temer.

"En las presas
yo divido
lo cogido
por igual:
sólo quiero
por riqueza
la belleza
sin rival."

Que es mi barco mi tesoro....

"¡Sentenciado estoy a muerte!

Yo me río:
no me abandone la suerte,

y al mismo que me condena
colgaré de alguna antena,
quizá en su propio navío.

"Y si caigo,
¿qué es la vida?

Por perdida
ya la dí,
cuando el yugo
del esclavo,
como un bravo,
sacudí."

Que es mi barco mi tesoro....

"Son mi música mejor
aquilones:

el estrépito y temblor
de los cables sacudidos,
del negro mar los bramidos
y el rugir de mis cañones.

"Y del trueno

al són violento

y del viento

al rebramar,

yo me duermo

sosegado,

arrullado

por el mar."

Que es mi barco mi tesoro,

que es mi Dios la libertad,

mi ley la fuerza y el viento,

mi única patria la mar.

EL CANTO DEL COSACO

Donde sienta mi caballo los
pies, no vuelve a nacer hierba.

(Palabras de Atila).

CORO

¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín;
sangrienta charca sus campiñas sean,
de los grajos su ejército festín.

¡Hurra! ¡a caballo, hijos de la niebla!
Suelta la rienda, a combatir volad:
¿Veis esas tierras fértiles? Las puebla
gente opulenta, afeminada ya.

Casas, palacios, campos y jardines,
todo es hermoso y refulgente allí:
son sus hembras celestes serafines,
su sol alumbra un cielo de zafir.

¡Hurra, cosacos del desierto!...

Nuestros sean su oro y sus placeres;
gocemos de ese campo y de ese sol;
son sus soldados menos que mujeres,
sus reyes viles mercaderes son.

Vedlos huír para esconder su oro,
vedlos cobardes lágrimas verter...
¡Hurra! volad: sus cuerpos, su tesoro,
huellen nuestro caballos con sus pies.

¡Hurra, cosacos del desierto!...

Dictará allí nuestro capricho leyes,
nuestras casas alcázares serán,
los cetros y coronas de los reyes
cual juguetes de niños rodarán.

¡Hurra! ¡volad a hartar nuestros deseos!
Las más hermosas os darán su amor,
y no hallarán nuestros semblantes feos,
que siempre brilla hermoso el vencedor.

¡Hurra, cosacos del desierto!...

Desgarraremos la vencida Europa
cual tigres que devoran su ración;
en sangre empaparemos nuestra ropa
cual rojo manto de imperial señor.

Nuestros nobles caballos relinchando
regias habitaciones morarán;
cien esclavos, sus frentes inclinando,
al mover nuestros ojos temblarán.

¡Hurra, cosacos del desierto!...

Venid, volad, guerreros del desierto,
como nubes en negra confusión,
todos suelto el bridón, el ojo incierto,
todos atropellándose en montón

Id en la espesa niebla confundidos,
cual tromba que arrebatada el huracán,
cual témpanos de hielo endurecidos
por entre rocas despeñados van.

¡Hurra, cosacos del desierto!...

Nuestros padres un tiempo caminaron
hasta llegar a una imperial ciudad:

un sol más puro es fama que encontraron,
y palacios de oro y de cristal.

Vadearon el Tibre sus bridones,
yerta a sus piés la tierra enmudeció;
su sueño con fantásticas canciones
la Fada de los triunfos arrulló.

¡Hurra, cosacos del desierto!...

¡Qué! ¿No sentís la lanza estremecerse,
hambrienta, en vuestras manos, de matar?
¿No veis entre la niebla aparecerse
visiones mil que el parabién nos dan?

Escudo de esas miserables naciones
era ese muro que abatido fué;
la gloria de Polonia y sus blasones
en humo y sangre convertidos ved.

¡Hurra, cosacos del desierto!...

¿Quién en dolor trocó sus alegrías?
¿Quién sus hijos triunfante encadenó?
¿Quién puso fin a sus gloriosos días?
¿Quién en su propia sangre los ahogó?

¡Hurra, cosacos! ¡gloria al más valiente!

Esos hombres de Europa nos verán:
¡hurra! nuestros caballos en su frente
hondas sus herraduras marcarán.

¡Hurra, cosacos del desierto!...

A cada bote de la lanza ruda,
a cada escape en la abrasada lid,
la sangrienta ración de carne cruda
bajo la silla sentiréis hervir.

Y allá después en templos suntuosos,
sirviéndonos de mesa algún altar,
nuestra sed calmarán vinos sabrosos,
hartará nuestra hambre blanco pan.

¡Hurra, cosacos del desierto!...

Y nuestras madres nos verán triunfantes,
y a esa caduca Europa a nuestros pies,
y acudirán de gozo palpitantes
en cada hijo a contemplar un rey.

Nuestros hijos sabrán nuestras acciones,
las coronas de Europa heredarán,
y a conquistar también otras regiones
el caballo y la lanza aprestarán.

*¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín;
sangrienta charca sus campiñas sean,
de los grajos su ejército festín.*

16

A JARIFA EN UNA ORGÍA

Trae, Jarifa, trae tu mano,
ven y púsala en mi frente,
que en un mar de lava hirviente
mi cabeza siento arder.

Ven y junta con mis labios
esos labios que me irritan,
donde aun los besos palpitan
de tus amantes de ayer.

¿Qué la virtud, la pureza?
¿Qué la verdad y el cariño?

Mentida ilusión de niño
que halagó mi juventud.

Dadme vino: en él se ahoguen
mis recuerdos: aturdida
sin sentir huya la vida;
paz me traiga el ataúd.

El sudor mi rostro quema,
y en ardiente sangre rojos
brillan inciertos mis ojos,
se me salta el corazón.

Huye, mujer; te detesto,
siento tu mano en la mía,
y tu mano siento fría
y tus besos hielo son.

¡Siempre igual! Necias mujeres,
inventad otras caricias,
otro mundo, otras delicias,
o maldito sea el placer.

Vuestros besos son mentira,
mentira vuestra ternura,
es fealdad vuestra hermosura,
vuestro gozo es padecer.

Yo quiero amor, quiero gloria,
quiero un deleite divino,
como en mi mente imagino,
como en el mundo no hay;

y es la luz de aquel lucero
que engañó mi fantasía,
fuego fatuo, falso guía
que errante y ciego me tray.

¿Por qué murió para el placer mi alma,
y vive aún para el dolor impío?

¿Por qué si yazgo en indolente calma,
siento en lugar de paz, árido hastío?

¿Por qué este inquieto, abrasador deseo?

¿Por qué este sentimiento extraño y vago,
que yo mismo conozco un devaneo,
y busco aún su seductor halago?

¿Por qué aún fingirme amores y placeres
que cierto estoy de que serán mentira?

¿Por qué en pos de fantásticas mujeres
necio tal vez mi corazón delira,

si luego, en vez de prados y de flores,
halla desiertos áridos y abrojos:

y en sus sandios o lúbricos amores
fastidio sólo encontrará y enojos?

Yo me arrojé, cual rápido cometa,
en alas de mi ardiente fantasía:

do quier mi arrebatada mente inquieta
dichas y triunfos encontrar creía.

Yo me lancé con atrevido vuelo
fuera del mundo en la región etérea,
y hallé la duda, y el radiante cielo
vi convertirse en ilusión aérea.

Luego en la tierra, la virtud, la gloria,
busqué con ansia y delirante amor,
y hediondo polvo y deleznable escoria
mi fatigado espíritu encontró.

Mujeres vi de virginal limpieza
entre albas nubes de celeste lumbre;
yo las toqué, y en humo su pureza
trocarse vi, y en lodo y podredumbre.

Y encontré mi ilusión desvanecida,
y eterno e insaciable mi deseo:
palpé la realidad y odié la vida;
sólo en la paz de los sepulcros creo.

Y busco aún y busco codicioso;
y aún deleites el alma finge y quiere:
pregunto, y un acento pavoroso
¡ay! me responde: desespera y muere.

"Muere, infeliz: la vida es un tormento,
un engaño el placer: no hay en la tierra
paz para ti, ni dicha, ni contento,
sino eterna ambición y eterna guerra.

"Que así castiga Dios el alma osada
que aspira loca, en su delirio insano,
de la verdad para el mortal velada
a descubrir el insondable arcano."

¡Oh! cesa; no, yo no quiero
ver más, ni saber ya nada:
harta mi alma y postrada,
sólo anhela descansar.

En mí muera el sentimiento,
pues ya murió mi ventura,
ni el placer ni la tristura
vuelva mi pecho a turbar.

Pasad, pasad en óptica ilusoria
y otras jóvenes almas engañad:
nacaradas imágenes de gloria,
coronas de oro y de laurel, pasad.

Pasad, pasad, mujeres voluptuosas,
con danza y algazara en confusión;

pasad como visiones vaporosas
sin conmovier ni herir mi corazón.

Y aturdan mi revuelta fantasía
los brindis y el estruendo del festín,
y huya la noche y me sorprenda el día
en un letargo estúpido y sin fin.

Ven, Jarifa; tú has sufrido
como yo; tú nunca lloras;
mas ¡ay triste! que no ignoras
cuán amarga es mi aflicción.

Una misma es nuestra pena,
en vano el llanto contienes...
tú también, como yo, tienes
desgarrado el corazón.

NICOMEDES PASTOR DIAZ

(1811 Vivero-1863)

17

LA MARIPOSA NEGRA

Borraba ya del pensamiento mío
de la tristeza el importuno ceño;
dulce era mi vivir, dulce mi sueño,
dulce mi despertar.

Ya en mi pecho era lóbrego y vacío
el que un tiempo rugió volcán hirviente;
ya no pasaban negras por mi frente
nubes que hacen llorar.

Era una noche azul, serena, clara,
cuando, embebido en plácido desvelo,
alcé los ojos en tributo al cielo
de tierna gratitud.

Mas ¡ay! que apenas lánguido se alzara
este mirar de eterna desventura,
turbarse ví la lívida blancura
de la nocturna luz.

Incierta sombra que mi sien circunda
cruzar siento en zumbido revolante,
y con nubloso vértigo incesante
a mi vista girar.

Cubrió la luz incierta, moribunda,
con alas de vapor, informe objeto:
cubrió mi corazón terror secreto,
que no pude calmar.

No, como un tiempo, colosal quimera
mi atónita intención amedrentaba;
mis oídos profundo no aterraba
acento de pavor.

Que fué la aparición vaga y ligera,
leve la sombra aérea y nebulosa;
que fué sólo una negra mariposa
volando en derredor.

No, cual suele, fijó su giro errante
la antorcha que alumbraba mi desvelo;
de tu siniestro, misterioso vuelo,
la luz no era el imán.

¡Ay! que sólo el fulgor agonizante

en mis lánguidos ojos abatidos,
ser creí de sus giros repetidos
secreto talismán.

Lo creo, sí, que a mi agitada suerte
su extraña aparición no será en vano:
desde la noche de ese infausto arcano
¡ay Dios! aún no dormí.

¿Anunciaráme próxima la muerte?
¿O es más negro su vuelo repentino?
Ella trae un mensaje del Destino;
yo... no lo comprendí!

Ya no aparece sola entre las sombras,
do quier me envuelve su funesto giro;
a cada instante sobre mí la miro
mil círculos trazar.

Del campo entre las plácidas alfombras,
del bosque entre el ramaje la contemplo,
y hasta bajo las bóvedas del templo...
y ante el sagrado altar.

“Para calmar mi frenesí secreto
cesa un instante, negra mariposa,
tus leves alas en mi frente posa;
tal vez me aquietarás...”

Mas redoblando su girar inquieto
huye, y parece que a mi voz se aleja,
y revuelve y me sigue, y no me deja...
ni se pára jamás.

A veces creo que un sepulcro amado

lanzó, bajo esta larva aterradora,
el espíritu errante que aún adora
mi yerto corazón.

Y una vez ¡ay! estático y helado,
la ví, la ví... creciendo de repente,
mágica desplegar sobre mi frente
nueva transformación.

Ví tenderse sus alas como un velo
sobre un cuerpo fantástico colgadas,
en rozagante túnica trocadas
só un manto funeral.

Y el lúgubre zumbido de su vuelo
trocóse en voz profunda, melodiosa,
y trocóse la negra mariposa
en Genio celestial.

Cual sobre estatua de ébano luciente,
un rostro se alza en ademán sublime
do en pálido marfil su huella imprime
sobrehumano dolor;
y de sus ojos el brillar ardiente,
fósforo de visión, fuego del cielo,
hiere en el alma, como hiere el vuelo
del rayo vengador!

Un momento ¡gran Dios! mis brazos yertos
desesperado la tendí gritando:
“Ven de una vez, la dije sollozando,
ven y me matarás!”

Mas ¡ay! que cual las sombras de los muertos,
sus formas vanas a mi voz retira,

y de nuevo circula, y zumba y gira...
y no pára jamás...

¿Qué potencia infernal mi mente altera?
¿De dónde viene esta visión pasmosa?
Ese Genio... esa negra mariposa
qué es,... ¿qué quiere de mí?...

En vano llamo a mi ilusión quimera,
no hay más verdad que la ilusión del alma,
verdad fué mi quietud, mi paz, mi calma...
verdad que ya perdí!

Por ocultos resortes agitado,
vuelvo al llanto otra vez hondo y doliente;
y mi canto otra vez vuela y mi mente
a esa extraña región,
do sobre el cráter de un abismo helado
las nieves del volcán se derritieron...
al fuego que ligeras encendieron
tus alas de crespón.

SALVADOR BERMUDEZ DE CASTRO

(1814 Jerez de la Frontera-1883)

18

A LOS ASTROS

Romped las nieblas que ocultando el cielo
corren los aires en flotante giro,
y derramad sobre el dormido suelo
vuestros lucientes rayos de zafiro.

¡Brillad! ¡brillad! el ánima afligida
siente sed de ilusión, sed de esperanza,
ya que preside a mi angustiada vida
negro fantasma de eterna venganza.

¡Ay! yo no sé de mí: no me comprendo;
ardiente el alma en su ambición desea
otros fatales goces que no entiendo,
que cruzan como sombras por mi idea.

Vil juguete tal vez de la fortuna,
cansado siempre y solitario vago,
cual cisne que por lóbrega laguna
trocó las aguas del nativo lago.

¡Quién me volviera las fugaces horas,
¡ay! tan fugaces cuanto fueron bellas,
cuando en las playas de la mar sonoras
contemplaba la luz de las estrellas!

Sólo el rugir del piélago escuchando,
embriagado en la atmósfera marina,
volaba el pensamiento arrebatando
el alma ardiente a la región divina.

De la fe entre las alas sostenido,
cruzaba por la bóveda ondeante,
en la sublime inmensidad mecido,
navegando entre globos de diamante.

Y siempre, y siempre me humillé postrado
ante las puertas del eterno imperio;

y nunca pude penetrar osado
de esa esfera clarísima el misterio.

¿Sois las mansiones en que aguarda el alma,
libre ya de esta mísera existencia,
a recibir en expiatoria calma,
esa que implora, angelical esencia?

¿Sois tal vez los magníficos palacios,
trono inmortal de fúlgidos querubes,
cortando en su carrera los espacios,
rompiendo escollos de doradas nubes?

¿Sois los fanales que en su vago vuelo
guiarán al hombre en las etéreas salas,
cuando triunfante y justo alcance el cielo,
de la oración sobre las blancas alas?

Cuando, extasiado en lánguida tristura,
llega a mis ojos vuestra luz serena,
quíébranse mis recuerdos de amargura,
cual la espuma del mar sobre la arena.

No sé qué acentos de entusiasmo y gloria,
blancos fantasmas que en silencio giran,
despiertan al pasar en mi memoria,
con las mágicas voces que suspiran.

Mi existencia está aquí. Yo tengo un alma
que no abate contraria la fortuna;
capaz de hallar, como Endimion, la calma
en los trémulos rayos de la luna.

¡El sol! el sol magnífico, luciente,
me agobia con el peso de su lumbré:
¡oh! nunca llegue el astro del Oriente
a traspasar del monte la alta cumbre!

Quede en las nubes de su triste ocaso
el eje ardiente de su carro roto,
o arrastre triste el moribundo paso
por otro suelo frígido y remoto.

Su luz pesada como el plomo oprime;
yo no quiero su luz, amo la sombra;
que este retiro lóbrego, sublime,
ni espanta el alma, ni la mente asombra.

Bajo la copa del ciprés doliente,
en mi pereza muelle descansado,
dejo el triste vaivén de lo presente,
busco el dulce solaz de lo pasado.

Bellas venís, visiones de placeres,
gratos recuerdos, sombras amorosas;
bellas venís, dulcísimas mujeres,
verdes praderas, flores olorosas.

Con el nocturno céfiro os respiro,
de las estrellas con la luz os veo;
y con sed ardentísima os aspiro,
con pasión vehementísima os deseo.

Mas no; volad: espíritus amantes,
respetad, ¡ay! de un mísero la calma:

pasaréis caprichosas, inconstantes,
y luego inquieta dejaréis mi alma.

Sólo en vosotros fijaré mis ojos,
astros brillantes, admirables faros,
que en la triste ansiedad de mis enojos
sólo me queda fé para admiraros.

Derramad blanca luz sobre mi frente,
y cuando el aire se colore en grana,
viéndoos morir sobre el purpúreo Oriente,
me hallará solitario la mañana.

JOSE ZORRILLA

(1817 Valladolid-1893)

19

ORIENTAL

Corriendo van por la vega,
a las puertas de Granada,
hasta cuarenta gomeles
y el capitán que los manda:

Al entrar en la ciudad,
parando su yegua blanca,
le dijo éste a una mujer
que entre sus brazos lloraba:

—Enjuga el llanto, cristiana,
no me atormentes así,
que tengo yo, mi sultana,
un nuevo Edén para ti.

Tengo un palacio en Granada,
tengo jardines y flores,
tengo una fuente dorada
con más de cien surtidores.

Y en la vega del Genil
tengo parda fortaleza,
que será reina entre mil
cuando encierre tu belleza.

Y sobre toda una orilla
extiendo mi señorío;
ni en Córdoba ni en Sevilla
hay un parque como el mío.

Allí la altiva palmera
y el encendido granado,
junto a la frondosa higuera
cubren el valle y collado.

Allí el robusto nogal,
allí el núpalo amarillo,
allí el sombrío moral
crecen al pie del castillo.

Y olmos tengo en mi alameda
que hasta el cielo se levantan,
y en redes de plata y seda
tengo pájaros que cantan.

Sultana serás si quieres,
que, desiertos mis salones,
está mi harén sin mujeres,
mis oídos sin canciones.

Yo te daré terciopelos
y perfumes orientales,
de Grecia te traeré velos,
y de Cachemira chales.

Yo te daré blancas plumas
para que adornes tu frente,
más blancas que las espumas
de nuestros mares de oriente;

y perlas para el cabello,
y baños para el calor,
y collares para el cuello,
para los labios... amor!—

—¿Qué me valen tus riquezas,
respondióle la cristiana,
si me quitas a mi padre,
mis amigos y mis damas?

Vuélveme, vuélveme, moro,
a mi padre y a mi patria,
que mis torres de León
valen más que tu Granada.—

Escuchóla en paz el moro,
y manoseando su barba,
dijo, como quien medita,
en la mejilla una lágrima:

—Si tus castillos mejores
que nuestros jardines son,
y son más bellas tus flores,
por ser tuyas, en León,

y tú diste tus amores
a alguno de tus guerreros,
hourí del Edén, no llores,
vete con tus caballeros.—

Y dándola su caballo
y la mitad de su guardia,
el capitán de los moros
volvió en silencio la espalda.

LA TORRE DE FUENSALDAÑA

I

Yo he sentido bramar al ronco viento
del helado diciembre en noche oscura,
remedando de un hombre el triste acento
de roto murallón en la hendidura.

Ardía en el salón envejecido
purpúrea llama de sonante leña,
y el ámbito vibraba estremecido
al reflejar en la empolvada peña.

De la pompa feudal resto desnudo,
sin tapices, sin armas, sin alfombra,
hoy no cobija su recinto mudo
más que silencio, soledad y sombra.

Tal vez groseros cuentos populares
bajo el nombre sin crónica conserva,
y en las bóvedas, torres y pilares,
brotó a pedazos la pajiza yerba.

Los pájaros habitan la techumbre
y la tapiza la afanosa araña,
y eso guarda la tosca pesadumbre
del viejo torreón de Fuensaldaña.

Yo, que era entonces loco, triste y niño,
pasaba alguna vez bajo sus muros,
por contemplar el desgarrado aliño
de sus huecos recónditos y oscuros.

Allí en delirios de amistad perdida
y en infantiles pláticas sabrosas
adormecí las cuitas de mi vida
y las horas de noches pavorosas.

Allí, al calor de la humeante hoguera,
de las cóncavas piedras al abrigo,
oía el viento rebramando fuera,
y a mi lado la voz de algún amigo.

Allí sobre nosotros se elevaban
robustas torres, góticas almenas,
que la furia del viento rechazaban
sobre el cimiento colosal serenas.

A veces nuestra alegre carcajada,
repetida en los aires por el eco,
moría en sus bramidos sofocada
de la alta torre en el tendido hueco.

A veces nuestras báquicas canciones,
como estertor de agonizante pecho,
acompañaba en compasados sonos
sordo zumbando en callejón estrecho.

Otras en melancólica armonía
remedaba lamentos y suspiros,
y otras en repugnante gritería
el vuelo y voz de brujas y vampiros.

De las rotas almenas erizadas
al sacudir la destocada frente,
remedaba el hervir de las cascadas,
y el áspero silbar de la serpiente.

O en revuelto y confuso torbellino
la ruिनosa terraza estremeciendo
de la tendida lona el són marino
semejaba tal vez el largo estruendo.

Le oíamos a veces a lo lejos
cruzando el valle con airado paso,
y crujían los árboles añejos
como chascara entre la llama un vaso.

Y en continuo rumor sonando a veces
le oíamos rozar el firme muro,
como en hondo tonel hierven las heces
que una bruja animó con un conjuro.

Le oíamos rodar embravecido
las desiguales piedras azotando,
y en los huecos colgar ronco mugido,
y el seco musgo arrebatarse pasando.

Le oíamos entrar y revolverse
con espantable són en las troneras,
y estrellarse, y crecer hasta perderse,
barriendo las tortuosas escaleras.

Las ramas de los árboles vecinos
en las rejas meciéndose colgadas,
dibujaban contornos repentinos
de espantosas visiones descarnadas.

Y al brusco y desigual sacudimiento
desplomados los vidrios de colores,
en el mal alumbrado pavimento
reverberaban falsos resplandores.

Y asaltando la boca que topaba
rodando en torno de la mustia hoguera,
entre la lláma pálida soplaba
blanca ceniza hasta elevar ligera.

Silbando entonces lánguido y sonoro
al cruzar murmurando en las ventanas,
nos revelaba en armonioso coro
música de veletas y campanas.

Y mezclaba el susurro de las hojas
que coronaban los silvestres pinos,
con el gotear entre las juncias flojas
de los turbios arroyos campesinos.

De los atentos perros el ladrido,
y el canto agudo del despierto gallo,
con el inquieto y bélico alarido
del trémulo relincho del caballo.

Bullían en el ánima exaltada
locos fantasmas de soñados cuentos,
y sostenía apenas fatigada
el peso de los ojos soñolientos.

Entonces a la sombra cobijados,
los pies a par de la espirante lumbre,
cedían nuestros párpados cansados,
más que a la voluntad, a la costumbre.

Y a cada chispa del tizón postrero,
a cada empuje del turbión errante,
a cada voz del pájaro agorero
que velaba en el nido vacilante,
volvíamos el gesto recelosos
en derredor del descompuesto fuego,
levantando los ojos perezosos,
que al roto sueño se tornaban luego.

Y en aquella mirada adormecida
se pintaba la sombra misteriosa
de volubles contornos revestida,
de cuerpo inmenso, de color medrosa,

Gozábamos al fin insomnio inquieto
delirando festines y batallas
con tumultos sin época ni objeto,
con broqueles, con yelmos y con mallas.

Y soñábamos duendes y conjuros
en una tierra mágica y lejana,
deleitados en cóncavos oscuros
con cantares de sílfide liviana.

Poco a poco deshechas las visiones
soñábamos con sombras infinitas,
donde se oían apagados sonos
de invisibles orquestas exquisitas.

Y más tarde las sombras vacilando
entre pardo crepúsculo naciente,
íbanse luz y sombras alejando
de la febril y temerosa mente.

Músicas, miedos, fábulas y sombras
sus contornos al fin desvanecían,
y en un salón sin lámparas ni alfombras
sólo estaban dos locos y dormían.

II

Y era grato al són del viento
abrir el párpado al día,
y contemplar soñoliento
su confuso resplandor,
a través de las abiertas
hondas y estrechas ventanas,
y de las hendidas puertas
de los quicios en redor.

Ver la atmósfera tocada
con turbio cendal de niebla,
sobre los campos posada
interceptando el mirar,
y oír la ráfaga inquieta
que al vendaval sustituye,
en la acerada veleta
sordamente rechinar.

Ver las medrosas visiones
que en la noche nos turbaron,
en bóvedas y rincones
de opaca lumbre al lucir,
en escombros convertidas,
musgo y tintas con que al tiempo
las murallas carcomidas
plugo manchar y vestir.

Ver en las toscas paredes,
en vez de ricos tapices,
tender su baba y sus redes
al insecto descortés,
que entre los nombres tranquilos
las labra de los viajeros,
cubriéndolos hilo a hilo
sin envidia ni interés.

Ver a la afanosa araña
en los blasones del muro
hilar con paciente maña
sus hebras para cazar;
y en la recóndita grieta
la presa que vuela en torno,
vigilante, astuta y quieta,
a que se enrede esperar.

Y en el oculto madero
hallar de rincón ruinoso
el rastro de un hormiguero
que en el verano pasó:
que en el foso nació acaso,
mas no contento en el suelo,
con irreverente paso
hasta la almena trepó.

¿Quién dijera a los barones
de la torre de Saldaña
de sus techos y salones
la mengua y la soledad?
¡Tiempo! ¡tiempo! ¡Cuánto puedes,
tú que indiferente escribes
sobre cráneos y paredes
la cifra de la verdad!

Yo he visitado esos muros,
hoy trojes de rico hidalgo,
y en sus salones oscuros
ancha hoguera levanté.
Corrí llaves y cerrojos
cual si de ellos dueño fuera,
y sus tablas y despojos
para alumbrarme quemé

No respeté ni sus años
ni su nombre y dueño antiguos...
Y para insultos tamaños
¿quién era en Saldaña yo?
Un niño, un triste, o un loco
que divertido en sus penas
curaba entonces muy poco
de cuanto grande vivió.

Y a fe que libre y contento,
a la lumbre de mi hoguera
en tanto bramaba el viento
tranquilamente dormí;
y al despertar con el día
contemplé absorto y ufano
la gruesa mampostería
que por alcoba elegí.

Luchaba el sol afanado
con la turbia húmeda niebla,
y el fulgor tornasolado
cruzaba por el salón.
El aire en fuerzas cediendo
brotó en ráfagas errantes,
y aún se le oía gimiendo
con menos airado són.

Miré desde las ventanas
el árido campo seco;
algunas yerbas livianas
encontré no más en él.
El aire las sacudía
y la niebla las mojaba;
escaso arbusto crecía
del campo mudo al lindel.

Algunas nocturnas aves
guarecidas asomaron
en los rotos arquitraves
su misterioso mohín.
Mirélas indiferente,
y al rumor de mis pisadas
hundieron la negra frente
del nido cóncavo al fin.

Entonces de la alta cumbre
el sol rasgando la niebla,
derramóse en viva lumbre
de trémulo resplandor;
y en los pardos murallones
trazó cuadros luminosos
alumbrando los salones
de cenagoso color.

Y entonces a los reflejos
de la llama repentina
de aquellos rincones viejos
de la antigua soledad,
bulleron miles de insectos
asomando por las grietas
monstruosos por lo imperfectos,
raros por la variedad.

Y oíanse los cantares
del tosco templo vecino
en compases regulares
desvanecerse y crecer;
y el órgano y las campanas
al roto soplo del viento
ya perdidas, ya cercanas
en él sus ecos mecer.

Pasó la noche sonora,
pasó la mañana inquieta,
mis años hora por hora
a contar triste volví.
Si hallé la vida cansada
y lamenté su amargura,
yo vivo con mi tristura,
mas la torre quedó allí.

Muchos curiosos acaso
por llegar a Fuensaldaña
aceleraron el paso
de aquella noche después;
mas ¡ay del hombre mezquino!
¡Quién encontrará mañana
entre el polvo del camino
la huella de nuestros pies!

GLORIA Y ORGULLO

¡Lejos de mí, placeres de la tierra,
fábulas sin color, sombra, ni nombre,
a quien un nicho miserable encierra
cuando el aura vital falta en el hombre!

¿Qué es el placer, la vida y la fortuna,
sin un sueño de gloria y de esperanza?
Una carrera larga e importuna,
más fatigosa cuanto más se avanza.

Regalo de indolentes sibaritas,
que velas el harén de las mujeres,
opio letal que el sueño facilitas
al ebrio de raquíuticos placeres.

Lejos de mí.—No basta a mi reposo
el rumor de una fuente que murmura,
la sombra de un moral verde y pomposo,
ni de un castillo la quietud segura.

No basta a mi placer la inmensa copa
del báquico festín, libre y sonoro,
de esclavos viles la menguada tropa
ni las llaves de espléndido tesoro.

De un Dios hechura, como Dios concibo;
tengo aliento de estirpe soberana;
por llegar a gigante enano vivo;
no sé ser hoy y perecer mañana.

Yo no acierto a decir “la vida es bella”,
y descender estúpido al olvido;
amo la vida porque sé por ella
al alcázar trepar donde he nacido.

De ésa inmensa pasión que llaman gloria
brota en mi corazón ardiente llama,
luz de mi sér me abrasa la memoria,
voz de mi sér inextinguible clama.

Gloria, ilusión magnífica y suprema,
ambición de los grandes en quien quiso
velar Dios esa mística diadema
que nos dará derecho al paraíso:

nada es sin ti la despreciable vida,
nada hay sin ti ni dulce ni halagüeño,
sólo en aquesta soledad perdida
la sombra del laurel concilia el sueño.

Sólo al murmullo de la excelsa palma
que el noble orgullo con su aliento agita
en blando insomnio se adormece el alma,
y en su mismo dormir crea y medita.

Zeuxis, Apeles, Píndaro y Homero
bajo ese verde pabellón soñaron;
César, Napoleón y Atila fiero
bajo ese pabellón se despertaron.

Por ti el delirio del honor se adora,
por ti el hinchado mar hiende el marino,
por ti en su gruta el penitente llora
y empuña su bordón el peregrino.

Por ti el soldado se vendió a sus reyes,
y lidia agora con porfía insana,
no por esas que ignora pobres leyes,
por comprar una lágrima mañana.

Por ti le canta el orgulloso amante
dulces trovas de amor a una querida;
porque tal vez un venturoso instante
tenga en su canto prolongada vida.

Por ti del negro túmulo en la piedra
ambicioso el mortal graba su nombre,
porque tal vez entre la tosca hiedra
otro día al pasar le lea un hombre.

Por ti acaso el cansado centinela
que incendió una ciudad en la batalla,
su cifra indiferente, mientras vela,
pinta con un tizón en la muralla.

El polvo en que hubo sus cabañas Roma
por ti con templos y palacios pisa,
por ti su gesto satisfecho asoma
tras su inmenso sarcófago Artemisa.

Por ti vencida se incendió a Corinto,
por ti la sangre en Maratón se orea,
por ti una noche con aliento extinto
tumba Leonidas demandó a Platea.

Por ti trofeos el cincel aborta,
y álzanse torres con tenaz porfia;
porque es la vida deleznable y corta,
y todos quieren prolongarla un día.

Por eso velo con la noche oscura
sobre un volumen carcomido y roto,
y un mañana me sueño de ventura,
y otra existencia en porvenir remoto.

Por eso en mis estériles canciones
el blando són del agua me adormece,
y entre pardos y errantes nubarrones
de la noche el fanal se desvanece.

Oigo en mi canto el lánguido murmullo
del aura que los árboles menea,
de la tórtola triste el ronco arrullo
y la sonora lluvia que gotea.

Veo las sacrosantas catedrales,
los antiguos y góticos castillos,
y el granizo se estrella en sus cristales
o azota sus escombros amarillos.

¡Oh! si sentís esa ilusión tranquila,
si creéis que en mis cánticos murmura
ya el aura que en los árboles vacila,
ya el mar que ruge en la tormenta oscura;

si al són gozáis de mi canción que miente
ya el bronco empuje del errante trueno,
ya el blando ruido de la mansa fuente
lamiendo el césped que la cerca ameno;

si cuando llamo a las cerradas rejas
de una hermosura, a cuyos pies suspiro,
sentís tal vez mis amorosas quejas,
y os sonreís cuando de amor deliro;

si cuando en negra aparición nocturna
la raza evoco que en las tumbas mora
os estremece en la entreabierta urna
respondiendo el espíritu a deshora;

si lloráis cuando en cántico doliente,
hijo extraviado, ante mi madre lloro,
o al cruzar por el templo reverente
la voz escucho del solemne coro;

si alcanzáis en mi pálida mejilla,
cuando os entono lastimosa endecha,
una perdida lágrima que brilla
al brotar en mis párpados deshecha;

todo es una ilusión, todo mentira,
todo en mi mente delirante pasa,
no es esa la verdad que honda me inspira;
que esa lágrima ardiente que me abrasa

no me la arranca ni el temor ni el duelo,
no los recuerdos de olvidada historia;
¡es un raudal que inunda de consuelo
este sediento corazón de gloria!

¡Gloria! Madre feliz de la esperanza,
mágico alcázar de dorados sueños,
lago que ondula en eternal bonanza
cercado de paisajes halagüeños:

¡Dame ilusiones! dame una afonía
que arrulle el corazón con el oído
para que viva la memoria mía
cuando yo duerma en eternal olvido.

¡Lejos de mí, deleites de la tierra,
fábulas sin color, forma, ni nombre,
a quien un nicho miserable encierra
cuando el aura vital falta en el hombre!

¡Gloria, esperanza! Sin cesar conmigo
templo en mi corazón alzaros quiero,
que no importa vivir como el mendigo
por morir como Píndaro y Homero.

JUAN AROLAS

(1805 Barcelona-1849)

22

LOS CELOS DE LA SULTANA

Pídeme, bella sultana,
mis joyas y mis bajeles,
la mina que tiene Argana,
del Tibet chales y pieles,

y los pájaros pintados,
que, si el amor los desvela,
forman nidos elevados
en pimpollos de canela.

Yo te doy telas bordadas
y unos velos transparentes;
te da frutas confitadas
Damasco la de las fuentes.

Bajo un toldo de jazmines,
que afrentas con tu blancura,
te bañas en mis jardines,
que dan auras de frescura;

y en tus miembros hechiceros
secan el agua de rosas
leves nubes aromosas
de mis ricos pebeteros.

Para ti son mis Estados
con riquezas y tesoros,
mis ríos engalanados
con sauces y sicomoros;

Estambul, reina de Oriente,
con serrallo de recreo.
salpicado blandamente
de resacas del Ejeo;

Bursa rica en el tejido,
y en labor de argentería,
que al pie del Olimpo erguido
se duerme al finar el día;

mientras el monte encumbrado
la guarda como gigante
de negras sombras velado,
con estrellas por turbante.

Diarbekir, que al cielo envía
cien torres en ancho giro,
y Adranak, que es corte mía,
te las doy por un suspiro:

Pide aromas y topacios,
y adornos para tus sienes,
y magníficos palacios
con magníficos andenes;
perfumadores labrados,
aves que el Arabia cría,
retretes engalanados,
cofretillos de ataujía,
y en las urnas de cristal
mudos peces prisioneros,
que brillen como el metal
de recónditos mineros.

¿Qué falta a tu amor, sultana,
paraíso de placeres,
rosicler de la mañana...?

Tuyo es mi amor... ¿qué más quieres?

Lágrimas hay en tus ojos
azules como los cielos...

¡Quién motiva tus enojos?

¡Ah! ¡tú callas! Tienes celos.

Celos de negra hermosura,
jardinera de mis flores,
hija de la noche oscura
que suspira mis favores;

toda de ébano bruñido,
llena de delirio ciego,
cuando enamora el sentido
con sus pupilas de fuego.

No llores, hurí querida,
tan linda como celosa:
tú eres siempre preferida
por apuesta y por hermosa.

Yo te juro por Alá,
por venganza y por amor,
que tu rival morirá
cortada en su verde flor.

Pues más quiero en mis enojos
ver su sangre por el suelo,
que una lágrima en el cielo
de tus amorosos ojos.

23.

FAKMA Y ACMET

I

Las bodas de los hijos del desierto
libres son como bodas de las aves,
que unidas por amor dan el concierto
de sus gorjeos dulces y suaves.

Libres sobre los nardos olorosos
se casan los insectos zumbadores,
el cóndor en los Andes cavernosos,
y de Febo a la luz plantas y flores.

Los himnos del festín han resonado:
Fakma se desposó y Acmet la adora;
mirad su fresca sien que han coronado
ricas perlas del golfo de Basora.

Kakma es bella cual nube que camina
pintada por auroras boreales,

y en el mar adormido se reclinó
para mirarse bien en sus cristales.

De una tribu enemiga muy guerrera
dió su fe al adalid que la servía,
y al huír de sus lares, la siguió
maldición paterna que así decía:

”¡Que la sombra de tu cuerpo

”nunca cubra mis umbrales!

”¡Que la luz que te ilumina

”veas de color de sangre!

”¡Que si mía te dijeres,

”mil espectros se levanten

”de las tumbas, que te digan:

”*adúltera fué tu madre*”.

”¡Que si al tálamo te llegas,

”junto al tálamo desmayes,

”y esperando el primer beso

”te sorprendan mis puñales!

”¡Que las penas te atosiguen!

”¡Que mi maldición arrastres,

”sierpe venenosa y dura

”que has crecido en mis rosales!”

II

¡Los himnos del festín han resonado...!

Oíd esas cadencias seductoras,

que recrean con eco prolongado

y apagan la voz triste de las horas.

¡Armonía feliz...! ¡Tu origen fuera,

cuando el primer mortal entre jardines

dió un beso a su dichosa compañera,
cantando los alados serafines!

Fakma se engalanó con blancas flores
que llevan en su sien las desposadas,
y quemó junto al tálamo de amores
los aromas en urnas cinceladas.

Mas ¿quién turba tan plácidos conciertos...?
¿Es la voz del león que hambriento aterra...?
¿Es la voz del chacal entre los muertos...?
Es la voz de una tribu, es voz de guerra.

Acmet deja la mano de la hermosa
que besaba en delirios de esperanza:
se estremece su frente desdeñosa,
y, olvidado el placer, toma la lanza.

"¡Desposada! si tus flores
"mis ausencias marchitaren,
"yo te ceñiré al volver
"los laureles del combate."

—"¡Acmet...! Adiós...: estas puertas
"que se cierran con mis ayes,
"se abrirán a los placeres
"cuando vencedor tornares.

"Si pereces, quiera el cielo
"que tu espíritu me llame,
"y en las tumbas celebremos
"unas bodas eternas:

"Allí te pondré mis flores
"abrazando tu cadáver,
"que si tú me las ceñiste,
"no es mucho que te las guarde".

III

Acmet a sus valientes acaudilla,
y enrojece la gasa en los turbantes
la sangre que derrama su cuchilla...:
¡Ruda es la lid en ánimos constantes!

Mas del padre de Fakma los guerreros
son más que tus arenas, mar bravío;
sólo resiste Acmet a sus aceros;
mordieron los demás el polvo frío.

Sobre su corcel árabe encorvado,
da la muerte y la busca, mas no la halla,
que el indómito bruto desbocado
lo sacó del lugar de la batalla.

Vuela al punto a su hermosa. ¿El hado crudo
templará su dolor con dicha cierta...?
Llegó por fin, y del puñal agudo
con el pomo tenaz, llamó a la puerta.

“¡Desposada de mi vida!
”flor de mis vergeles, abre,
”que si tardas en abrir,
”te apresuras en matarme.”

—”¿Cómo te he de abrir mis puertas
”si no te conozco...? ¿Sabes
”cuál ha sido en el desierto
”la suerte de los combates?”

—”Fatal, adorada mía;
”salió vencedor tu padre:
”sólo yo, tu esposo, vivo;
”de los míos ya no hay nadie.”

—”Mientes, áspid venenoso,

”mientes, traidor y cobarde,

”mi esposo murió en la lid,

”que mi esposo morir sabe.

”Del choque jamás huyó,

”que algo más su acero vale:

”do los suyos perecieron

”mi querido esposo yace.

”Voy a celebrar con él

”nuestras bodas sepulcrales...

”pero tú, extranjero vil,

”huye mi umbral, no me llames”.

IV

La puerta cedió por fin

a los golpes del amante,

que vió a Fakma por el suelo,

revolcándose en su sangre.

GABRIEL GARCIA TASSARA

(1817 Sevilla-1875)

24

A QUINTANA

Cuando al rayar el día,

allá de mi lejana adolescencia,

el dios de la armonía,

que es el dios de la humana inteligencia,

su inspiración ardiente

vertió en mi corazón, vertió en mi frente,

Sonó, sonó en mi oído
de patria y libertad un eco santo
de insólito sonido;
la voz del vate, del profeta el canto
que al ruido de tus olas
¡patrio Guadalquivir! canté a mis solas.

No era, no, ya la Musa
que triscando por riscos y por faldas
tonos femíneos usa,
y del dios del placer entre guirnaldas
frívola adoradora,
Dios, hombre, mundo, humanidad ignora.

Era la gran Poesía;
la que del mundo en las remotas partes,
como en la Grecia un día,
fué madre de las ciencias y las artes,
voz del cielo en la tierra,
el himno de la paz y de la guerra.

Era la voz de un siglo
que al nacer y al morir luchó iracundo
con el feroz vestiglo
de la que fué superstición del mundo,
y en generosa saña
“sé España, ¡España!” le gritaba a España.

Era tu grande acento,
¡Quintana! era tu voz que, en la sombría
carcel del pensamiento
sonando y resonando, removía
con versos como espadas
de España las entrañas ulceradas.

Pelayo, ardiente rayo
contra el Islám y el oriental Califa,
el Cid, nuevo Pelayo,
Guzmán, Bruto de España, allá en Tarifa,
Padilla en sangre tinto,
a tu gloria fatal ¡oh Carlos Quinto!

Las del Panteón hispano
del austriaco Escorial turbadas sombras
que a España dan en vano
las banderas del mundo por alfombras,
si tu ignea fantasía
en ellas sólo ve la tiranía;

Aquellas sombras tristes
del grande emperador, del rey prudente
que al tribunal trajistes
de una infeliz generación que aún siente
rodar por el vacío
la España, su esplendor, su poderío;

El infecundo nieto
de ellos en pos que la corona ingente,
no rey, sino esqueleto,
deja caer de la caduca frente,
y a los Borbones fía,
esqueleto como él, su monarquía;

El pensamiento humano
que, arrebatado de ambición inmensa,
arcano tras arcano
a los cielos robándoles, condensa
la palabra del hombre
en monumento que a la edad asombre;

España, en fin, España,
sacudiendo dos siglos de desmayo,
y con la antigua saña
blandiendo en las Termópilas de Mayo
la espada de Pavía
que la herrumbre del ocio carcomía;

Tal fué tu gran poema...
¡Himno de las batallas! ¡Armonía
de muerte y de anatema
que de Bailén a Waterloo seguía
con eco sobrehumano
de la Europa vengada al gran tirano!

¡Himno de las batallas!
De aquellas ¡ay! donde la fuerza blande
sus bronces y sus mallas,
y de aquellas también do en lid más grande
despliega su violencia
el guerrero sin paz, la inteligencia.

En la memoria mía
nunca olvidados, no, mas confundidos
en la honda lejanía
de los años en pos desvanecidos,
tus cantos hoy se elevan
y el entusiasmo juvenil renuevan.

Mas ¡ay! ¿qué dejo amargo
posa en mis labios el licor ardiente?
¿Por qué de su letargo
quiere en vano salir mi torva mente,
y enluta el alma mía
nube de funeral melancolía?

Triunfó la independencia
y la Europa triunfó; pero a la España
se le arrancó la herencia
de la que fué su inmarcesible hazaña,
y envuelta en sus pendones
la postrera quedó de las naciones.

Triunfó también un día
la libertad; pero la Europa entera,
cual vasta alcahicería,
como inmenso taller do el oro impera,
fabrica ciudadanos
que están pidiendo y que tendrán tiranos.

¡Oh! si la musa heroica
que cantó con transportes sacrosantos
la libertad estoica
de Grecia y Roma en inmortales cantos,
volviese a la armonía,
con su lira de bronce, ¿qué diría?

¿Acaso contemplados
a la tétrica luz de lo presente
los siglos ya pasados,
aquella España en cuya altiva frente
tu rayo se blandía,
la misma maldición te arrancarías?

El fanatismo odiaste:
¡Pluguiese a Dios que aún fanatismo hubiera!
El himno que entonaste
un fanatismo fué que en su carrera
abrió cielos y abismos:
¿Qué es ¡ay! la humanidad sin fanatismos?

Ninguno ya, ninguno
existe ya; ni el que ensalzó al monarca
ni el que inflamó al tribuno:
un dios brutal el universo abarca
desde el altar deshecho,
el dios de la materia, el dios del hecho.

Y en vez de aquella santa
familia de los pueblos soberanos
que, libre la garganta
de los yugos de todos los tiranos,
imaginó el deseo,
el Bajo Imperio de la Europa veo.

Así en la acobardada
Roma, Horacio cantó mientras la lengua
de Cicerón clavada
en los rostros guardados a tal mengua,
tu última arenga hacia
¡romana libertad! en tu agonía.

¡Oh ilusión venturosa
de una generación que se derrumba!
Nosotros, su ingloriosa
posteridad, junto a su ilustre tumba
pasamos sonriendo,
su generoso error escarneciendo.

Nosotros, los espúreos
hijos del desengaño que trocamos
por mantos epicúreos
la toga consular que despreciamos,
y, a toda patria ajenos,
sabemos más, pero valemos menos.

Y qué, ¿será mentira
cuanto el hombre esperó? ¿Será delirio
el genio que le inspira,
la virtud y el valor vano martirio,
y el Dios que al hombre cría
el Dios de una perpetua tiranía?

¡Oh! no: vendrá la historia
y, al legar a los siglos sus anales,
dirá al fin tu victoria
¡oh raza de tribunos inmortales!
Pueblos, guardad su herencia:
la fe en la humanidad fué su creencia.

Y tú que el vate fuiste
de esa tribu inmortal ¡noble poeta!
y tú que enmudeciste,
vencido no, mas desdeñoso atleta,
y en sombra refulgente
velas hoy con rubor tu anciana frente;

si aún vive aquella musa
que tú alentaste al despuntar su día,
cuando con voz confusa,
vagando en el pensil de Andalucía,
cantaba la infelice
tragedia de Pausanias y Cleonice;

no temas que abandone
las santas cumbres donde a verse alcanza
el sol que no se pone;
sol de la humanidad y la esperanza,
el sol que el hombre implora,
el sol del porvenir que está en su aurora.

25

EL INSOMNIO

El rayo azul de la naciente aurora
penetra ya la espesa celosía,
y huye al sonar el cántico del día
de las tinieblas la glacial señora.

Y en vano el sueño y la quietud implora
del cielo sordo la plegaria mía;
sufra también del mundo en la alegría
el que del mundo la tristeza llora.

Fiebre, insomnio y delirio y mi despecho
los genios son que sus fatales teas
en torno vibran de mi ardiente lecho.

Ven con la eternidad si esto deseas,
hiere mi sien, sepúltate en mi pecho,
y ¡oh sueño! ven aunque la muerte seas.

MANUEL DE CABANYES

(1808 Villanueva y Geltrú-1833)

26

LA INDEPENDENCIA DE LA POESIA

Como una casta ruborosa virgen
se alza mi musa, y tímida las cuerdas
pulsando de su arpa solitaria,
suelta la voz del canto.

¡Lejos, profanas gentes! No su acento
del placer muelle, corruptor del alma,
en ritmo cadencioso hará suave
la funesta ponzoña.

¡Lejos, esclavos, lejos! No sus gracias
cual vuestro honor traficarse y se venden;
no sangri-salpicados techos de oro
resonarán sus versos.

En pobre independencia, ni las iras
de los verdugos del pensar la espantan
de sierva a fuer; ni, meretriz impura,
vil metal la corrompe.

Fiera como los montes de su patria,
galas desecha que maldad cobijan:
las cumbres vaga en desnudez honesta;
mas ¡guay de quien la ultraje!
Sobre sus cantos la expresión del alma
vuela sin arte: números sonoros
desdeña y rima acorde; son sus versos
cual su espíritu libres.

Duros son; mas son fuertes, son hidalgos
cual la espada del bueno: y nunca, nunca
tu noble faz con el rubor de oprobio
cubrirán, madre España,

Cual del cisne de Ofanto los cantares
a la reina del mundo avergonzaron,
de su opresor con el infame elogio
sus cuitas acreciendo.

¡Hijo cruel, cantor ingrato! El cielo
le dió una lira mágica y el arte
de arrebatarse a su placer las almas
y arder los corazones;

le dió a los héroes celebrar mortales
y a las deidades del Olimpo... El eco
del Capitolio altivo aún los nombres
que él despertó tornaba.

RAMON DE CAMPOAMOR

(1817 Navia-1901)

27

COSAS DE LA EDAD

I

—“Sé que corriendo, Lucía,
tras criminales antojos,
has escrito el otro día
una carta que decía:
—Al espejo de mis ojos—.

”Y aunque mis gustos añejos
marchiten tus ilusiones,
te han de hacer ver mis consejos
que contra tales espejos
se rompen los corazones.

”¡Ay! ¡No rindiera, en verdad,
el corazón lastimado
a dura cautividad,
si yo volviera a tu edad,
y lo pasado, pasado!

"Por tus locas vanidades,
¡que son, oh niña, no miras
más amargas las verdades
cuanto allá en las mocedades
son más dulces las mentiras!

"¡Y que es la tez seductora
con que el semblante se aliña,
luz que la edad descolora!
Mas ¿no me escuchas, traidora?
(¡Pero, señor, *si es tan niña!*...)"—

II

"Conozco, abuela, en lo helado
de vuestra estéril razón,
que en el tiempo que ha pasado,
o habéis perdido o gastado
las llaves del corazón.

"Si amor con fuerzas extrañas
a un tiempo mata y consuela,
justo es detestar sus sañas;
mas no amar, teniendo entrañas,
eso es imposible, abuela.

"¿Nunca soléis maldecir
con desesperado empeño
al sol que empieza a lucir
cuando os viene a interrumpir
la felicidad de un sueño?

”¿Jamás en vuestros desvelos —
cerráis los ojos con calma —
para ver solas, sin celos,
imágenes de los cielos
allá en el fondo del alma?

”¿Y nunca veis, en mal hora, —
miradas que la pasión —
lance tan desgarradora,
que os hagan llevar, señora,
las manos al corazón?

”¿Y no adoráis las ficciones
que, pasando, al alma deja
cierta ilusión de ilusiones?...
Mas ¿no escucháis mis razones?
(¡Pero, señor, si es tan vieja!...)” —

III

—No entiendo tu amor, Lucía.
—Ni yo vuestros desengaños.
—Y es porque la suerte impía
puso entre tu alma y la mía
el yerto mar de los años.

Mas la vejez destructora
pronto templará tu afán.
—Mas siempre entonces, señora,
buenos recuerdos serán —
las buenas dichas de ahora.

—¡Triste es el placer gozado!
—Más triste es el no sentido;
pues yo decir he escuchado
que siempre el gusto pasado
suele deleitar perdido.

—Oye a quien bien te aconseja.
—Inútil es vuestra riña.
—Siento tu mal.—No me aqueja.
—(¡Pero, señor, *si es tan niña!*...)
—(¡Pero, señor, *si es tan vieja!*...)

28

LA COMEDIA DEL SABER

A mi amigo don Tomás Rodríguez Rubi

I

*(Asunto, lo que es verdad.
Gradas de curiosos llenas.
Lugar de la acción, Atenas.
Epoca, en la antigüedad).*

*(Gran pausa.—Escena primera.
Como el que se duerme andando,
sale Heráclito llorando,
y dice de esta manera:)*

—¡Ay! mi ciencia es bien menguada,
pues nada en el mundo sé;

si sé que hay Dios, es porque
de nada no se hace nada.

Respeto la autoridad,
que es de los inícuos valla...
—¡Falso!—(*grita la canalla*),
(*Los nobles dicen:*)—¡Verdad!

Heráclito:—Yo imagino
que es la autoridad de un rey
poder que la humana ley
saca del poder divino.

No hay más dicha que el deber:
Todo aquel que hombre se llama
dará por honra la fama,
y el poder por el saber.

Dad a los buenos honores,
y castigo a los demás...
(*Aquí le silban los más,*
y le aplauden los mejores).

Nuestra vida debe ser
por nuestras faltas llorar,
meditar y meditar,
creer y siempre creer.

(*Rumores.—Después quietud.*)
Heráclito:—En conclusión,
la justa moderación
da saber, paz y virtud.

II

(*Gime Heráclito, y a poco sale Demócrito y mira, y al ver que el otro suspira, se echa a reír como un loco.*)

(*Segundo acto.—El pueblo está casi cortés, de callado.*)

Heráclito:—¡Desgraciado!

Demócrito:—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

Heráclito:—Es duelo todo.

Demócrito:—Todo es juego.

Heráclito:—El alma es fuego.

Demócrito:—El alma es lodo.

(*Calla Heráclito y murmura:*)

—¡Todo en la vida es miseria!

(*Y Demócrito:*)—¡Es materia

todo en el mundo, y locura!

Materia sin albedrío
son Dios, el hombre y el bruto;
el átomo es lo absoluto;
lo único real el vacío.

Filósofos, que en el mundo
buscáis lo cierto, ¡apartad!
Si existe, está la verdad
dentro de un pozo profundo.

Es del alma universal
parte nuestra alma también...

(*Muchos, casi todos:*)—¡Bien!

(*Y pocos, muy pocos:*)—¡Mal!

Demócrito:—Un torbellino
de átomos en movimiento
son Dios, la vida, el contento,
la justicia y el destino.

Cuanto existe en derredor,
de lo que existía se hace;
y hasta el hombre crece y nace
cual nace y crece una flor.

Y así, lo que ha de existir
nacerá de lo existente.
¡Pueblo! goza en lo presente,
y olvida lo porvenir.

(*Risa.—Aplauso general.*)

Demócrito:—En conclusión,
el alma es la sensación:
el placer es la moral.—

—Vivir, es creer y pensar
(*dice Heráclito gimiendo.*)
(*Y Demócrito riendo:*)
—¡Vivir!... sentir y gozar.—

(*Llanto y risa.—El cielo, en tanto,
sigue su curso imparcial,*

*pues hasta el fin le es igual
nuestra risa o nuestro llanto.*

*Y uno y otro concluyendo,
queda un bando y otro bando,
con Heráclito llorando,
con Demócrito riendo.*

*Y así pensando en pensar
si ha de llorar o reír,
ve el hombre su vida huír
entre reír y llorar.)*

III

*(Ruido.—Dudas.—Desencanto.
Sale en el acto tercero
Sócrates, cual dice Homero,
riéndose bajo el llanto.)*

Sócrates:—Sin ton ni son
riñe aquí un loco a otro loco;
¿no veis que entre mucho y poco
está la moderación?

La fe del uno es menguada;
grande es del otro la fe;
yo sólo una cosa sé,
y es que sé *que no sé nada.*

Conócete, debe ser
de nuestra ciencia el abismo;

quien se conozca a sí mismo
sabría cuanto hay que saber.

Para la ciencia, reacias
las plebes... (*El pueblo todo
lo silba aquí de tal modo,
que Sócrates dice:*)— Gracias!

Siempre el pueblo soberano
revela al hombre imparcial
la presencia universal
de un universal tirano.

(*Nueva silba.—Sensación.*)
Sócrates:—De mi alma rey,
sólo obedezco a la ley
que Dios puso en mi razón.

(*Ruge la chusma indignada.*)
Sócrates:—Y de tal modo,
que el hombre es centro de todo,
y todo ante el hombre es nada.

Sólo hay un Dios... (*Gran rumor
entre la vil multitud.*)
Sócrates:—Dios de virtud,
del bien y lo bello autor.

A un Dios solo, fe tributa
un corazón como el mío...
(*Y el pueblo grita:*)—A ese impío,
 la cicuta!  la cicuta!

*(Y mientras del pueblo el celo
lo arrastra a tan mala suerte,
Sócrates dice:—¡La muerte!
¡Última bondad del cielo!—*

*(Y así, no alegando excusa,
no salva esta vida ruín,
que, cual la hiel, le da fin
un vaso de Siracusa.*

*¿Quién mejor su juicio emplea?
¿El sabio o el pueblo homicida?
Si el sabio, ¡gloria a la vida!
Si el pueblo, ¡maldita sea!*

IV

*(Acto cuarto.—Se alborota
la plebe a Diógenes viendo
taza y linterna trayendo,
la alforja y la capa rota.*

*Al empezar iracundo
Diógenes silba a los tres,
como le silba después
a Diógenes todo el mundo.)*

*Diógenes:—Pruebo que es vana
toda regla de razón,
en este sueño en acción
que llamamos vida humana,*

si a preguntaros me atrevo
¿de quién antes se origina,
el huevo de la gallina,
o la gallina del huevo?—

*(Todos tres su menosprecio
le hacen a Diógenes ver,
y éste hace a los tres saber
su desprecio hacia el desprecio.)*

Diógenes:—Nada hay formal;
esta vida es una gresca
trági-cómico-burlesca,
jocoso-sentimental.

No hay ninguna cosa cierta,
más que son vuestras locuras
escenas de criaturas
junto a una tumba entreabierta.

El pensar, creer y sentir,
no es sentir, creer ni pensar;
eso se debe llamar
nacer, crecer y morir.

Si aplico aquí mi linterna,
ni con un hombre tropiezo.
¡La vida! eterno bostezo,
si no es una falta eterna.

¡Mundo! esfuerzos sin deber;
virtudes sin religión;

puntos de honor sin razón,
y crímenes sin placer.

(*Los unos prorrumpen:*)—¡Fuera!
(*Los otros exclaman:*)—¡Bravo!
(*Y todos gritan al cabo,*
éstos:)—¡Viva!—(*Aquéllos:*)—¡Muera!

(*Yo al ver a todos, me río,*
pues llorar no puedo ya:
¡dónde el depósito está
de las lágrimas, Dios mío!)

V

(*El pueblo a la conclusión*
muestra, al partir tristemente,
aire de duda en la frente,
y angustia en el corazón.)

(*Dice éste al irse:*)—¡A pensar!
(*Y aquél murmura:*)—¡A sentir!
(*Uno:*)—¡A reir! ¡A reir!
(*Y otro:*)—¡A llorar! ¡A llorar!

(*Resumen:*—¿*Qué es el vivir?*
—Sentir, uno. *Otro:*—Crear.
Este:—Crear y saber.
Y aquél:—Ni creer ni sentir.

¿*Qué es el mundo?*—Lo que vemos.—
¿*Y el saber?*—Lo que se ignora.—

*Y ¿qué es Dios?—Lo que se adora.—
¿Y virtud?—Lo que queremos.—*

*Y aunque más el pueblo alcanza
con su virtud-armonía,
con su fe-sabiduría
y con su dios-esperanza,*

*los sabios al escuchar,
ignora el pueblo qué hacer,
si ha de dudar o creer
si ha de reir o llorar.)*

29

LOS DOS MIEDOS

I

Al comenzar la noche de aquel día,
ella, lejos de mí,
—¿Por qué te acercas tanto—me decía:
—¡Tengo miedo de ti!—

II

Y después que la noche hubo pasado,
dijo, cerca de mí:
—¿Por qué te alejas tanto de mi lado?
—¡Tengo miedo sin ti!—

CAROLINA CORONADO

(1823 Almendralejo-1911)

30

EL AMOR DE LOS AMORES

I

¿Cómo te llamaré para que entiendas
que me dirijo a ti, dulce amor mío,
cuando lleguen al mundo las ofrendas
que desde oculta soledad te envió?...

A ti, sin nombre para mí en la tierra
¿cómo te llamaré con aquel nombre,
tan claro, que no pueda ningún hombre
confundirlo, al cruzar por esta sierra?

¿Cómo sabrás que enamorada vivo
siempre de ti, que me lamento sola
del Gévora que pasa fugitivo
mirando relucir ola tras ola?

Aquí estoy aguardando en una peña
a que venga el que adora el alma mía;
¿por qué no ha de venir, si es tan risueña
la gruta que formé por si venía?

¿Qué tristeza ha de haber donde hay zarzales
todos en flor, y acacias olorosas,
y cayendo en el agua blancas rosas,
y entre la espuma lirios virginales?

Y ¿por qué de mi vista has de esconderte;
por qué no has de venir si yo te llamo?
¡Porque quiero mirarte, quiero verte
y tengo que decirte que te amo!

¿Quién nos ha de mirar por estas vegas
como vengas al pie de las encinas,
si no hay más que palomas campesinas
que están también con sus amores ciegos?

Pero si quieres esperar la luna,
escondida estaré en la zarza-rosa,
y si vienes con planta cautelosa
no nos podrá sentir paloma alguna.

Y no temas si alguna se despierta,
que si te logro ver, de gozo muero,
y aunque después lo cante al mundo entero,
¿qué han de decir los vivos de una muerta?

II

Como lirio del sol descolorido
ya de tanto llorar tengo el semblante,
y cuando venga mi gallardo amante,
se pondrá al contemplarlo entristecido.

Siempre en pos de mi amor voy por la tierra
y creyendo encontrarle en las alturas,
con el naciente sol trepo a la sierra,
con la noche desciendo a las llanuras.

Y hallo al hambriento lobo en mi camino
y al toro que me mira y que me espera;
en vano grita el pobre campesino:
“No cruces por la noche la ribera”.

En la sierra de rocas erizada,
del valle entre los árboles y flores,
en la ribera sola y apartada
he esperado al amor de mis amores.

A cada instante lavo mis mejillas
del claro manantial en la corriente,
y le vuelvo a esperar más impaciente
cruzando con afán las dos orillas.

A la gruta te llaman mis amores;
mira que ya se va la primavera
y se marchitan las lozanas flores
que traje para ti de la ribera.

Si estás entre las zarzas escondido
y por verme llorar no me respondes,
ya sabes que he llorado y he gemido,
y yo no sé, mi amor, por qué te escondes.

Tú pensarás, tal vez, que desdeñosa
por no enlazar mi mano con tu mano
huiré, si te me acercas, por el llano
y a los pastores llamaré medrosa.

Pero te engañas, porque yo te quiero
con delirio tan ciego y tan ardiente,
que un beso te iba a dar sobre la frente
cuando me dieras el adiós postrero.

III

Dejaba apenas la inocente cuna
cuando una hermosa noche en la pradera
los juegos suspendí por ver la luna
y en sus rayos te ví, la vez primera.

Otra tarde después, cruzando el monte,
vi venir la tormenta de repente,
y por segunda vez, más vivamente
alumbró tu mirada el horizonte.

Quise luego embarcarme por el río
y hallé que el són del agua que gemía,
como la luz mi corazón hería,
y dejaba temblando el pecho mío.

Me acordé de la luna y la centella,
y entonces conocí que eran iguales
lo que sentí escuchando a los raudales,
lo que sentí mirando a la luz bella.

Vago, sin forma, sin color, sin nombre,
espíritu de luz y agua formado,
tú de mi corazón eras amado
sin recordar en tu figura al hombre.

Angel eres, tal vez, a quien no veo
ni lograré, jamás, ver en la tierra;
pero sin verte en tu existencia creo
y en adorarte mi placer se encierra.

Por eso entre los vientos bramadores
salgo a cantar por el desierto valle,
pues aunque en el desierto no te halle,
ya sé que escuchas mi canción de amores.

Y ¿quién sabe si al fin tu luz errante
desciende con el rayo de la luna,
y tan sola otra vez, tan sola una,
volveré a contemplar tu faz amante?

Mas, si no te he de ver, la selva dejo,
abandono por siempre estos lugares,
y peregrina voy hasta los mares,
a ver si te retratas en su espejo.

IV

He venido a escuchar los amadores
por ver si entre sus ecos logro oírte,
porque te quiero hablar para decirte
que eres siempre el amor de mis amores.

Tú ya sabes, mi bien, que yo te adoro
desde que tienen vida mis entrañas,
y vertiendo por ti mares de lloro
me cansé de esperarte en las montañas.

La gruta que formé para el estío
la arrebató la ráfaga de Octubre...
¿Qué he de hacer allí sola al pie del río
que todo el valle con sus aguas cubre?

Y ¡oh Dios! quién sabe si de ti me alejo
conforme el valle solitario huyo,
si no suena jamás un eco tuyo
ni brilla de tus ojos un reflejo.

Por la tierra ¡ay de mí! desconocida,
como el Gévora, acaso, arrebatada,
dejo mi bosque y a la mar airada
a impulso de este amor corro atrevida.

Mas si te encuentro a orilla de los mares
cesaron para siempre mis temores,
porque puedo decirte en mis cantares
que tú eres el amor de mis amores.

V

Aquí tu barca está sobre la arena:
desierta miro la extensión marina:
te llamo sin cesar con tu bocina
y no pareces a calmar mi pena.

Aquí estoy en la barca triste y sola
aguardando a mi amado noche y día;
llega a mis pies la espuma de la ola,
y huye otra vez, cual la esperanza mía.

¡Blanca y ligera espuma transparente,
ilusión, esperanza, desvarío,
como hielas mis pies con tu rocío
el desencanto hiela nuestra mente!

Tampoco es en el mar a donde él mora,
ni en la tierra ni el mar mi amor existe:
¡ay! dime si en la tierra te escondiste
o si dentro del mar estás ahora.

Porque es mucho dolor que siempre ignores
que yo te quiero ver, que yo te llamo
sólo para decirte que te amo,
que eres siempre el amor de mis amores!

VI

Pero te llamo yo ¡dulce amor mío!
como si fueras tú mortal viviente,
cuando sólo eres luz, eres ambiente,
eres aroma, eres vapor del río.

Eres la sombra de la nube errante,
eres el són del árbol que se mueve,
y aunque a adorarte el corazón se atreve,
tú sólo en la ilusión eres mi amante.

Hoy me engañas también como otras veces;
tú eres la imagen que el delirio crea,
fantasma del vapor que me rodea,
que con el fuego de mi aliento creces.

Mi amor, el tierno amor por el que lloro
eres tan sólo tú ¡señor Dios mío!
si te busco y te llamo, es desvarío
de lo mucho que sufro y que te adoro.

Yo nunca te veré, porque no tienes
sér humano, ni forma, ni presencia:
yo siempre te amaré, porque en esencia
a el alma mía como amante vienes.

Nunca en tu frente sellará mi boca
el beso que al ambiente le regalo;
siempre el suspiro que a tu amor exhalo
vendrá a quebrarse en la insensible roca.

Pero cansada de penar la vida,
cuando se apague el fuego del sentido,
por el amor tan puro que he tenido,
tú me darás la gloria prometida.

Y entonces al ceñir la eterna palma,
que ciñen tus esposas en el cielo,
el beso celestial, que darte anhelo,
llena de gloria te dará mi alma.

31

¡OH, CUÁL TE ADORO!

¡Oh, cuál te adoro! Con la luz del día
tu nombre invoco apasionada y triste,
y cuando el cielo en sombras se reviste
aún te llama exaltada el alma mía.

Tú eres el tiempo que mis horas guía,
tú eres la idea que a mi mente asiste,

porque en ti se concentra cuanto existe,
mi pasión, mi esperanza, mi poesía!

No hay canto que igualar pueda a tu canto
cuando tu amor me cuentas, y deliras
revelando la fe de tu contento.

Tiemblo a tu voz y tiemblo si me miras,
y quisiera exhalar mi último aliento
abrasada en el aire que respiras.

VENTURA RUIZ AGUILERA

(1820 Salamanca-1881).

32

EL ARBOL DE LA LIBERTAD

—Aún vagaba en mis labios sonrisa de niño
cuando cerca del árbol sagrado pasé;
a sus ramos de flores venían las aves,
cristalino arroyuelo besaba su pie.
Para él eran los gratos perfumes del monte,
dulces sonos los aires poblaban por él;
entre todos su frente soberbia se alzaba
como en medio a su corte de siervos un rey.

¡Ay! ¿dónde está ahora?

¿Dónde está que mis ojos aquí no le ven?

—Un pastor me ha contado su lúgubre historia
con sentidas palabras de acerbo dolor;
turba extraña a su lado tendióse una tarde
que torrentes de fuego bajaban del sol.

Con sus verdes guirnaldas el árbol florido,
sombra espesa, frescura y aromas le dió;
y las aves alegres en blando concierto
regalaron su oído con dulce canción.

¡Ay! ¿dónde está ahora?

¿Dónde está que ni rastro del árbol quedó?

—Esa turba de viles hambrienta llegaba
como tigre que busca sangriento festín;
y, al mirarlos, cebóse con ansia de muerte
en los frutos sabrosos del árbol gentil.
Desde entonces el cielo se cubre de luto,
desde entonces las aves no quieren venir;
y el cristal de la fuente parece que gime,
y la zarza y el cardo vegetan aquí.

¡Ay! ¿dónde está ahora?

¿Dónde está que su pompa no miro lucir?

—En las peñas aguzan destrales de muerte
que en el tronco robusto retumban al dar;
cada vez que los golpes con furia descargan
las montañas repiten el eco fatal.
Ya derriban el árbol con bárbaro estruendo
alaridos salvajes lanzando a la par;
y su tronco y sus ramas y flores consumen
los torrentes de llamas de hoguera voraz.

¡Ay! ¿dónde está ahora?

Ya no queda del árbol ni aun triste señal.

—Mas el árbol querido del pueblo no muere;
sus inmensas raíces el cielo salvó;

cuando rompan del monte las duras entrañas,
brotarán cien renuevos con doble esplendor.
Y serán guardas fieles del bosque sagrado
cuantos buenos hoy lloran en larga opresión;
sin que hambrientos su fruto con rabia devoren,
sin que a ingratos su sombra preserve del sol.

Que arranquen los hombres

lo que sabia sustenta la mano de Dios.

33

EL HOGAR PATERNO

—¿Qué tendrá la luz que sale
de ese monte, qué tendrá?

¿Qué tendrá,
que una lágrima ha bañado
la mejilla del soldado
que el servicio cumplió ya?

Ni el incendio del combate,
ni el palacio del magnate
donde brillan a la par
mil luces bellas,
le han hecho nunca llorar;
*pero esa luz es del pueblo,
del pueblo natal.*

—¿Qué tendrá de esa campana
el tañido, qué tendrá?

¿Qué tendrá,

que tan dulce ha resonado
en el alma del soldado
que el servicio cumplió ya?

Ni los cánticos de gloria,
ni la voz de la victoria
que entusiasmo al militar,
con tal ternura
nunca le han hecho llorar;
*es porque esa es la campana
del pueblo natal.*

—¿Qué tendrá el ladrido ronco
de ese perro, qué tendrá?

¿Qué tendrá,
que cual voz de un sér amado
sentir hace al buen soldado
que el servicio cumplió ya?

Ni la alegre cantinera,
de su vida compañera,
ni la franca lealtad
del camarada,
le han hecho tanto llorar;
*es que ese perro ha salido
del pueblo natal.*

—¿Qué tendrá el humo que sale
de esas chozas, que tendrá?

¿Qué tendrá,
que con júbilo extremado
lo contempla el buen soldado
que el servicio cumplió ya?

Ni del seno de las flores

son más gratos los olores,
que el que piensa respirar
al ver del humo
la negra y leve espiral;
*porque es de las chimeneas
del pueblo natal.*

—¿Qué tendrá ese pobre viejo
que le abraza, qué tendrá?

¿Qué tendrá,
que la frente ha reclinado
en su pecho el buen soldado
que el servicio cumplió ya?

A la entrada de la aldea
turba alegre les rodea,
saludando al militar;

y éste conoce
que entre los suyos está,
*porque oye el acento amado
del pueblo natal.*

ANTONIO ARNAO

(1828 Murcia-1889)

34

ARMONIAS

¿Sabes cuál es la música süave
que a mi turbado espíritu embelesa
por vaga y dulce y grave?
No la del arte humano

que con sus tonos la pasión expresa;
no la del ave que doliente pía
y engendra sin igual melancolía;
no la que canta el corazón ufano
cuando en ardiente júbilo rebose:
es la voz del silencio misteriosa
que sobre el alto monte,
y en la noche serena,
de horizonte a horizonte
la inmensidad de los espacios llena

ANTONIO DE TRUEBA

(1821 Montellano-1889)

35

A LA ORILLA DEL ARROYO

I

Una mañana de Mayo,
una mañana muy fresca,
entréme por estos valles,
entréme por estas vegas.
Cantaban los pajaritos,
olían las azucenas,
eran azules los cielos
y claras las fuentes eran.
Cabe un arroyo más claro
que un espejo de Venecia,
hallara una pastorcica,
una pastorcica bella.

Azules eran sus ojos,
dorada su cabellera,
sus mejillas como rosas
y sus dientes como perlas.
Quince años no más tendría
y daba placer el verla,
“lavándose las sus manos,
peinándose las sus trenzas”.

II

—Pastorcica de mis ojos
—admirado la dijera—,
Dios te guarde por hermosa:
bien te lavas, bien te peinas.
Aquí te traigo estas flores
cogidas en la pradera;
sin ellas estás hermosa,
y estaráslo más con ellas.
—No me placen, mancebico
—respondióme la doncella—,
no me placen, que me bastan
las flores que Dios me diera.
—¿Quién te dice que las tienes?
¿Quién te dice que eres bella?
—Me lo dicen los zagales
y las fuentes de estas vegas—.
Así habló la pastorcica
entre enojada y risueña,
“lavándose las sus manos,
peinándose las sus trenzas”.

III

—Si no te placen las flores
vente conmigo siquiera,
y allá, bajo las encinas,
sentadicos en la hierba,
contaréte muchos cuentos,
contaréte cosas buenas.

—Pues eso menos me place,
porque el cura de la aldea
no quiere que con mancebos
vayan al campo doncellas—.

Tal dijo la pastorcica,
y no pude convencerla
con esta y otras razones,
con esta y otras promesas.

Partíme desconsolado,
y prorrumpiendo en querellas,
lloré por la pastorcica
que sin darme otra respuesta,
siguió cabe el arroyuelo
entre enojada y contenta,
“lavándose las sus manos,
peinándose las sus trenzas”.

IV

Entréme por estos valles,
entréme por estas vegas;
mas... ¡mi corazón estaba
muriéndose de tristeza,
que odiosas me eran las flores
y odiosas las fuentes me eran!

Torné cabe el arroyuelo
donde a la doncella viera...
El arroyo encontré al punto,
¡mas no encontré la doncella!
Pasaron días y días,
y hasta semanas enteras,
y yo no paso ninguna
sin que al arroyo no vuelva;
pero ¡ay!, que la pastorcica
mis ojos aquí no encuentran,
“lavándose las sus manos,
peinándose las sus trenzas”.

FRANCISCO CEA

(1825 Madrid-1857)

36

AL EMBESTIR

Cuando suelto la rienda a mi caballo
y alas le pido al viento,
salta la lumbre, y bajo el férreo callo
retiembla el pavimento.

He roto ya una lanza en la muralla;
con sangre el campo humea.
Ante el solemne horror de la batalla
mi espada centellea.

¡Ladrad, canes, ladrad!—Yo, en vuestra frente
clavando el ancho escudo,

al són del trueno, en mi alazán valiente
caeré con golpe rudo.

¡Paso! ¡Yo voy!—¡Ensondiciendo el monte,
retumbe mi amenaza!

¿Veis?... Ese sol, sangriento en su horizonte,
relumbra en mi coraza.

¡Ay del que al aguijón de su ardimiento
el hierro, audaz, blanda,
y, en pos del rayo, en su furor violento,
se lanza en la pelea.

¡Yo basto a hundir la colosal muralla
do su pendón tremola!...

¿No ha de ceñirme el triunfo en la batalla
con su brillante aureola?

La extensa faz, con los escombros rota
recruje el ancha tierra...

¡Guay!—¡Ya a los vientos deslumbrando flota
mi pabellón de guerra!

ADELARDO LOPEZ DE AYALA

(1828 Guadalcanal-1879)

37

SIN PALABRAS

Mil veces con palabras de dulzura
esta pasión comunicarte ansío:
mas ¿qué palabras hallaré, bien mío,
que no haya profanado la impostura?

Penetre en ti callada mi ternura
sin detenerse en el menor desvío:
como rayo de luna en claro río,
como aroma sutil en aura pura.

Ábreme el alma silenciosamente,
y déjame que inunde satisfecho
sus regiones, de amor y encanto llenas...

Fiel pensamiento, animaré tu mente;
afecto dulce, viviré en tu pecho;
llama suave, correré en tus venas.

38

A UN PIE

El pie más lindo que acaricia el suelo
jugaba ante mi vista complacida:
yo, con mano dichosa y atrevida,
de un espacio mayor levanté el velo.

Bella columna descubrió mi anhelo,
por los mismos amores construída,

como, del recio vendaval movida,
se abre la nube, y se descubre el cielo.

Detenido en las puertas de la gloria,
aguardo que el Amor quiera propicio
dilatar en sus reinos mi victoria.

Y hoy, recordando tan gallardo indicio,
mil veces se complace mi memoria
en dibujar completo el edificio.

MANUEL DEL PALACIO

(1831 Lérída-1906)

39

FÆDERIS ARCA

A Leandro Pérez Cossío.

Hay un asilo en mi pecho
que las dudas no combaten,
ni los placeres alegran,
ni entristecen los pesares;
oscuro como una tumba,
invisible, inexpugnable,
ni en él penetran las risas
ni de él se escapan los ayes.
Dios y yo tenemos sólo
de ese sepulcro la llave,
sepulcro que es paraíso
con apariencias de cárcel:
y Dios y yo solamente,
en señalados instantes,

vemos lo que allí se oculta,
o, mejor, lo que allí yace.

Una mujer no besada,
una interrumpida frase,
la memoria de algún sueño,
el suspiro de algún ángel,
hojas de flores marchitas,
ecos de dulces cantares,
brisas, estrellás, ardores,
relámpagos, huracanes,
todo lo que el alma crea
y en el alma se deshace,
tiene allí rumor y vida,
cuerpo, sombra, espacio y aire;
y flota en un oceano
sin escollos ni oleaje,
con la eternidad por puerto
y la esperanza por nave.

Cuando, cansado o vencido,
el espíritu se abate;
cuando del pesar la nube
lluvia de lágrimas trae;
cuando el rencor o la envidia
o la adulación cobarde
por amigo me pretenden
o me señalan por mártir;
cuando el sol de mi ventura
pienso que puede eclipsarse,

del asilo de mi pecho,
donde no penetra nadie,
abro la escondida puerta
y en él me refugio amante,
como se refugia un niño
en los brazos de su madre.

40

¡CALLA!

—¡Nadie nos ve! Los hierros de tu reja
me servirán de escala;
en su crespón la noche nos envuelve.

—¡Sí; pero calla!

—Nadie nos oye; el aire se ha quedado
dormido entre las ramas;
todo es en derredor silencio y sombra.

—¡Sí; pero calla!

—¡Juro, puestos mis labios en tus labios,
amarte con el alma;
juro ser tuyo como tú eres mía...

—¡Sí; pero calla!

41

AL CUMPLIR SESENTA AÑOS

Nave de mi existencia, ¡diste fondo!
¡Y cuán desnuda miro y cuán brumosa
la playa de los sueños venturosa,
donde quiebra sus iras el mar hondo!

¡Con qué valor, virando por redondo,
embestimos la espuma procelosa,
y hoy, a la voz del riesgo que te acosa,
con qué voces tan tímidas respondo!

No como ayer cargada de ilusiones
del puerto te despidés altanera,
que te cerraron ya los aquilones;

crece la sombra y el naufragio espera;
¡quién sabe si serán estas canciones
el último saludo a la bandera!

EULOGIO FLORENTINO SANZ

(1825 Arévalo-1881)

42

LA FIEL CASTELLANA

I

A la lid partió el caudillo
contra las huestes morunas,
y éranse ya doce lunas
sin que tornase al castillo.

Y la pobre castellana
¡siempre a la estrecha ventana!...
De noche y de día, la frente a las rejas,
por si una garzota descubre quizá,
¡cuán triste murmura con flébiles quejas:

Un año ya!

II

Mustias las flores cayeron
y otras al Mayo brotaron;
y las aves que emigraron
a sus nidos se volvieron.

Y la pobre castellana
¡siempre a la estrecha ventana!...
Las hebras del oro perdidas al viento,
y al par que del alma suspira un *adiós*,
¡cuán triste murmura con trémulo acento:

Dos años... dos!

III

Nubló el llanto su beldad;
y en inútiles gemidos,
eran tres años cumplidos
de su amarga soledad.

Y la pobre castellana
¡siempre a la estrecha ventana!...
Sin toca en la frente, de luto vestida,
y ornado el cabello de adelfa y ciprés,
¡cuán triste murmura con voz extinguida:

Tres años... tres!

IV

Diz que el buho cantó un día,
y a su aciago clamoreo
vínose a tierra un trofeo
del castillo en la armería.

Y la pobre castellana
¡siempre a la estrecha ventana!...
Y al par que murmura, la frente a las rejas,
—¡Oh! ¿cuándo a mis brazos, mi bien, tornarás?,
¡parece que el viento responde a sus quejas:

¡Jamás... jamás!

V

Servidores del castillo,
tumba dan a la señora,
y al llegar tan a deshora
dice a la turba el caudillo:

—¿Cómo mi fiel castellana
no me espera en su ventana?
Mas fija en la fosa sus ojos inmóviles,
y—¡Tarde!—murmura—¡muy tarde volví!
Y en torno repiten pecheros y nobles:

¡Muy tarde... sí!

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

(1836 Sevilla-1870)

43

RIMAS

Yo sé un himno gigante y extraño
que anuncia en la noche del alma una aurora,
y estas páginas son de ese himno
cadencias que el aire dilata en las sombras.

Yo quisiera escribirlo, del hombre
domando el rebelde, mezquino idioma,
con palabras que fuesen a un tiempo
suspiros y risas, colores y notas.

Pero en vano es luchar; que no hay cifra
capaz de encerrarlo, y apenas ¡oh hermosa!
si, teniendo en mis manos las tuyas,
pudiera, al oído, cantártelo a solas.

44

* * *

Espíritu sin nombre,
indefinible esencia,
yo vivo con la vida
sin formas de la idea.

Yo nado en el vacío,
del sol tiemblo en la hoguera,
palpito entre las sombras
y floto con las nieblas.

Yo soy el fleco de oro
de la lejana estrella;
yo soy de la alta luna
la luz tibia y serena.

Yo soy la ardiente nube
que en el ocaso ondea;
yo soy del astro errante
la luminosa estela.

Yo soy nieve en las cumbres,
soy fuego en las arenas,
azul onda en los mares,
y espuma en las riberas.

En el láud soy nota,
perfume en la violeta,
fugaz llama en las tumbas,
y en las ruinas hiedra.

45 Yo atrueno en el torrente,
y silbo en la centella,
y ciego en el relámpago,
y rojo en la tormenta.

Yo río en los alcores,
susurro en la alta yerba,
suspiro en la onda pura,
y lloro en la hoja seca.

Yo ondulo con los átomos
del humo que se eleva,
y al cielo lento sube
en espiral inmensa.

Yo, en los dorados hilos
que los insectos cuelgan,
me mezco entre los árboles
en la ardorosa siesta.

Yo corro tras las ninfas
que en la corriente fresca

del cristalino arroyo
desnudas juguetean.

Yo, en bosques de corales,
que alfombran blancas perlas,
persigo en el Océano
las náyades ligeras.

Yo, en las cavernas cóncavas,
do el sol nunca penetra,
mezclándome a los gnomos,
contemplo sus riquezas.

Yo busco de los siglos
las ya borradas huellas,
y sé de esos imperios
de que ni el nombre queda.

Yo sigo en raudó vértigo
los mundos que voltean,
y mi pupila abarca
la creación entera.

Yo sé de esas regiones
a do un rumor no llega,
y donde informes astros
de vida un soplo esperan.

Yo soy sobre el abismo
el puente que atraviesa;
yo soy la ignota escala
que el cielo une a la tierra.

Yo soy el invisible
anillo que sujeta
el mundo de la forma
al mundo de la idea.

Yo, en fin, soy ese espíritu,
desconocida esencia,
perfume misterioso,
de que es vaso el poeta.

45

* * *

Cuando miro el azul horizonte
perderse a lo lejos,
al través de una gasa de polvo
dorado e inquieto,
me parece posible arrancarme
del mísero suelo,
y flotar con la niebla dorada
en átomos leves
cual ella deshecho.

Cuando miro de noche en el fondo
oscuro del cielo
las estrellas temblar, como ardientes
pupilas de fuego,
me parece posible a do brillan
subir en un vuelo,
y anegarme en su luz, y con ellas
en lumbre encendido
fundirme en un beso.

En el mar de la duda en que bogo
ni aun sé lo que creo;
¡sin embargo, estas ansias me dicen
que yo llevo algo
divino aquí dentro!...

46

* * *

Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar,
y otra vez con el ala a sus cristales
jugando llamarán;

pero aquellas que el vuelo refrenaban
tu hermosura y mi dicha al contemplar,
aquellas que aprendieron nuestros nombres...
esas... ¡no volverán!

Volverán las tupidas madreselvas
de tu jardín las tapias a escalar,
y otra vez a la tarde, aún más hermosas,
sus flores se abrirán;

pero aquellas cuajadas de rocío,
cuyas gotas mirábamos temblar
y caer, como lágrimas del día...
esas... ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos
las palabras ardientes a sonar;
tu corazón de su profundo sueño
tal vez despertará;

pero mudo, y absorto, y de rodillas,
como se adora a Dios ante su altar,
como yo te he querido... desengaña-te,
¡así no te querrán!

AUGUSTO FERRAN

(1836 Madrid-1880)

47

* * *

¡Qué a gusto sería
sombra de tu cuerpo!
Todas las horas del día, de cerca
te iría siguiendo!

Y mientras la noche
reinara en silencio,
toda la noche tu sombra estaría
pegada a tu cuerpo.

Y cuando la muerte
llegara a vencerlo,
sólo una sombra por siempre serían
tu sombra y tu cuerpo.

48

* * *

La flor que me diste en tiempo
de amorosa intimidad,
la arrojo al mar, y se pierde
entre las olas del mar.

Y este rizo que tu mano
cortó con amante afán,
lo arrojo al fuego, y el fuego
cenizas lo vuelve ya.

Y tus continuas promesas
de eterna fidelidad,
las doy al viento que pasa
y se las lleva fugaz.

Pero el recuerdo angustioso
¡ay! de tu engaño, por más
que se lo entrego a la tierra,
ella otra vez me lo da.

Viento y fuego y mar se duelen
compasivos de mi mal.
y solamente la tierra
de mí no tiene piedad.

49

* * *

No es envidia ni rencor
ni es odio lo que yo siento
al ver que nací luchando,
y que luchando me muero.

Es un sentimiento oculto
mucho más hondo que aquéllos:
es un conjunto de lástima
y de amor que yo me tengo.

ROSALÍA CASTRO

(1837 Santiago-1885)

50

* * *

Sedientas las arenas en la playa
sienten del sol los besos abrasados,
y no lejos, las ondas siempre frescas,
ruedan pausadamente murmurando.

Pobres arenas de mi suerte imagen:
no sé lo que me pasa al contemplaros,
pues como yo sufrís, secas y mudas,
el suplicio sin término de Tántalo.

Pero ¿quién sabe?... acaso luzca un día,
en que salvando misteriosos límites,
avance el mar y hasta vosotras llegue,
a apagar vuestra sed inextinguible.

¡Y quién sabe también si tras de tantos
siglos de ansias y anhelos imposibles,
saciará al fin su sed el alma ardiente
donde beben su amor los serafines!

51

LOS TRISTES

I

De la torpe ignorancia que confunde
lo mezquino y lo inmenso,
de la dura injusticia del más alto,
de la saña mortal de los pequeños,

¡no es posible que huyáis! cuando os conocen
y os buscan, como busca el zorro hambriento
a la indefensa tórtola en los campos;

y al querer esconderos
de sus cobardes iras, ya en el monte,
en la ciudad o en el retiro estrecho,
¡Ahí va!, exclaman, ¡Ahí va! y allí os insultan
y señalan, con íntimo contento,
cual la mano implacable y vengativa
señala al triste y fugitivo reo.

I I

Cayó por fin en la espumosa y turbia
recia corriente y descendió al abismo
para no subir más a la serena
y tersa superficie. En lo más íntimo
del noble corazón ya lastimado,
resonó el golpe doloroso y frío
que ahogando la esperanza
hace abatir los ánimos altivos,
y plegando las alas torvo y mudo,
en densa niebla se envolvió su espíritu.

I I I

Vosotros que lograsteis vuestros sueños,
¿qué entendéis de sus ansias malogradas?
Vosotros que gozasteis si sufristeis,
¿qué comprendéis de sus eternas lágrimas?

Y vosotros, en fin, cuyos recuerdos
son como niebla que disipa el alba,

¡qué sabéis del que lleva de los suyos
la eterna pesadumbre sobre el alma!

I V

Cuando en la planta con afán cuidada
la fresca yema de un capullo asoma,
lentamente arrastrándose entre el césped,
le asalta el caracol y la devora.

Cuando de un alma atea,
en la profunda oscuridad medrosa
brilla un rayo de fe, viene la duda
y sobre él tiende su gigante sombra.

V

En cada fresco brote, en cada rosa erguida,
cien gotas de rocío brillan al sol que nace;
mas él ve que son lágrimas que derraman los tristes,
al fecundar la tierra con su preciosa sangre.

Henchido está el ambiente de agradables aromas,
las aguas y los vientos cadenciosos murmuran;
mas él siente que rugen con sordo clamoreo
de sofocados gritos y de amenazas mudas.

¡No hay duda! de cien astros nuevos, la luz radiante
hasta las más recónditas profundidades llega;
mas sus hermosos rayos
jamás en torno suyo rompen la bruma espesa.

De la esperanza, ¿en dónde crece la flor ansiada?
Para él, en donde quiera al retoñar se agosta,
ya bajo las escarchas del egoísmo estéril,
o ya del desengaño a la menguada sombra.

¡Y en vano el mar extenso y las vegas fecundas,
los pájaros, las flores y los frutos que siembra!
Para el desheredado, sólo hay bajo del cielo
esa quietud sombría que infunde la tristeza.

V I

Cada vez huye más de los vivos,
cada vez habla más con los muertos,
y es que cuando nos rinde el cansancio
propicio a la paz y al sueño,
el cuerpo tiende al reposo,
el alma tiende a lo eterno.

V I I

Así como el lobo descende a poblado,
si acaso en la sierra se ve perseguido,
huyendo del hombre que acosa a los tristes,
buscó entre las fieras, el triste, un asilo.

El sol calentaba su lóbrega cueva,
piadosa velaba su sueño la luna,
el árbol salvaje le daba sus frutos,
la fuente sus aguas de grata frescura.

Bien pronto los rayos del sol se nublaron,
la luna entre brumas veló su semblante;
secóse la fuente y el árbol nególe,
al par que su sombra, sus frutos salvajes.

Dejando la sierra, buscó en la llanura
de otro árbol el fruto, la luz de otro cielo;
y a un río profundo, de nombre ignorado,
pidióle aguas puras, su labio sediento.

¡Ya en vano! sin tregua siguióle la noche,
la sed que atormenta y el hambre que mata,
¡Ya en vano! que ni árbol, ni cielo, ni río,
le dieron su fruto, su luz, ni sus aguas.

Y en tanto el olvido, la duda y la muerte
agrandan las sombras que en torno le cercan,
allá en lontananza la luz de la vida,
hiriendo sus ojos feliz centellea.

Dichosos mortales a quien la fortuna
fué siempre propicia... ¡silencio! ¡silencio!
si veis tantos seres que corren buscando
las negras corrientes del hondo Leteo.

52

* * *

I

Su ciega y loca fantasía, corrió arrastrada por el vértigo,
tal como arrastra las arenas el huracán en el desierto.

Y cual halcón que cae herido en la laguna pestilente,
cayó en el cieno de la vida, rotas las alas para siem-
[pre.

Mas aun sin alas cree o sueña, que cruza el aire, los
[espacios,
y aun entre el lodo se ve limpio cual de la nieve el
[copo blanco.

I I

No maldigáis del que, ya ebrio, corre a beber con
[nuevo afán;
su eterna sed es quien le lleva hacia la frente abra-
cuanto más bebe a beber más. [sadora,

No murmuréis del que rendido ya bajo el peso de la
quiere vivir y aun quiere amar, [vida
la sed del beodo es insaciable y la del alma lo es
[aún más.

I I I

Quando todos los velos se han descornado
y ya no hay nada oculto para los ojos,
ni ninguna hermosura nos causa antojos
ni recordar sabemos que hemos querido;
aun en lo más profundo del pecho helado
como entre las cenizas, la chispa ardiente,
con sus puras sonrisas de adolescente,
vive oculto el fantasma del bien soñado.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE

(1832 Valladolid-1903)

53

ESTROFAS

I

La generosa musa de Quevedo
desbordóse una vez como un torrente
y exclamó llena de viril denuedo:
“No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando los labios, ya la frente,
silencio avises o amenazas miedo”.

II

Y al estampar sobre la herida abierta
el hierro de su cólera encendido,
tembló la concusión, que siempre alerta,
incansable y voraz, labra su nido,
como gusano ruin en carne muerta,
en todo Estado exánime y podrido.

III

Arranque de dolor, de ese profundo
dolor que se concentra en el misterio
y huye amargado del rumor del mundo,
fué su sangrienta sátira cauterio
que aplicó sollozando al patrio imperio,
mísero, gangrenado y moribundo.

I V

¡Ah! si hoy pudiera resonar la lira
que con Quevedo descendió a la tumba,
en medio de esta universal mentira,
de este viento de escándalo que zumba,
de este fétido hedor que se respira,
de esta España moral que se derrumba:

V

de la viva y creciente incertidumbre
que en lucha estéril nuestra fuerza agota;
del huracán de sangre que alborota
el mar de la revuelta muchedumbre;
de la insaciable y honda podredumbre
que el rostro y la conciencia nos azota;

V I

de este horror, de este ciego desvarío
que cubre nuestras almas con un velo,
como el sepulcro, impenetrable y frío;
de este insensato pensamiento impío
que destituye a Dios, despuebla el cielo
y precipita el mundo en el vacío;

V I I

si en medio de esta borrascosa orgía
que infunde repugnancia al par que aterra
esa lira estallara, ¿qué sería?

Grito de indignación, canto de guerra,
que en las entrañas mismas de la tierra
la muerta humanidad conmovería.

VIII

Mas porque el gran satírico no aliente,
¿ha de haber quien contemple y autorice
tanta degradación, indiferente?
“¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?”

IX

¡Cuántos sueños de gloria evaporados
como las leves gotas de rocío
que apenas mojan los sedientos prados!
¡Cuánta ilusión perdida en el vacío,
y cuántos corazones anegados
en la amarga corriente del hastío!

X

No es la revolución raudal de plata
que fertiliza la extendida vega:
es sorda inundación que se desata.
No es viva luz que se difunde grata,
sino confuso resplandor que ciega
y tortoroso vértigo que mata.

X I

Al menos en el siglo desdichado
que aquel ilustre y vigoroso vate
con el rayo marcó de su censura,
podía el corazón atribulado
salir ileso del mortal combate
en alas de la fe radiante y pura.

X II

Y apartando la vista de aquel cielo
social, de aquellos fétidos despojos,
de aquel lúbrico y torpe desenfreno,
fijar llorando sus ardientes ojos,
en ese cielo azul, limpio y sereno
de santa paz y de esperanza lleno.

X III

Pero hoy ¿dónde mirar? Un golpe mismo
hiere al César y a Dios. Sorda carcoma
prepara el misterioso cataclismo,
y como en tiempos de la antigua Roma,
todo cruje, vacila y se desploma
en el cielo, en la tierra, en el abismo.

X IV

Perdida en tanta soledad la calma,
de noche eterna el corazón cubierto,
la gloria, muda, desolada el alma,

en este pavoroso desconcierto
se eleva la razón, como la palma
que crece triste y sola en el desierto.

XV

¡Triste y sola, es verdad! ¿Dónde hay miseria
mayor? ¿Dónde más hondo desconsuelo?
¿De qué la sirve desgarrar el velo
que envuelve y cubre la vivaz materia,
y con profundo inextinguible anhelo
sondar la tierra, escudriñar el cielo;

XVI

entregarse a merced del torbellino
y en la duda incesante que la aqueja
el secreto inquirir de su destino;
si a cada paso que adelanta, deja
su fe inmortal, como el vellón de la oveja,
enredada en las zarzas del camino?

XVII

¿Si a su culpada humillación se adhiere
con la constancia infame del beodo,
que goza en su abyección, y en ella muere?
¿Si ciega, y torpe, y degradada en todo,
desconoce su origen, y prefiere
a descender de Dios, surgir del lodo?

XVIII

¡Libertad, libertad! No eres aquella
virgen, de blanca túnica ceñida,
que ví en mis sueños pudibunda y bella.
No eres, no, la deidad esclarecida
que alumbra con su luz, como una estrella,
los oscuros abismos de la vida.

XIX

No eres la fuente de perenne gloria
que dignifica el corazón humano
y engrandece esta vida transitoria.
No el ángel vengador que con su mano
imprime en las espaldas del tirano
el hierro enrojecido de la historia.

XX

No eres la vaga aparición que sigo
con hondo afán desde mi edad primera,
sin alcanzarla nunca... Mas ¿qué digo?
No eres la libertad, disfraces fuera,
¡licencia desgreñada, vil ramera
del motín, te conozco y te maldigo!

XXI

¡Ah! No es extraño que sin luz ni guía
los humanos instintos se desborden
con el rugido del volcán que estalla,

y en medio del tumulto y la anarquía,
como corcel indómito, el desorden
no respete ni látigo ni valla.

XXII

¿Quién podrá detenerle en su carrera?
¿Quién templar los impulsos de la fiera
y loca multitud enardecida,
que principia a dudar y ya no espera
hallar en otra luminosa esfera,
bálsamo a los dolores de esta vida?

XXIII

Como Cristo en la cúspide del monte,
rotas ya sus morales ligaduras,
mira doquier con ojos espantados,
por toda la extensión del horizonte
dilatarse a sus pies vastas llanuras,
ricas ciudades, fértiles collados.

XXIV

Y excitando su afán calenturiento
tanta grandeza y tanto poderío,
de la codicia el persuasivo acento
grítale audaz:—¡El cielo está vacío!
¿A quién temer?—Y ronca y sin aliento
la muchedumbre grita:—¡Todo es mío!

XXV

Y en el tumulto su puñal afila,
y la enconada cólera que encierra
enturbia y enardece su pupila,
y ensordeciendo el aire en són de guerra
hace temblar bajo sus pies la tierra,
como las hordas bárbaras de Atila.

XXVI

No esperéis que esa turba alborotada
infunda nueva sangre generosa
en las venas de Europa desmayada;
ni que termine su fatal jornada,
sobre el ara desierta y polvorosa
otro Dios levantando con su espada.

XXVII

No esperéis, no, que la confusa plebe,
como santo depósito en su pecho
nobles instintos y virtudes lleve.
Hallará el mundo a su codicia estrecho,
que es la fuerza, es el número, es el hecho
brutal ¡es la materia que se mueve!

XXVIII

Y buscará la libertad en vano,
que no arraiga en los crímenes la idea,
ni entre las olas fructifica el grano.

Su castigo en sus iras centellea
pronto a estallar, que el rayo y el tirano
hermanos son. ¡La tempestad los crea!

54

VELUT UMBRA

¡Oh incesante desvarío
del hombre! ¡Oh mentida gloria,
tan fugaz y transitoria
como las ondas de un río!

El tiempo impasible y frío
va empujando tu memoria,
que brilla un punto en la Historia
y se pierde en el vacío.

¡Cuánto César ya olvidado!
¡Cuánta vieja desventura,
que ni aun recuerda la gente,
habrá visto, habrá alumbrado
ese sol, desde la altura
en que gira indiferente!

A medida que hacia el puerto
va marchando del olvido,
aparece cuanto ha sido
de espesas brumas cubierto.

Ese polvo, árido y yerto,
ha pensado y ha sentido:
es el despojo perdido
de la humanidad que ha muerto.

De esos átomos sin nombre,
¿quién el misterio adivina?

¿quién a descifrarlo alcanza?

Tan oscuro es para el hombre
lo pasado que declina,
cual lo porvenir que avanza.

¿Dónde está la oculta fuente
del hondo raudal humano?

¿A qué incógnito Océano
va a parar esa corriente?

Principio y fin, velozmente
se buscan y dan la mano;
y en el germen bulle el grano,
y en el grano la simiente.

La flor, que arrebató el viento,
préstale al campo marchito
nuevo jugo y nueva vida;

mas ¿quién en el movimiento
del génesis infinito
recuerda la flor caída?

¡Vanidad de vanidades!

En nuestras horas inciertas,
sobre las ciudades muertas
álzanse nuevas ciudades.

En ignotas soledades,
en regiones, hoy desiertas,
yacen de polvo cubiertas
las glorias de otras edades.

Cae en mortal cautiverio
cuanto el alma, inquieta y muda
busca y ama, anhela y nombra.

Nuestra vida en el misterio,
nuestro destino en la duda,
nuestro término en la sombra.

55

SONETO

Cuando de tus desórdenes testigo
te sorprendo en los brazos del tumulto,
¡oh Libertad!, avergonzado oculto
mi rostro y sollozando te maldigo.

En lucha interna y desigual conmigo
arráncame el dolor airado insulto:
quiero olvidarte, abandonar tu culto,
y ciegamente a mi pesar te sigo.

Te sigo a mi pesar. Sueño o quimera
riges mi voluntad, llenas mi vida
y dejaré de amarte cuando muera.

Eres como la hermosa fermentada
que inspira al alma la pasión primera:
cuanto más inconstante, más querida.

VICENTE W. QUEROL

(1836 Valencia-1889)

56

CARTA A MARIA

¡Siempre el sincero amor fué poesía!
¡Siempre el que ama es poeta!
Pero ¿quién, oh María,
entre conceptos pálidos sujeta

la inspiración fugaz? ¿Cómo traduce
nuestro idioma vulgar con frase propia
el rayo azul que en tus pupilas luce,
ni la sonrisa de tus labios copia?

Cuando este pliego abras
no lo descifres, pues, letra por letra;
tu espíritu en mi espíritu penetra
y sabe lo que callan mis palabras.
¡El amor adivina!
Como a través de vidrio transparente
leo yo la pasión que te domina
en la sombra o las luces de tu frente;
y ora el dolor agudo,
ora inefables goces,
siento yo en mí cuando tu labio mudo
me habla o me hiere con calladas voces.

¡Para amor no hay distancia!
Desde el rústico albergue en que hoy me encuentro
dolido y triste, a tu risueña estancia
vuelo invisible y silencioso entro.
Te hallo sentada y sola
junto a la blanca lámpara que alumbra
tu sien con vaga y mística aureola.
Aspiro los efluvios
que, como de sus pétalos las flores,
dan al ambiente tus cabellos rubios.
Veo que en la penumbra
clavas la vista y la labor suspendes,
y que el casto rubor de los amores,
cual santa llama, en la mejilla enciendes.

Y es que una voz interna
te dice:—“Amada mía,
”aquel que te juró pasión eterna
”piensa en ti noche y día.
”Y cuando el alba asoma
”tras de la parda loma,
”y cuando el cielo puebla
”la tarde triste con dudosa niebla,
”su corazón opreso
”te manda, envuelto en el agreste aroma
”del viento del pinar, tímido beso”.
Esto escuchas, oh amada,
cuando clavas tus ojos en la alfombra
o álzalos azorada,
oir creyendo un eco que te nombra.
No temas... Es que, tras de ti inclinada,
te está hablando mi sombra.

¡Y es verdad que en ti pienso!
Cuando desde las cumbres
descubro el cielo inmenso,
bañado todo de tranquilas lumbres,
lo comparo a la calma
y a la luz que en la mía irradia tu alma.
Y cuando hacia el abismo
bajo después los ojos,
siento que sombra igual reina en mí mismo.
a un amago no más de tus enojos.
Cuando cruzo las faldas
con las azules y amarillas flores,
voy yo tejiendo para ti guirnaldas.
Cuando miro una choza en la ladera

digo:—“¡Allí con el sol de mis amores,
 qué contento viviera!”
 Cuando entro en la capilla
 y ante el altar me postro,
 fínjome que la Virgen sin mancilla
 tiene algo de tu rostro.
 Cuando susurra el viento,
 cuando trinan las aves,
 suenan como el acento
 con que hablar dulce al corazón tú sabes.
 Bulle la fuente con tu blanda risa;
 da la rosa el perfume que tú exhalas;
 y cuando por mi sien roza la brisa
 siento que son las plumas de tus alas.

Ya la tribu de alondras pasajeras
 hacia el Oriente marcha,
 y cubre estas praderas,
 cuando amanece, la rizada escarcha.
 Ya, perezoso, el día,
 tarda en dorar el empinado risco
 y prefiere a la umbría
 selva, el pastor, el resguardado aprisco.
 Ya las nubes del cielo,
 como vellones blancos,
 bajan de noche con pausado vuelo
 a los hondos barrancos.
 Ya, engrosado el torrente,
 desborda por el llano en ondas rojas;
 ya el álamo sombrío de la fuente
 perdió todas las hojas.
 Ya baja de los montes del ocaso

el viejo invierno hacia el risueño valle,
y detrás del balcón piensas tú acaso
que oyes sonar mis pasos por tu calle.

No tardaré: no llores.

Yo para ti he cogido
del áspero romero azules flores,
las aves en el nido,
cristales en las grutas,
las mariposas en su vuelo incierto,
y de los viejos árboles del huerto
las sazoadas frutas.

He aprendido las lánguidas querellas
que cantan al bajar de la montaña
los grupos de doncellas,
y la conseja extraña
que mientras silba ronco
el viento en la vetusta chimenea,
cuenta, al redor del encendido tronco,
el viejo de la aldea.

Cuando azote la lluvia
por la noche el cristal de tu ventana,
y dobles, cual se dobla flor temprana,
sobre el telar tu cabecita rubia,
yo te diré al oído,
para endulzar las horas del invierno,
las sencillas historias que he aprendido
o del poema de amor el canto eterno.

VISION

—“¿Quién eres tú, que en la apartada cumbre,
coronada de nieblas,
huyes de la azorada muchedumbre
y con tus sueños tu desierto pueblas?
—Ven.”

Sobre el ígneo coche
de rápidos, flamígeros corceles,
crucé con él las sombras de la noche,
y surcando las ámbitos profundos
del no medido espacio,
a través de los soles y los mundos.
—“¿Qué es esto?

—Mi palacio.”

Y descendimos sobre el mar, que muge
como corcel salvaje, cuando el viento
lo azota, y con empuje
fiero levanta, orlados de diademas,
montes de agua espumosa al firmamento.
—“¡Lejos huyamos de su horror!

—No temas.”

Y en oriental estancia,
sobre la alfombra de mullida seda,
y entre aromas de célica fragancia,
ví danzar la hurí leda,
medio desnudo el seno de alabastro.
—“¡Dichoso quien lograr sus besos pueda!
—Yo desdeño el placer que huye sin rastro.”

Y entre el fragor de las revueltas haces
que se entrechocan crueles,
sirvió su voz de aliento a los audaces
que, hiriendo con las lanzas los broqueles,
repetían sus cánticos de guerra:
—“¿Por qué no les das paces?
—Yo sólo doy laureles.”

Y descendimos desde la ardua sierra
hasta el valle tranquilo
do juega el viento manso,
brindándonos las grutas fresco asilo,
grato rumor las fuentes cristalinas:
—“¿Por qué en el blando césped te reclinas?
—Es mi mejor descanso.”
Y de la corte el popular tumulto,
que cubre el fraude, la ambición y el dolo,
huyó pasando oculto:
—“¿No gozas?
—Me hallo solo.”

Y en la antigua ciudad de rotas piedras
sentóse entre las moles de granito,
que festoneaban las silvestres hiedras:
—“¿Qué haces aquí?
—Medito.”

Y entró del templo en la desierta nave,
do suena hueca bajo el pie la tumba;
donde el canto sonoro
envuelto sube entre el incienso suave

y por los arcos góticos retumba:

—“¿Por qué bajas la frente?

—Rezo y lloro.”

Y ascendimos de nuevo a la montaña
sobre el carro de fuego,

y, evocadas por él, con forma extraña
mil sombras miré luego

raudas pasar. Lo que la edad oculta
en el oscuro porvenir incierto;
lo que dentro del alma se sepulta,
todo lo miré abierto.

—“¿Quién eres tú, que mandas al destino,
descifras los arcanos,

tienes la inmensidad para camino,
polvo ante Dios, y Dios de los humanos?

—Yo guardo del perdido Paraíso
dentro del alma la visión primera;

yo los abrojos de la tierra piso,
la frente en otra esfera;

yo sé del cielo el olvidado idioma:

mago la Siria me llamó; profeta
quien bebió el agua del Jordán escaso;

sibila un tiempo me invocó de Roma
la muchedumbre inquieta:

hoy ignorado por la tierra paso,
hoy me llamo poeta.”

TEODORO LLORENTE

(1836 Valencia-1911)

58

NUEVO ENDIMION

Nuevo Endimión es el poeta: cuando
coronada de pálidos beleños
la noble sien reclina,
y en torno revolando,
brilla el dorado enjambre de los sueños,
hiende la cristalina
esfera azul en nacarado coche,
y mal ceñida en gasa transparente,
al vate llega, y su dormida frente
dulce besa la Reina de la noche.
Mas ¡ay! al punto rápida se aleja,
la faz velando en cándidos cendales,
y al labio de su amado cruel deja
dulce sabor de dichas celestiales.

¡Infausto amor! A su ideal amante
ligan al infeliz eternos lazos;
y, el corazón ansioso hecho pedazos,
en vano, al despertar, a la distante
visión extiende los abiertos brazos.
Maldice al sol, y sin reposo aguarda
la pía noche, a su impaciencia tarda;
y cuando densa inunda
la sombra del Ocaso misteriosa
la inmensidad profunda,

si, apiadadas quizás de sus desvelos,
rasgan las nubes sus opacos velos,
bella, pura, triunfante, esplendorosa,
le sonrío feliz la casta diosa;
mas ¡ay! allá en el fondo de los cielos.

59

LA MELANCOLIA

A la luz tibia de otoñal ocaso
entre marchitos árboles torcía
mi errante senda el caprichoso acaso;
deidad hermosa y triste hallé a mi paso,
y eras tú esa deidad, Melancolía.

De derribado muro rotas piedras
eran tu trono, al que mullida alfombra
las enladas hiedras
daban, y un sauce vacilante sombra;
allí sentada, al cielo transparente
levantabas, marcada con el sello
de tranquilo dolor, la augusta frente;
y brillaba en tus ojos seductores
el que nos dejan pálido destello
los perdidos amores.

Me miraste llegar, y sonreíste
con la incierta sonrisa,
que deja al alma triste
entre el dolor y el júbilo indecisa;
y a mí viniendo con semblante amigo,
me asiste de la diestra, y apartando
las mustias ramas, con acento blando
cariñosa exclamaste: "Ven conmigo".

Y contigo crucé la selva umbrosa,
y ví morir las luces de la tarde,
y ví nacer la estrella esplendorosa
que la primera en las tinieblas arde;
y respiré feliz el triste encanto
que halagándonos más que la alegría,
los ojos baña en delicioso llanto.

Y desde entonces, al morir el día,
escalo audaz las pardas
rocas del monte, y a la oscura umbría
voy, donde fiel a tu amador aguardas;
y de tu mano asido,
la senda busco del oculto nido;
y donde en breve espacio el bosque cierra
nuestro horizonte con sus verdes velos,
evoco los recuerdos de la tierra
y tú las esperanzas de los cielos.

JOSE MARTINEZ MONROY

(1837 Cartagena-1861)

60.

CRUZANDO EL MEDITERRANEO

¡Hermosa noche! Por oriente asoma,
de bruma envuelta en anchurosa franja,
y cruzando sus velos en la altura,
do quieza tibia oscuridad derrama.
Huye la luz, bordando las esferas
con ricas orlas de colores varias,

y en los mares revueltos del ocaso
la refulgente cabellera baña.
Teñida en rayos de ilusión, desea
flotar ligera en la extensión el alma,
rasgar los tules y aspirar los gratos
frescos aromas que suspende el aura.
Tiembla la brisa de placer, meciendo
los blandos pliegues de ondulantes gasas;
partiendo sombras, las espesas nubes
el aire en cintas de arrebol desgarran,
y el cielo por encima de los orbes,
corona de diamantes, se destaca.
¡Hermosa noche! Las estrellas brotan
cual copos de zafir, rosas de nácar,
que al perfumado ambiente de los cielos,
sus pétalos de chispan abrillantan.
La luna, su fulgor plácido y triste
rompiendo, bellos tornasoles lanza,
florón do cuelgan los perdidos paños
que en la bóveda inmensa se desatan,
encantada azucena, sol de nieve,
globo de luz de rutilante plata,
águila de la noche, que tendiendo
allá en lo azul con majestad las alas,
reposa sus miradas sobre el mundo;
que entre velos de lumbre pura y blanca,
y en los brazos mecida del espacio,
con sueño arrobador, muda descansa;
y sus rayos en hilos destilados
por el tenue vapor rielando pasan,
y mil plumas fantásticas dibujan
del mar tranquilo en las azules aguas.

El mar, undoso ceñidor celeste
que con sus lazos a la tierra abarca,
y colgada, en los cielos la suspende,
con un jirón del firmamento atada;
el mar, la losa del sepulcro inmenso
que el cadáver del mundo encierra y guarda
do sus copas altísimas cimbread,
cual sauces de la muerte, las montañas;
el mar, que empaña su cristal bramando,
al aliento que el aire desparrama,
sepultando una ola en otra ola,
que se pierden gimiendo en sus entrañas,
cual del triste los míseros gemidos
se pierden en el mar de la esperanza.
Allá, extendida en la dudosa línea
que en el vasto horizonte se señala,
donde las ondas apacibles mueren,
donde se besan con amor las aguas,
cual tierno corazón que infunde vida
en el gigante mundo, late Italia.
Pedazo de la lumbre de la gloria
que las cenizas de la tierra inflama;
mentira hermosa, del Eden caída;
de una bella ilusión sagrada estatua,
que yace sepultada entre ilusiones;
lira doliente, melodiosa arpa,
que del cielo en la crespa cabellera
sus cuerdas de marfil y oro enredaba,
hasta tanto que al mundo desprendida,
osaron los tiranos desgarrarla,
para tejer con ella sus coronas,
para cubrir de su borrón la infamia.

Y hoy sus tonos armónicos anega
entre el llanto inmensísimo que abrasa
los senos de la mar, como los mártires
anegan sus quejidos entre lágrimas;
y hoy descansa en monótona agonía,
con laureles de espumas coronada,
blancas flores del campo de los mares,
que su perfume de murmullo exhalan;
y al aire da su llanto dolorido,
y al aura dice, si la besa el aura,
que pida al cielo libertad y vida,
¡ay! porque vida y libertad le faltan.

61

LA PREDICCIÓN

Por la celeste altura
pasaba el sol volando, y en la tierra
una vasta llanura,
que en el lejano cielo se perdía,
al rojo fuego de su lumbre ardía.
Arriba un mar azul, mostrando llenas
con espumas de nubes y de llamas
sus hondas cavidades,
y abajo un mar de arenas,
coronado de inmensas soledades.

Erguida y altanera,
y en los llanos estériles clavada,
se alzaba una palmera,
de su sombra no más acompañada,

como un jirón abierto
sobre el árido manto del desierto.

Con el semblante de dolor sombrío
y desmayado paso,
con un odre vacío
pendiente de la espalda,
rasgados en pedazos
los anchos pliegues de la blanca falda,
con un niño dormido entre sus brazos,
cansada y sudorosa,
al pie del rudo tronco
una mujer llegó, joven y hermosa.

Sentóse y suspiró, y en sus rodillas
posó del hijo la infantil cabeza,
y por guardarla más de los destellos
del luminar ardiente,
las trenzas extendió de sus cabellos,
con tierno afán, sobre la pura frente;
y decayó su espíritu abatido,
y sus ojos lanzaron con tristeza
una mirada al cielo,
y un torrente de lágrimas al suelo.

“¡Ay! (exclamó por fin): ¿qué es lo que espero,
humanidad, de ti? Mujer y esclava,
mi poder a tu lado es pasajero,
porque nace y acaba
en el lecho de amor de mis señores.
Ayer lo perfumaba con mi aliento,
y hoy gimo, devorando mi tormento,

en un lecho de infamia y de dolores.
Mas oye, humanidad: contigo el mundo
yo siempre cruzaré, y a mi albedrío
rompiendo tu poder, te impondré el mío.
Al choque de mis besos
quebrantaré los cetros de tus reyes:
seré reina tal vez, seré verdugo,
y con mi dulce yugo,
al darte amores, te daré mis leyes.
y de este niño débil y sereno,
que descansa en mi seno,
altivas razas brotarán acaso,
que, opuestas sin cesar a tu destino,
en contienda incesante,
ochenta siglos detendrán tu paso”.

No dijo más Agar, y su camino
continuó jadeante,
abrazando otra vez con nudo estrecho
al dormido Ismael contra su pecho.

Mas los siglos futuros,
que perderse a lo lejos los miraron,
la predicción funesta recogieron,
y en los senos del tiempo la guardaron
y después sobre el mundo la cumplieron.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON

(1833 Guadix-1891)

62

SUEÑOS DE SUEÑOS

Vine a verte, y dormías;
y dormías tan muda y mansamente,
que una rosa cerrada parecías.

Era la siesta.—La morisca fuente,
sola en el patio, conturbaba apenas
la quietud de las anchas galerías
de fresca sombra y de silencio llenas.
Las aves en sus jaulas; el ambiente
embargado entre opacas celosías;
el perro fiel y el gato negligente
reposaban también...—Calma y pereza
era todo en redor...—Tan sólo el vuelo
del zumbador insecto recordaba
que el sol, en tanto, vívido lanzaba
mares de lumbre desde el alto cielo!

He dicho que dormías;
y dormías tan muda y mansamente,
que una rosa cerrada parecías.

Dormías..., y, aunque amante desdeñado,
próximo alguna vez a aborrecerte,
te admiré en aquel sueño sosegado...,
¡sin desear que fuera el de la muerte!

Quizás más bien compadecí tu suerte,
y perdón te pedí de mis antojos...
—“¿Por qué (dije), por qué tan perseguida?
”¿Culpa es acaso de su mansa vida
”inspirarme este amor que le da enojos?
”¿Obra fué de sus ojos,
”o de los míos mi fatal herida?
”—¡Obra mía no más! Yo soy el reo...
”Ella baja la vista por no verme...
”y hasta vuelve la cara si la veo...
”—¡Duerme, pues, duerme; pobrecita, duerme;
”que diga lo que quiera mi deseo,
”obligación no tienes de quererme!”

En esto un aye leve y fugitivo
lanzaste al modo de suspiro tierno,
y parecióme que tu pecho esquivo,
cándido y frío como helado invierno,
se entreabría al cariñoso rayo
que en ti fijaban mis amantes ojos,
como su cáliz de matices rojos
entreabre una rosa al sol de Mayo.

Lo que quiere decir que aunque dormías,
dormías tan turbada y tiernamente,
que una rosa entreabierta parecías.

¿Qué soñabas? ¡Lo ví!... De mis pesares
al cabo condolida,
imaginabas de pasión y gloria
la que te ofrezco venturosa vida.
Suspensa, enternecida,

amorosa... (perdóname); soñabas
estar en brazos del amor prendida...;
y de temor y gratitud llorabas,
y mi nombre gimiendo pronunciabas.
¡Ay! Aquel dulce, generoso llanto,
cayó en mi corazón como el rocío
sobre el árida arena del desierto...
¡Nunca te he amado tanto!
¡Yo por aquellas lágrimas, bien mío,
mil veces con placer hubiera muerto!
—Por poco te despierto.

Perdónale este agravio
a tu propia locura,
y perdóname a mí, si tal ventura
se atreve a pronunciar trémulo el labio...
Pero lo ví... Mi espíritu sin calma
era ya de tu espíritu un reflejo...
toda su alma se copió en mi alma
como desnuda ninfa en claro espejo.—
¡Oh sí! Tu pecho ardía
en este amor que siempre desdeñaste...
Me nombrabas... llorabas... eras mía...,
¡y lisonjero ensueño te fingía
las dichas que despierta me negaste!...
—¡Burla fué del destino
aquel falso espectáculo halagüeño!...—
¡Yo sé que todo sueño es desatino,
y el tuyo no pasó de ser un sueño!...

—Pero ello es que dormías,
y dormías tan dulce y blandamente,
que ya una rosa abierta parecías.

La monótona fuente,
única voz de la callada siesta,
murmurando seguía
su cántiga modesta,
y, del toldo a la sombra,
con mil líquidas perlas recamaba
del verde césped la mullida alfombra.

Retratarte olvidaba.—

Sobre un sofá dormías: una mano
suave apoyo a tu cabeza daba,
y el otro brazo lánguido colgaba,
envidia siendo del cincel pagano.
—Vestías una bata de verano.—

Sobre tu frente pálida y serena
la aureola de oro
de un ángel tu cabello parecía:
tus mejillas de rosa y azucena
aún ostentaban del reciente lloro
dos perlas que la aurora envidiaría;
y el cándido tesoro
de tu inocencia púdica, que, aleve,
indiscreto cendal diera al olvido,
como palomas que el amor conmueve
palpitaba al compás incierto y breve
de tu dichoso corazón dormido.
Tus puros labios, de caricias nido;
tus dientes, gotas límpidas de hielo:
tu lindo pie soltando inadvertido
el árabe chapín de terciopelo,
todo era bello y tentador..., y todo
me enajenó de modo...,

que hubiera dado por tu amor la vida,
aun no siendo mi vida tan cuitada...

—¡Ay! ¡tú, prenda adorada,
no te has visto dormida!

¡Nunca tan hechicera
me pareció tu angélica hermosura!
¡Nunca tan noble y celestial!... Y era
que el amor le prestaba su dulzura...;
¡era que amabas por la vez primera!

¡Oh, tú que amabas, sí! Tardes serenas
de soledad conmigo te fingías:
noches de encanto y de misterio llenas,
y allá lejanos, bonancibles días,
en que contarnos las pasadas penas.

Libres éramos ya como las aves,
libres como los céfiros suaves,
como las amapolas en los trigos,
y ni parientes ni tutores graves
eran fieros testigos,
de nuestras expansiones enemigos.

Ya podíamos vernos,
en mis pupilas tú, yo en tus pupilas,
y ahogar suspiros con suspiros tiernos,
y luego, en dulces pláticas tranquilas,
pasar instantes de ilusión eternos.

Y ya eran frutos las primeras flores,
o bien de nuestro amor nuevos cariños
brotaban cual capullos seductores:
o, por mejor decir, nuestros amores
se convertían en alegres niños...

.....

Y a todo esto dormías;
y dormías tan quieta y hondamente,
que una rosa marchita parecías.—

Tal soñaste...:—y, en tanto,
la tarde deslizándose había ido
por la triste pendiente
de la sombra, el silencio y el olvido.
Y su velo tupido
tendía ya la noche; y el ambiente
agitaba sus alas bienhechoras...,
mientras que murmuraba más sonoras
sus quejas melancólicas la fuente.—

Entonces *desperté*...—*Ya era de día*.—
Tú sueño recordé...—Mas ¿dónde estabas?
¿Dónde, mi bien, que ya no te veía?...
—¡Ay, desdichado! *Yo era el que dormía,*
y yo era el que soñaba que soñabas!

BERNARDO LOPEZ GARCIA

(1840 Jaén-1870)

63

LA FE

Yo soy amor y del amor camino;
soy blanca nave del sagrado puerto;
por mí postrado en el peñón desierto
canta el asceta su triunfal destino.

Soy consuelo del triste peregrino
que cruza el mundo de pesares yerto;
soy árbol santo del eterno huerto;
rosa bendita del rosal divino.

Sin mí la pena se desgarras y lloras;
sin mí el dolor sus amarguras vierte;
sin mí el sepulcro con furor devora.

Aspirando mi luz, el alma es fuerte,
la pena se hace amor, la noche aurora,
la tumba claridad, faro la muerte.

LUIS A. R. MARTINEZ Y GÜERTERO (LARMIG)

(M. 1874)

64

LA MUJER ADULTERA

- I. Ley de Moisés sobre el adulterio.—Consulta farisaica.—La primera piedra.
- II. Jueces culpables.
- II. *Vad e et jam amplius nolli peccare.*
- V. Dudas de un discípulo de Cristo, y respuesta del Divino Maestro.—El Redentor anuncia a Juan las obras que ha de escribir, y le previene lo que ha de decir de la mujer adúltera.—El delito por nombre.

I

Por iracunda plebe perseguida
huye en Jerusalén al templo santo
mujer despavorida;
baña su faz hermosa
desatado raudal de amargo llanto.

Es aquella mujer culpable esposa;
la ley del pueblo hebreo
a morir a pedradas la condena.
El torpe fariseo
y el hipócrita escriba corrompido
piden, como la turba, a grito herido
se lleve a cabo la marcada pena.

La mísera mujer, de angustia llena
y con ansias mortales,
gira en redor los suplicantes ojos,
mira a Cristo del templo en los umbrales
radiante de bondad y de dulzura,
y póstrase de hinojos
y besa de Jesús la vestidura.

Inmóvil queda cual estatua yerta;
vaga en crespas madejas su cabello
sobre la blanca espalda, mal cubierta,
y su rostro sombrío
(para su propia desventura bello)
entre las manos trémulas sepulta;
¡quizá un rubor tardío,
quizá la falta de rubor oculta!

Entre tanto el Señor sobre la arena
misteriosas palabras escribía,
y el fariseo que a la turba guía,
para hablar a Jesús, silencio ordena.
Con humildad irónica pretexto
sobre el suplicio horrendo consultarle;
pero busca sutil en su respuesta
causa para acusarle,
y así le dice:—“La mujer impura
”que a tus pies se ha postrado,

"sin recato y sin fe, ciega y perjura,
"el tálamo nupcial ha profanado.
"No ignorará tu enaltecida ciencia
"que a morir la sentencia
"la sabia ley del inspirado preste
"que rompió nuestra dura servidumbre
"y del Eterno oyó la voz celeste
"del Sinaí sobre la ardiente cumbre:
"mas tú eres el Mesías prometido;
"la voluntad de Dios tu labio anuncia.
"Infalible profeta, rey ungido,
"tus altísimas órdenes pronuncia;
"tu fallo dinos y será cumplido".

Cristo escribiendo en el arena sigue
sin levantar la pensativa frente,
y el fariseo a poco ya impaciente,
con alterada voz así prosigue:

—"Si eres hijo de Dios, ¿cómo te arredra
lo que el gran Moisés dejó ordenado?"

—"Cúmplase, dice Cristo, lo mandado,
"pero que arroje la primera piedra
"el que esté sin pecado".

II

Todos para animarse se miraron,
y todos sin aliento enmudecieron,
sus cejas se enarcaron,
las piedras de sus manos se cayeron
y en confuso tropel desaparecieron.

III

—“Nadie te acusa ya.—La airada plebe
"que a llevarte a morir se apercibía,
"despareció como la bruma leve
"al despuntar la claridad del día.
"Ya de la muerte la segur terrible
"no ves amenazando tu existencia;
"mas oyes la tremenda, inextinguible,
"inexorable voz de tu conciencia;
"oye del que te salva la sentencia:
"Eres esposa y madre,
"¿qué te brinda otro amor? males prolijos.
"No vuelvas a pecar, piensa en tus hijos,
"y hiere si te atreves a su padre.
"Torna alpreciado hogar que abandonaste,
"del que tu infame culpa te retira;
"pide perdón al hombre que afrentaste,
"y su dolor inconsolable mira.
"Mírale oculto, palpitante el pecho;
"la vista tiende al solitario lecho,
"y en él desesperado se desploma...
"Abraza tierno al balbuciente niño,
"lirio que el yermo de su vida aroma,
"y el abrasado llanto del cariño
"en sus pupilas áridas asoma,
"viendo del inocente en el semblante
"trasunto fiel, imagen hechicera
"del rostro tuyo, que adoró constante,
"y gala ayer de sus amores era;
"hoy, su dicha anegada,
"sobre las ondas del dolor eterno

"aun ilesa y tranquila sobrenada
"el arca santa del amor paterno.
"¡Y quiere aborrecerte!
"Aborrecer a lo que se ha querido,
"es desgarrarse el corazón herido
"y vivir en las ansias de la muerte.
"Hondos gemidos lanza,
"y si en su oprobio piensa,
"juzga que no hay venganza
"que hasta el nivel alcance de su ofensa.
"Lucha por desasir de su memoria
"tu aciaga imagen, tu fatal caída;
"mas, para siempre la quietud perdida,
"lleva en su mente tu llorada historia
"con indelebles letras esculpida.
"Cediendo de la culpa a los clamores,
"cometiste, pisando tus deberes,
"el delito mayor de las mujeres,
"y él padece el dolor de los dolores.
"Vuelve a los pies del ofendido esposo,
"y al desandar la vía
"que a la sima del crimen te condujo
"y a víctima de un pueblo te redujo,
"recuerda siempre la palabra mía:
"sin la virtud no hay dicha ni reposo,
"Cristo a la dicha y al reposo guía...
"Barquilla sin timón y en mar incierto,
"ave herida en mitad del Océano,
"sin el auxilio de divina mano
"¿podrán llegar al anhelado puerto?"

IV

Núblanse del Mesía
los refulgentes y serenos ojos
con el mismo dolor que describía,
hijo de los agravios
de la pérfida esposa, que de hinojos
sigue a sus pies, sin desplegar los labios.

Ora Jesús al Dios de las bondades,
que al universo rige,
y de Jerusalén traspone el muro;
anhela respirar aire más puro
que el aire corruptor de las ciudades,
y sus pasos dirige
del desierto a las mudas soledades.

En silencio profundo
marchan tras de Jesús los bienhadados
discípulos humildes, destinados
a extender su doctrina por el mundo.

Y Pedro dice al Justo:—"Bondadoso
"Maestro celestial, oye mi acento:
"en piélago de dudas proceloso
"se pierde mi confuso pensamiento.
"Yo ví que los abismos del pecado,
"do estaba Magdalena, iluminaste;
"hoy la vida a la adúltera salvaste.
"Pero dime, Señor, ¿la has perdonado,
"o tan sólo a sus jueces recusaste?
"¿Tú corazón se apena,
"siendo el perdón tu dicha perdurable?
"¿Es a los ojos tuyos más culpable
"la adúltera mujer que Magdalena?"

Y responde Jesús:—"¡Desventurada
"la que, en inícuo amor los ojos fijos,
"la paz de la familia rompe osada
"y el porvenir anubla de sus hijos!
"Sin más mira ni enseña
"que el deleite liviano,
"de miseria en miseria se despeña
"del vicio por la rápida pendiente;
"hunde en el cieno su insensata mano
"de madre la corona refulgente,
"y de la culpa en los hediondos brazos
"revuélvese, y desata
"del bendecido amor los dulces lazos.
"Es la víbora ingrata
"que en caluroso seno recogida,
"helada y espirante,
"al recobrar la fuerza de la vida
"clava su penetrante
"aleve dardo de ponzoña lleno,
"con ánimo enemigo,
"en el incauto seno
"que generoso le prestó su abrigo.
"¡Deja que amargamente
"de esa mujer la ingratitud lamente!
"La ingratitud, baldón de las criaturas,
el rayo vengador hizo preciso,
"al ángel derrocó de las alturas
"y al hombre desterró del Paraíso.—
"Y óyeme, Juan:—Mi padre te destina,
"del humano linaje para gloria,
"a escribir inspirado mi doctrina,
"siguiendo fiel las huellas de mi historia.

"Del cerco de la tierra arrebatado
"tu espíritu a regiones inmortales
"evocará las sombras del pasado,
"y aspirarás las auras germinales
"que en el *principio* a la materia inerte
"arrancaron del sueño de la muerte.
"En gigantesco y portentoso vuelo
"atravesando siglos a millares
"y de lo porvenir rasgando el velo,
"verás el día de esperanza y duelo
"en que luchen los altos luminare
"incendiando los términos del cielo.
"Ávida nube sorberá los mares,
"la máquina del orbe derruida,
"rotos ya sus fortísimos cimientos,
"sin concierto, sin forma, denegrada,
"cual leve arista llevarán los vientos.
"Entrando del amor en el santuario,
"referirás mi vida de tristeza,
"que en el portal humilde y solitario
"de Betlehen empieza
"y termina en la cumbre del Calvario.
"Y al escribir ¡oh Juan! lo que ora viste,
"para justa enseñanza de los hombres,
"cuenta la vida triste
"de esa infausta mujer, mas no la nombres.
"Y por tu mano inmaculada escrito
"de fuego eterno con buril ardiente,
"en su pálida frente
"lleve por todo nombre su delito".

RICARDO DE LA VEGA

(1839 Madrid-1910)

65

LA DEFENSA DEL SAINETE

A D. Armando Palacio Valdés.

Señor don Armando Palacio Valdés:
Os pido dispensa, señor don Armando,
si en pro del sainete la pluma tomando,
prefiérolo al género bufo francés.
Aparte dejando mezquino interés,
yo admiro en la chula la antigua manola.
¿Deshonro por esto la escena española,
señor don Armando Palacio Valdés?

Me duele, señor don Armando, que vos
a lo madrileño flamenco llaméis.
Señor de Palacio, sin duda no veis
que son muy distintos entrambos a dos.
Si de lo flamenco marchamos en pos,
al Perchel iremos, mas no a las Vistillas;
que nunca el flamenco nació en Maravillas,
donde se venera la Cara de Dios.

Algunos afirman que es grano de anís,
que hay poca distancia de chulo a gitano,
y llaman gallego al que es asturiano,
y mezclan a Vigo con Cangas de Onís.
Quede, pues, sentado, si lo permitís,
que así como el galgo jamás fué podenco,

el hombre del Rastro no es nunca flamenco, por no ser oriundos del mismo país.

Si sale a las tablas un noble Marqués o un hombre ilustrado de la clase media cual protagonistas de drama o comedia y el pueblo los juzga y aplaude después, ¿por qué los que viven allá en Lavapiés no han de ser objeto de examen profundo? ¿No son de una clase que vive en el mundo, señor don Armando Palacio Valdés?

De la decadencia del arte español los críticos echan la culpa al sainete, y hasta a compararle llegó algún pobrete con las pantomimas del Circo de Pol. Si nace el sainete de tosco crisol, no debe por ello causar pesadumbres; que si es fiel retrato de bajas costumbres, bien puede en la escena brillar como el sol.

De la alta comedia derivado es; no entiende Talía de clases sociales; para ella en su templo son todos iguales, así la tragedia como el entremés. Con datos espero probaros después que tiene el sainete su noble abolengo; y si esto resulta, ¿yo qué culpa tengo, señor don Armando Palacio Valdés?

Laberio el romano, poeta y actor, de *farsas* y *mimos* la escena llenaba, y el pueblo reía y el César gozaba mirando al esclavo con risa y dolor. La vara tocóle del alto Pretor; al golpe saltaron sus viles cadenas;

la sangre del libre corrió por sus venas
y el cómico siervo fué noble y señor.

Sainetes existen de aquel colosa!
autor que nós dijo—*la vida es un sueño*—.

En ellos, sin duda, bebió con empeño
un ilustre vate de fama inmortal.

¿Pensáis, don Armando, que aquello fué un mal?

Pues no en decadencia las musas se hallaban,
que cinco luceros la escena alumbraban,
y hoy brilla lo mismo su luz sin igual .

Cien obras el pueblo gozoso aplaudió
del gran sainetero Ramón de la Cruz;
de aquel que sin ropa, sin cama y sin luz,
La casa de Tócame-Roque escribió.

¡Oh, cuán satisfecho mostrárame yo
si al pobre sainete, por vos despreciado,
la crítica injusta que lo ha calumniado
volviérale al puesto que siempre ocupó!

Lo que antes he dicho repítolo, pues,
en estos renglones que van sin aliño:
a chulas y chulos les tengo cariño
aparte dejando mezquino interés.

Basta de sainete, basta de entremés;
aquí se concluye mi humilde defensa,
la epístola cierro y os pido dispensa,
señor don Armando Palacio Valdés.

GONZALO DE CASTRO

(1858 Madrid-1905)

66

DOS TEMPLOS

I

Allí la catedral, santa, imponente,
que lanza por sus góticas ojivas
de músicas y aromas un torrente,
como el río sus ondas fugitivas
por los ojos inmóviles del puente.
Mirad la aguja esbelta y fulgurante
¡índice que señala al infinito!
y debajo la cúpula gigante
como un inmenso palio de granito.
Rompen los muros góticas ventanas,
por donde el claro sol filtra sus luces,
y se yerguen las torres soberanas
volteando entre nubes sus campanas
y rasgando los cielos con sus cruces.
Dentro, en las amplias naves,
vibran los grandes órganos dorados,
desde los cuales canta himnos sagrados
una bandada de invisibles aves.
Pueblan las hornacinas
inmóviles mujeres peregrinas
en mármoles talladas,
con las manos cruzadas

sobre sus senos mórbidos de hielo,
y se ven en las sombras perfumadas
ángeles con las alas desplegadas,
en actitud de misterioso vuelo.
Encima de marmóreos pedestales
santos de talla con sus miembros de oro
reciben todo el sol que entra a raudales
por el calado ventanal del coro,
cubierto de polícromos cristales.
Entre la sombra oscura
se adivina la trágica escultura
que representa a Cristo agonizante.
Lívido el rostro, el pecho jadeante,
fijos los mustios ojos en el cielo,
mientras, al pie, su madre acongojada
clava en El la mirada
con expresión de horrible desconuelo.
Y, allá, al fondo, en la sombra silenciosa
miran a la afligida Dolorosa,
cuyo semblante arredra
pues que delata formidables luchas,
blancos monjes, caladas las capuchas
sobre sus frentes rígidas de piedra.
Y, debajo, en las criptas solitarias,
encima de las urnas cinerarias,
en las tinieblas mudas e imponentes,
duermen sobre sus lechos de granito
las estatuas yacentes ,
acostadas de cara al infinito!

II

Ved la fábrica allí ¡Cómo levanta
en sus espaldas el terrible peso
de la ciencia del Hombre, mientras canta
sus victoriosos himnos el progreso!
Entremos. ¿Qué escucháis? Sordos rumores
de negros y automáticos motores,
trepidación de máquinas vibrantes,
silbidos de vapores
y estrépitos de ruedas jadeantes.
Mirad. ¿Qué veis? Eléctricos carretes,
verdes bobinas, finos estiletos,
laberintos de férreos engranajes
poderosos montajes
provistos de acerados cojinetes;
densos vapores que furiosos rugen,
encendidos hogares que llamean,
hélices que voltean
y automáticos émbolos que crujen;
vapores que las válvulas despiden,
calderas imponentes,
ruedas veloces que el vapor impulsa,
sensibles galvanómetros que miden
la varia intensidad de las corrientes
con su flecha convulsa;
ferrados cinturones
que a los tubos metálicos abarcan
para evitar terribles explosiones,
y obedientes manómetros que marcan,
con su aguja de hierro, las presiones;
vigorosas correas

moviendo a un tiempo miles de poleas;
hercúleos cabrestantes,
y prensas gigantes
movidas por titánicos volantes,
vertiendo luz y eternizando ideas!

III

En ambos templos se tributa culto
a ese ser misterioso,
presente siempre... ¡pero siempre oculto!
Por él, en las mañanas,
cuando el sol baña cumbres y praderas,
repican en las torres las campanas
y en las fábricas silban las calderas.
Por él encienden los humanos seres
sus dos únicos santos luminares:
el humeante hachón de los altares
y la eléctrica luz de los talleres!

.....

Mas... ¡de qué sentimientos tan contrarios,
de qué opuestas ideas
se hablarán, en los cielos solitarios,
las cruces de los blancos campanarios
y el humo de las rojas chimeneas!

EMILIO FERRARI

(1850 Valladolid-1907)

67

¡SEMPER!

Arrojada en los escarpes
de la costa en que halló abrigo,
inválida del naufragio,
veterana del peligro,

la vieja barca se pudre
sobre los ásperos guijos,
crujiendo al viento que azota
sus tablones carcomidos.

Al ascender la marea,
el mar, su señor antiguo,
en los brazos de sus olas
la levanta convulsivo,

y entre impetuosas caricias,
la habla, rugiente y magnífico,
de combates y aventuras,
de escollos y torbellinos.

Declina el sol; de la tarde
se aspira el ósculo tibio;
sus penetrantes aromas
confunden brea y marisco;

delante está lo insondable;
más allá está lo infinito,
más allá... más allá, el mundo
poblado por el delirio.

.....

Columpiada en la rompiente,
sin velas, jarcias ni rizos,
aún siente la vieja barca
la tentación del abismo.

68

OBSESION

¿Sabéis lo que es, en medio de la noche,
cuando descansa la ciudad, y en ella,
rendido todo a la quietud, parece
que duerme el aire y el silencio pesa;

cuando no se oye, sino allá a lo lejos,
la persistente voz del centinela,
o el reló, monótono, en la torre
pausado, el curso de las horas cuenta;

cuando, rompiendo su prisión, del sueño
por la espiral en lo ignorado abierta,
cada alma emprende misterioso viaje
al país ideal de su quimera;

cuando en la vasta oscuridad nocturna
no hay una luz; cuando tan sólo vela

en las calles el vicio vagabundo
y el recuerdo tenaz en la conciencia;

sabéis lo que es sentirlo en el hombro
tocar por alguien que en la sombra acecha,
y que os dice: "Héme aquí, ven a la cita,
soy yo: la insomne, la implacable idea"?

Entonces ¡ay! aunque en las tibias ropas
el cuerpo revolviéndose protesta,
pronto la lucha entre Jacob y el Angel
se traba una vez más en las tinieblas.

Aquella imagen de espectral contorno,
sombra que el alma a lo exterior proyecta,
germen de un ser que a reclamar la vida
desde los limbos de la mente llega,

quiere dejar de la abstracción las cumbres,
cual las del Globo estériles y yertas,
hacerse carne, revestirse forma,
ser realidad, y vibración y fuerza.

La veis al lado, aunque cerréis los ojos,
a un tiempo amante y desdeñosa, mezcla
de tentadora seducción que atrae
e inasequible excelsitud que arredra.

Sus pupilas alumbran el espacio
con una extraña claridad sidérea;
su cuerpo es un vapor hecho escultura,
clásica estatua modelada en niebla.

Mas en vano su espíritu impalpable
queréis aprisionar en la materia:
la aparición, aunque os incita, os huye,
os rechaza cruel, aunque os asedia.

Sois como el caballero que en los cuentos
halla encantada a la gentil princesa,
ignorando la mágica palabra
con que romper el sortilegio pueda;

y ante el fantasma os retorcéis, sintiendo
la ofuscación de la ideal belleza,
hasta que, asiéndoos del cabello, os postra
deslumbrados y trémulos en tierra.

¿En dónde el nexa misterioso se halla,
en dónde está la conjunción suprema
del pensamiento y la palabra, verbo
donde se encarne la hermosura eterna?

¿Cómo lograr que la divina Psiquis,
sin apagar su lámpara de estrellas,
por una escala mística de estrofas
hasta los brazos del amor descienda?

¿Quién con las cintas de los áureos versos
atará al carro que a la diosa lleva,
de dos en dos las palpitantes rimas,
como apareadas tórtolas gemelas?

Así ambas alas desplegando a un tiempo,
la inspiración hasta los cielos llega,

la palabra halla así de que en el mundo
son los objetos esparcidas letras;

el plan divino al descubrir, precede
siempre a la vida en su ascensión perpetua,
y en todo el lujo de esplendor produce
lo que aun informe la creación bosqueja.

¡Oh poema imposible, cuya forma
siento en el alma dibujarse incierta,
cuyas estancias de flotante ritmo
continuamente en mi interior resuenan;

sueño, ideal, aspiración, que llevo
dentro de mí desde la edad primera,
esquivo siempre a la inflexible frase,
indócil a la rígida cadencia;

si no me es dado transcribirte nunca
vivo en los signos de la humana lengua,
renace, al menos, en futuros días
dentro del corazón de otro poeta!

JOSE VELARDE

(1849 Conil-1892)

69

TEMPESTADES

I

Como produce estancamiento insano,
si es duradera, la apacible calma,
amo la tempestad embravecida

que esparce los efluvios de la vida
al romper en los cielos o en el alma.

II

El rugiente Océano,
cuando lo azotan roncros vendavales,
se corona magnífico de espumas,
cuaja en su seno perlas y corales
y vida emana levantando brumas;
y el pantano sereno,
traidor oculto bajo verda lama,
asilo es del reptil y forma el cieno,
que, impalpable, mortífero veneno
por la tranquila atmósfera derrama.

III

Cuando se tiende, como negro manto,
en el azul fluido,
espesa nube, produciendo espanto,
súbito el rayo rásgala encendido,
resuena conmoción atronadora,
y el nublado espantoso, estremecido,
en lluvia se deshace bienhechora.

IV

Cuando chocan las nubes en la mente,
vibra y relampaguea,
como rayo fulgente,
la luminosa idea;

con voz de trueno la palabra brota,
y el nublado iracundo
va cayendo deshecho gota a gota,
en lluvia de verdades sobre el mundo.

V

En el fondo del mal el bien palpita;
el ánimo enervado en los placeres
cobra en la adversidad fuerza infinita,
y en el laboratorio de los seres,
todo aquello que ha muerto resucita.

La tormenta es presagio de bonanza;
del desengaño nace la experiencia;
de la duda la ciencia,
y del triste infortunio la esperanza.

Un espinoso arbusto da la rosa;
sale volando de la larva inerte,
como una alada flor, la mariposa;
brilla el iris en nube ennegrecida,
y bullen en el seno de la muerte
los gérmenes fecundos de la vida.

VI

La gloria es grande, si la lucha fuerte;
la estatua a golpe de cincel se labra;
la tierra con el hierro del arado,
y el error de su altar cae desplomado
al golpe inmaterial de la palabra.

El seno se desgarrá al nacimiento;
la religión se prueba en el martirio;

la virtud es combate turbulento;
el genio tempestad, fiebre, delirio.

Al soplo del simoun crecen las palmas;
surgen de las borrascas las centellas,
del incendio del caos las estrellas,
y el amor del incendio de las almas!

VII

El vértigo en el caos se desata;
a una explosión de vaporosas moles
el espacio se forma y se dilata,
y lo surcan estrellas, mundos, soles,
volteando en hirviente catarata,
entre nubes y truenos y arreboles;
llena el *fiat* de luz toda la esfera,
y es la creación la tempestad primera.

VIII

La negra sombra se condensa, crece
y el espléndido azul del cielo empaña;
mas súbito lo alumbra y lo enrojece
vivo incendio que brota en la montaña.
El Sinaí gigante se estremece;
derriba el cedro el aquilón con saña;
rueda el trueno en los aires retemblando;
brama la tempestad... Dios está hablando!

IX

Se eclipsa el claro sol y zumba el noto;
se abre en curvo zig-zag la roca dura;

sacude mar y tierra el terremoto;
sale de la volcada sepultura
el esqueleto carcomido y roto,
y oyen los hombres con mortal pavora
la borrasca que entona el *miserere*
¡ay! a Jesús que por salvarlos muere.

AMÓS DE ESCALANTE

(1831 Santander-1902)

70

CALIGO

Cierra la noche lóbrega: a lo lejos
se oyen roncadas rugir las ondas bravas
en cuyos senos cóncavos se agita
el viento precursor de las borrascas.

¡Ay! ¡pobre marinero a quien sorprenda
el huracán soberbio! ¡ay de la barca
lejos del puerto amigo, ciega y sola
sobre el espacio inmenso de las aguas!

Sin una estrella en los cerrados cielos,
sin una luz en las desiertas playas,
¿dónde poner la descarriada proa
y con certero rumbo encaminarla?

Sólo la densa obscuridad rompiendo
traidoras brillan las espumas blancas

que hirviendo en torno al sumergido escollo
al engañado náufrago amenazan.

¿Por qué su riesgo en evitar porfías,
alma que en noche obscura, solitaria,
a merced de los vientos y las olas
entre el fragor de la tormenta vagas?

Seguro es el naufragio, ¿a qué resistes
y tu agonía y padecer dilatas?
No ofrece el mundo a tu miseria amparo
ni el cielo a tu dolor una esperanza.

EVARISTO SILIÓ

(1841 Santa Cruz de Iguña-1874)

71

UNA TARDE

¡Tarde horrible! el horizonte
la alta esfera, negro velo
recubrió;
triste, oscuro estaba el monte,
triste el valle, triste el cielo,
triste yo!

En medio al cuadro sombrío,
de pavora todo acento
feneció;

mudo estaba el manso río,
muda el ave, mudo el viento,
mudo yo.

De la aldea a la cabaña
buscó un ser mi vista... en vano
le buscó;
sola estaba la montaña,
solo el bosque, solo el llano,
solo yo!

Y tras el negro horizonte
solo el poder soberano
que hoy logró,
que ni una flor guarde el monte,
ni una el bosque, ni una el llano,
ni una yo!

¡Ah! Del tiempo la honda saña
seremos en este arcano
que él formó,
polvo estéril la montaña,
polvo el bosque, polvo el llano,
polvo yo!

JOSE GONZALEZ DE TEJADA

(1833 Madrid-1894)

72

NOTICIAS DEL PARNASO

En la margen de Hipocrene
peinándose el rubio Apolo,
gran tocador de guitarra
y literato de a folio,

dábase a los traductores,
que es cual darse a los demonios,
porque al mirarse en las aguas
halló un desierto en su rostro .

—Júpiter, quiero patillas,
gritaba alzando los ojos,
que poeta sin bigotes
es como murga sin bombo.—

En esto, oyendo alaridos,
voces, gritos y sollozos,
dijo:—Serán mis doncellas,
que se sacuden el polvo.

Querer mujeres calladas
es pedir peras al olmo;
las más bellas desde lejos,
o de cerca un rato sólo.

Apuesto a que están ahora
con las faldas en el moño,
hechos guantes los zapatos,
medidos a pies los rostros.

Cada cual tiene un capricho,
que defiende con encono;
y caprichos de mujeres
son humanos purgatorios.

Terpsícore la graciosa,
lengua larga y traje corto,
muy preciada de bolera,
se empeña en bailar el polo.

Dice que nubes y gasas,
pantorrillas y accesorios,
dando dinero al teatro,
quitan al hombre el meollo.

La alegre doña Talía
sostiene que gusta a todos,
traducida para unos,
y andaluza para otros;

que ya enriquece la lengua
con galicismos muy gordos,
o ya a fuerza de toreros
convierte en toril el foro.

La musa de las charangas,
organillos y piporros,
que hace ladrar a los perros
y dar saltos a los sordos;

la que a las chatas fregonas,
vulgo domésticos loros,
cobradoras de la sisa,
inspira *dolientes* tonos,

Doña Euterpe, quiere un traje,
que ha de cansarla muy pronto,
hecho de tela gitana
y de *vaudeville* los forros.

Con él compondrá zarzuelas,
que son, si no me equivoco,
tonadillas por buen nombre,
sainetes malos por otro.

Doña Clío está escribiendo
(porque aquí escribimos todos)
historias de diputados,
banqueros, grandes y cómicos.

Melpómene gime y llora
entre diez actos y un prólogo,
oliendo a sangre y puñales,
venenos y calabozos.

Dice que en traje andaluz
trocar quiso el manto propio,
y estaba como un *franchute*
que va de majo a los toros.

Doña Elocuencia Polimnia
nos hace hablar por los codos,
que charlatán y elocuente
se tienen hoy por sinónimos.

Doña Caliope, viuda
de militares heroicos,
está en las clases pasivas,
sufre mucho y come poco;
y cual pobre vergonzante
suele pedir un socorro,
tan triste y desfigurada,
que a veces no la conozco.

Erato, musa de amores,
zagales, prados y arroyos,
por acostarse con niños
salió cual sabéis vosotros.

Dió, por sus desgracia, numen
a comilones de fósforos,
pretendientes de sepulcros,
abrazos, duelos y robos:

a mocitos holgazanes
con un cerebro de Agosto,
que hacen versos a la muerte
y a las muchachas el oso.

Doña Urania la embustera,
musa de ciencias y astrólogos,
directora de compases,
niveles y microscopios,

anda en un ferro-carril
con diez pares de anteojos,
no perdiendo la esperanza
de ver volar el Eolo.—

Aquí llegaba Apolillo,
cuando creció el alboroto,
y oyó lo de: “a mucha honra”,
con el: “somos o no somos”.

Por poder ver sin ser visto,
se escondió detrás de un tronco,
palco que en tales funciones
para el dios era de abono.

Y alargando el *coram vobis*,
rió de gusto y de asombro
al ver un sol en el cielo
y en la tierra siete u ocho.

EDUARDO BUSTILLO

(1836 Madrid-1908)

73

COSAS DE FULANO

Es el tal un tal Bolinas
que presume de buen mozo
y, con canas en la barba,
se las echa de Tenorio.

De tierras del Mediodía
vino el galán pelitordo,
con los bolsillos vacíos
pero sin pelo de tonto.

No sabe ni tiene, y hace
de ciencia y dinero ahorros;
que ajenos chistes e ideas
nos los vende como propios;
y, en todas partes bullendo
y a caza siempre de momios,
donde a los ricos no explota
despluma a los ingeniosos.

Y como aquí no se mira
si lo que reluce es oro,
y a veces se abren las puertas
cuando hay que echar los cerrojos,
entró en la corte Bolinas
de lucir tan codicioso,
que, sin práctica en la barra,
dió a toda vela en el golfo.

En salones y casinos
causó al entrar tal asombro,
que, sin saberse su nombre,
ya se admiraba su arrojo;

y alguien que, más precavido,
pensó en oponerle estorbos,
dejóle pasar de largo
por miedo a *citarle corto*;

que, al fin, aunque malograda,
sin juicio contradictorio,
goza credencial de bravo
entre informes de gracioso.

Y aunque su bravura es farsa
que bien se pinta en su rostro,
y son sus gracias rapsodias
y sus donaires despojos,

pasan por buenos sus títulos,
que, entre platillos y bombos,
refrendaron los cobardes
y sancionan los ociosos.

Porque el bendito Bolinas
tiene una corte de bobos,
que aun de sus mismas miserias
cantan las glorias a coro.

Si una dama le sonrío,
él les guiña al punto el ojo,
como quien dice: "¡otra víctima!
¡apuntadla, maliciosos!"

Y así finge seducciones,
ingenio, y valor, y todo,
creyendo él mismo mentiras
que fragua para los otros.

¿Injuria envuelve o calumnia
su frase de jactancioso,
y halla en sus actos ofensa
o la honradez o el decoro?...

“¡Cosas de Bolinas!”—dicen
sus cortesanos en corro,
necios que hasta sus agravios
reciben como piropos.

Y aunque sobran los Bolinas
que campan aquí a su antojo,
ahí va el mío como vuestra:
caballeros: ¡*Ecce-Homo!*

EUSEBIO BLASCO

(1844 Zaragoza-1903)

74

* * *

A LUIS VIDART

Explicando una tarde anatomía
un sabio profesor,
del corazón a sus alumnos daba
perfecta descripción.
Anonadado por sus propias penas
la cátedra olvidó;
y a riesgo de que loco le creyeran,
con alterada voz:
“dicen, señores, exclamaba pálido,
que nadie consiguió
vivir sin esa víscera precisa.
¡Error, extraño error!

Hay un sér de mi sér, una hija mía
que ayer me abandonó;
¡las hijas que abandonan a sus padres
no tienen corazón!”

Un estudiante que del aula oscura
se oculta en un rincón,
mientras los otros asombrados oyen
tan público dolor,
sonriendo a un amigo y compañero
le dijo a media voz:
¡Piensa que a su hija el corazón le falta...
y es que le tengo yo!

JOAQUIN M. BARTRINA

(1850 Reus-1880)

75

FABULITA

Juan tenía un diamante de valía,
y por querer saber lo que tenía,
la química estudió, y ebrio, anhelante,
analizó el diamante.

Mas ¡oh! ¡qué horror!... Aquella joya bella,
lágrima al parecer de alguna estrella,
halló con rabia y con profundo encono
que era sólo un poquito de carbono...

Si quieres ser feliz, como me dices,
no analices, muchacho, ¡no analices!...

LA ULTIMA CUERDA

Cuatro cuerdas rompí de mi lira
hiriéndolas, lleno
del afán de volar y alejarme
del mundo y su cieno;

cual el ave que quiere ser libre
lanzando mil quejas
hiere, ciega de cólera, el áureo
metal de sus rejas.

Amo y sufro; la cuerda que sólo
le resta a mi lira,
de mi bien al oído no llega
por más que suspira.

A su arco ha de atarla Cupido:
la cuerda ya arranço...
mas tal vez al tenderla se rompa
sin dar en el blanco.

Si al extremo sutil de una caña
a atarla me atrevo
y mis sueños de amor y de gloria
coloco por cebo,

y a pescar voy la suerte en el mundo...
es fácil la pierda,
que es posible que un monstruo arrebate
el cebo y la cuerda.

¡Ah! ya sé... Si no alcanzo fortuna
ni es mía la bella,
a mi cuello la cuerda yo anudo
y me ahorco con ella.

77

A QUIEN YO SÉ

Me engañaste, y: “¡No has sido tú el primero!”,
dijeron mis amigos,
un tiempo de tus pérfidos engaños
víctimas o testigos.

No sé quién fué el primero, mas el último
sé que será un gusano:
buscará el corazón de tu cadáver,
y ha de buscarlo en vano.

78

ARABESCOS

Huele una rosa una mujer dichosa
y aspira los perfumes de la rosa.
La huele una infeliz
y se clava una espina en la nariz.

* * *

El que pierde a su padre
llora afligido,
el que pierde dinero
se pega un tiro.

MANUEL CURROS ENRIQUEZ

(1851 Celanova-1908)

79

EL ARBOL MALDITO

Me lo contó un piel-roja cazado en la Luisiana:
Cuando el Señor los bosques de América pobló,
dejó un espacio estéril en la extensión lozana,
y en ese espacio yermo, de arena seca y vana,
donde no nace el trébol ni crece la liana,
el diablo plantó su árbol y luego... descansó.

El suelo en que brotara, de savia y jugos falto,
que interiormente cruzan en direcciones mil
volcánicas corrientes de líquido basalto,
de su raíz opúsose al invasor asalto,
mientras su copa hiere, perdida allá en lo alto,
el rayo tempestuoso, colérico y hostil.

Así, por tierra y cielo sin tregua combatido,
el árbol sus antenas tendió en obscura red
por la ancha superficie del páramo abatido,
y allí donde el cadáver hallaba de un vencido,
de las salvajes hordas al ímpetu caído,
bebiéndole la sangre calmó su ardiente sed.

El llanto de las tribus guerreras, derrotadas,
nutrió su tronco débil prestándole vigor;
y en misteriosa química, las savias combinadas

de lágrimas y sangre por él asimiladas,
pobláronle de vástagos punzantes como espadas,
y de hojas le cubrieron de cárdeno color.

Sus ramas, por el viento de Septentrión mecidas,
sonaban tristemente con canto funeral
y, de la luna al beso lascivo estremecidas,
en flores reventaron que, al aire suspendidas,
vertían de sus cálices esencias corrompidas,
la atmósfera impregnando de un hálito mortal.

Leones y elefantes, su sombra pestilente
temiendo, nunca osaron llegar en torno de él:
sobre él desliza el ave sus alas raudamente,
torció el jaguar su senda, si le encontró de frente,
y el oso sibarita, que sus aromas siente,
contéplale de lejos, soñando con su miel.

Mas solamente grata la pulpa que destila
a insectos y reptiles, del silfo al caracol,
por ella, en torno al árbol, tenaz la mosca oscila,
la araña encuentra en ella las gomas con que hila,
y viene a saborearla, candente la pupila,
el saurio, que dilata sus vértebras al sol.

Por respirar sus densos efluvios penetrantes,
la víbora abandona su rústico dosel;
sus pútridos pantanos los cínifes vibrantes,
sus hoyos las serpientes de escamas repugnantes,
sus matas las luciérnagas polícromo-cambiantes,
su hogar la salamandra de jaspeada piel;

la oruga su capullo, que rompe con trabajo,
su celda arquitectónica la abeja monacal,
su limo la babosa perdida en el atajo,
su lecho de detritus el sucio escarabajo,
su llano la langosta, su charca el renacuajo,
su huevo el infusorio, la larva su cendal.

Y de esa fauna exótica la multitud bravía,
de entrambos hemisferios monstruosa producción,
se cobijaba al árbol o nido en él hacía,
en tanto que en su fronda magnífica y sombría
los genios de los bosques, al fenecer el día,
celebran conciliábulos de muerte y destrucción.

FEDERICO BALART

(1831 Pliego-1905)

80

PRIMER LAMENTO

¡No puedo más! El llanto reprimido
ya hirviendo me sofoca:
Cuatro meses la queja he contenido,
con el puño en la boca.

¡No puedo más! Perdona, Dios clemente,
perdona si te agravio
rompiendo al fin los diques al torrente
que rebosa en mi labio.

Gimiendo me sorprende la mañana;
gimiendo paso el día:
en sólo un pensamiento ¡oh Dios! se afana
tenaz el alma mía.

Entre oscuros cipreses ven las aves
una tumba ignorada:
para dos fué labrada—¡tú lo sabes!—
¡para dos fué labrada!

Aún la mitad, Señor, está vacía,
y un cadáver me espera:
¡logre, logre su ansiada compañía
mi pobre compañera!

Cuando en la triste noche el viento azota
los árboles desnudos,
y la lluvia desciente gota a gota
sobre los campos mudos,

allá vuela mi mente enamorada,
allá vuela afanosa,
buscando a la que sola y olvidada
bajo el mármol reposa.

Desde que ella partió, sordo mi oído,
ciegos están mis ojos,
y mi lecho, que ayer de amor fué nido,
ya es tálamo de abrojos.

¡No puedo más, Señor! Niebla sombría
me impide verla y verte.

Manda un rayo de luz a mi agonía,
¡y venga en él la muerte!

La muerte, sí, la muerte es mi esperanza,
la muerte redentora
que esta tormenta tornará en bonanza,
y esta noche en aurora.

¡Misericordia, oh Dios! ¡Cese esta guerra,
cese este ardiente anhelo;
que me aguarda un cadáver en la tierra
y un ánima en el cielo!

JOSE ESTREMERÁ

(1852 Lérida-1895)

81

¡VICTORIA!

I

—Tranquilo ve, mi hermoso caballero;
vence, humilla, derrota al moro fiero,
que, pues vas a la guerra, yo deploro
no poder ir contigo contra el moro.
Pero... sí, que mudando nombre y traje,
a tu lado estaré: seré tu paje.
Es vano que te opongas; yo te sigo,
para, si has de morir, morir contigo;
y por si tienes de vencer la gloria,
a tu lado gozar de la victoria.

I I

—Ya sé, moro traidor, mi triste suerte.
En tu poder estoy, dame la muerte.
Matarme, a tu valor será un ultraje:
¡gran victoria es vencer a un pobre paje!
—Paje, no tal, hermosa castellana.
—¡Qué!

—Te he visto bañarte esta mañana,
y eres ¡fingido paje! una doncella,
y me has enamorado por lo bella.
Si lograra gozar de tus favores,
fueran tus castellanos vencedores,
porque yo con mis huestes, niña hermosa,
emprendiera una fuga vergonzosa;
mas, logrando tu amor, niña hechicera,
¡que me juzgue la historia como quiera!

I I I

Clarines y anafiles y atabales
hacen en la ciudad salva y señales
de que viene el ejército cristiano
victorioso del fiero mahometano.
Vedlos; se acercan ya. Viene el primero
con su paje el hermoso caballero,
coronado de lauros y de gloria,
tremolando el pendón de la victoria.

VITAL AZA

(1851 Pola de Lena-1912)

82

¡CÓMO CAMBIAN LOS TIEMPOS!

Cuando de niño empecé
a darme a la poesía,
tan en serio lo tomé,
que sólo en serio escribía.

Romántico exagerado,
era lo triste mi fuerte.
¡Válgame Dios! ¡Le he soltado
cada soneto *A la muerte!*

La fatalidad, el sino,
el hado, la parca fiera,
el arroyo cristalino
y la tórtola parlera...

Todo junto le servía
a mi necia inspiración
para hacer una elegía
que partía el corazón.

No hubo desgracia ni duelo
que en verso no describiera...
¡Si estaba pidiendo al cielo
que la gente se muriera!

¿Que airado el mar se tragaba
la barca de un pescador?
Pues yo en mi lira lanzaba
los lamentos de dolor.

¿Que un amigo se moría,
viejo o joven, listo o zafio?
Pues ¡zas! al siguiente día
publicaba su epitafio.

¿Que una madre acongojada
gemía en llanto deshecha?

¿Que por una granizada
se perdía la cosecha?

Pues yo enjugaba aquel llanto
en versos de arte mayor,
y maldecía en un *Canto*
al *Granizo destructor*.

Escéptico y pesimista,
¡me hacía unas reflexiones!...
Sirva de ejemplo esta lista
de varias composiciones:

Ludibrio. Dios iracundo.

Profanación y adulterio.

Los desengaños del mundo.

El ciprés del cementerio.

Pues ¿y una composición
en que, imitando a otros vates,
con la mejor intención
decía estos disparates?

“¡Ay! El mundo en su falsía
”aumentará mi delito,
”vertiendo en el alma mía
”la duda de lo infinito.

Triste, errante y moribundo,
”sigo el ignoto sendero,
”sin encontrar en el mundo
”un amigo verdadero.

"¡Todo es falsedad, mentira!

"¡En vano busco la calma!

"¡Son las cuerdas de mi lira

"sensibles fibras del alma!

"El mundo, en su loco anhelo,

"me empuja hacia el hondo abismo.

"¡Dudo de Dios y del cielo,

"y hasta dudo de mí mismo!

"¡Esta existencia me hastía!

"¡Nada en el mundo es verdad!"

.....

¡Y todo esto lo decía

a los quince años de edad!

Francamente, yo no sé
cómo algún lector sensato
no me pegó un puntapié
por necio y por mentecato.

Por fortuna ya no siento
aquellas melancolías,
ni doy a nadie tormento
con vanas filosofías.

Ya no me meto en honduras,
ni hablo de llantos y penas,
ni canto mis amarguras
ni las desdichas ajenas.

He cambiado de tal modo,
que soy otro diferente;
pues hoy me río de todo,
¡y me va perfectamente!

TIO Y SOBRINO

I

 Mi querido sobrino:
Acabo de saber, con gran sorpresa,
que estás para casarte con Teresa,
la sobrina del juez de Pumarino.
Tú sabes demasiado
que el Otoño pasado,
ese juez, que es un tío muy grosero,
me condenó a pagar aquel dinero
que yo desde el ochenta le debía
a don José María,
el dueño del molino del Otero.
Sabes perfectamente
lo que entonces de mí dijo la gente,
hasta el punto, sobrino,
de obligarme a marchar de Pumarino
por no sufrir las muchas cuchufletas
del dueño del molino,
que me sacó las cuatro mil pesetas.
¡Todo eso me ha pasado!
Ya comprendes que el juez me ha reventado,
y debes comprender de igual manera
que tu boda me altera;
pues no es justo, hijo mío,
que vayas a elegir por compañera
a la fea sobrina de ese tío.
¡Desiste de esa boda! Yo lo quiero,
¡pues tú me has de heredar al fin y al cabo!

Mas si no me obedeces, como espero,
no pienses en llamarte mi heredero,
¡porque yo no te dejo ni un ochavo!
Sabes que en tus apuros de estudiante
yo te tendí la mano generoso.
Conque lo dicho, dicho, ¡y es bastante!
Tu tío,

Sinforoso".

II

"Mi respetable tío: Hace un momento
que recibí su carta, con sorpresa,
y le aseguro que en el alma siento
que se oponga a mi boda con Teresa.
Me dice usted, airado,
que es sobrina del juez que le ha encausado.
¿Tiene ella alguna culpa? ¡Quia! ¡Maldita!
¿Qué culpa ha de tener la pobrecita,
si no se mete en cosas del Juzgado?
¿Seré yo, por ventura,
culpable de esa falta? ¡Qué locura!
Si usted, como debía,
hubiera antes pagado ese dinero
a don José María,
el dueño del molino del Otero,
ni el señor juez le hubiera condenado,
ni nada hubiera dicho el del molino,
ni usted se hubiera visto precisado
a tener que salir de Pumarino...
¡Esta es la verdad pura!

¿Le parece a usted feo—¡ya lo creo!—
que emplee con mi tío esta frescura?
También a mí me ha parecido feo
el que llame usted fea a mi futura.
¡Llamar fea—¡gran Dios!—a la sobrina
del juez de Pumarino! ¡Quién creyera!...
El juez será lo feo que usted quiera...
¿pero lo que es Teresa?... ¡Si es divina!
Y, aunque no sea hermosa,
a mí me lo parece, y eso basta,
y he de hacerla mi esposa,
por más que usted reniegue de mi casta.
¿Que usted me ha socorrido en mis apuros?
¡No me venga, por Dios, con chanzonetas!
Sólo una vez necesité cien duros,
y usted sólo me dió... ¡cuatro pesetas!
¡El único favor que me ha otorgado!
Favor al que deseo
corresponder como sobrino honrado.
Aprovecho gustoso este correo,
y adjuntas van en sellos de franqueo
esas cuatro pesetas que me ha dado.
¿Que usted me deshereda? ¡Pues, corriente!
En cambio, heredo al juez, y no me pesa;
porque, tío por tío, francamente,
me quedo con el tío de Teresa.
Si juzga usted mi epístola insultante,
usted la culpa se la tiene solo...
Conque lo dicho, dicho, ¡y es bastante!
Su sobrino,

Manolo".

MIGUEL COSTA Y LLOBERA

(1854 Pollensa-1922)

84

ADIOS A ITALIA

(Navegando por el Golfo de Génova)

En la brilla lejana va esfumándose
cual leve niebla la ciudad marmórea,
y el encantado litoral Ligúrico
se pierde en vagos ópalos.

Ya en la azul vaguedad supremas cúspides
vense tan sólo por la nieve cándidas,
como blancos cendales con que el último
lejano adiós prolóngase.

¡Adiós, Italia, adiós! Desde tus márgenes
ni un suspiro me sigue, ni una lágrima;
mas al dejarte, los afectos íntimos
vibrar siento en el ánimo.

Huellas no dejo en ti; mas en mí déjalas
hondas tu numen, y doquier la ráfaga
me lleve del destino, allí tus pléyades
veré de gloria fúlgidas.

Por tus ciudades, peregrino incógnito,
solitario pasé. Mi oculta cítara
sólo confió sus notas al olímpico
silencio de tus mármoles.

Ante el sepulcro de Virgilio, pródiga
de luz y encantos, me hechizó Parténope;

y al cráter me asomé, y vi a la víctima
Pompeya abrir su túmulo.

Contóme grave su leyenda mística
Umbria la verde, al pie de sus acrópolis;
y allá me embelesó Florencia plácida
entre olivares áticos.

Bañé en serenidad paradisíaca,
el alma absorta sobre el Lario límpido;
y a Milán acaté, que al llano Insúbrico
muestra sus cien pináculos.

En la docta penumbra de sus pórticos
acogióme Felsina; y la Adriática
reina oriental me reveló poéticos
arcanos en su góndola.

Ya por un lustro en su recinto clásico
Roma la grande dilató mi espíritu,
y en la suprema universal Basílica
ciñóme el sacro cingulo.

¡Adiós, Italia, adiós! Desde tus márgenes
ni un suspiro me sigue, ni una lágrima;
mas al dejarte, los afectos íntimos
vibrar siento en mi ánimo.

Palenque de la historia, alta metrópoli
de la cultura y de la fe, prolífica
madre de genios, por el arte espléndida,
salud ¡oh tierra itálica!

Reina del gran destino, nunca apóstata
reniegues de la Cruz, que un día fúlgida
consagró para siempre con el lábaro
tu frente sibilítica.

JUAN ALCOVER

(1854 Palma de Mallorca-1926)

85

SED

Es de noche. Israel tiende su hueste
en Odollam agreste.

David en la caverna se encastilla;
la flor de sus guerreros le rodea,
y por el ancho Raphaim acampa
la hueste filistea.

Al otro lado, Bethlehém, vigila;
su muro se perfila
coronado de arqueros enemigos;
y el fresco aliento de su gola abierta
ofrece la cisterna, junto al hueco
de la murada puerta.

Codiciando, sin sueño ni reposo,
el líquido precioso,
David tenía sed.—¡Ah, quién me diera
sólo un sorbo del agua betlemita,
para templar el hálito de fuego
que mi garganta irrita!—

En medio de la flor de sus valientes,
descuellan, eminentes,
Sema, Jesbánm y Eleazar. Se miran,

y, velando su oculto pensamiento,
cruzan, entre las tiendas enemigas,
el vasto campamento.

Saltan reflejos pálidos, fugaces
de las revueltas haces;
y sienten, al pasar, sordo crujido
de quijadas que rumian o degluten,
y las voces de alerta que a lo largo
del valle repercuten.

Llegan a la cisterna. Ven echados
en tierra tres soldados.
El uno duerme en posición supina,
el otro palpa el puño del acero,
el otro a las imágenes sonrío
de un sueño lisonjero.

—Tres para tres—Eleazar murmura;
entre la sombra oscura,
sin que exhalen un grito, los degüellan;
y en la cisterna, al pórtico vecina,
los héroes de David llenan el casco
del agua cristalina.

De nuevo emprenden a la fuerte gruta
la temeraria ruta;
y al trasponer los términos del valle,
suenan voces, tañidos de trompetas,
y en torno de sus cráneos indefensos,
silbidos de saetas.

A la presencia de su Rey sediento
llegan en salvamento,
y le ofrecen el agua que en el casco
brilla al reflejo de la luz nocturna.
Respóndeles David y el casco toma
como sagrada urna.

"Mal hice en revelar un vil deseo.
Al odio filisteo
expuse las columnas de mi trono,
el precioso licor de vuestras venas,
que apetece la chusma incircuncisa
con avidez de hienas.

"Suave es el olor del incensario,
suave, en el santuario,
el humo de las víctimas ardientes;
empero más suave es el perfume
del deseo que a Dios sacrificamos
y oculto se consume.

"Gloria al Dios de Israel que os vuelve ilesos.
Si como ardor de huesos
me abrasara la sed, no bebería.
También está sediento el pueblo mío.
¿Por qué yo solo regalar mi boca
en el fresco rocío?

"Sabor de vuestra sangre, oh mis leales,
hallara en sus raudales
mi labio pecador"... Dice el caudillo,

alza los ojos de vidente al cielo,
y en libación pacífica derrama
el agua por el suelo.

MANUEL REINA
(1856 Puente Genil-1905)

86

LA LIRA DE VIRGILIO

I

Hoy en el sacro monte hay más raudales,
más arpegios y aromas;
y en el aire, a los rayos matinales,
esplende una bandada de palomas,
como un hilo de perlas orientales.

II

Muestran sus frescos labios sonrientes
las rosas de escarlata;
y, al pasar, con sus alas relucientes,
abre en el claro espejo de las fuentes
la golondrina azul surcos de plata.

III

A la sombra de acacia desbordante
de hermosa florescencia,

duerme un joven de pálido semblante,
cuya frente corona el centellante
resplandor de la alegre adolescencia.

IV

Es el sublime ruiñeñor mantuano
que en venturoso día
ha de cantar, con estro soberano,
las hazañas del Príncipe troyano,
los campos y su rústica armonía.

V

Evocará a las ninfas y a las hadas;
y, rey de los poetas,
legará a las naciones admiradas
sus radiantes estrofas, perfumadas
con claveles, jazmines y violetas.

VI

De límpida cascada rumorosa
el velo de colores
rásgase, y surge peregrina diosa
con rubia cabellera luminosa
que baña el verde bosque en esplendores.

VII

La deidad, cuyas formas deslumbrantes
las ondas han ceñido

con una red de nítidos brillantes,
posa en la frente del garzón dormido
sus amorosos labios palpitantes.

VIII

Despiértase el mancebo, y corre en vano
tras la ninfa hechicera,
que huye veloz por el florido llano;
mas logra arrebatarse su ansiosa mano
hilos de su dorada cabellera.

IX

Y a dos ramos cubiertas de fragantes
rosas de nieve y grana,
ata el joven las hebras fulgurantes,
que vibran como cuerdas resonantes...
¡Y aparece la lira virgiliana!

87

CANCION ARABE

A Rafael Reina.

Lejos está la hermosa de la gentil garganta
y de ojos centelleantes.
Corcel, vuela conmigo; condúceme a su planta;
por *ella* te he comprado la peregrina manta
de raso y de brillantes.

Por ella de preciosos regalos te he colmado
que valen un tesoro;
tus bridas son de plata; tu silla, de brocado,
y en tus ijares nunca tu dueño te ha clavado
el espolín de oro.

—

Por *ella* están tus crines rizadas y sedosas,
y brilla tu herradura,
y está por manos hábiles, en sedas muy lujosas,
bordada de guirnaldas, de pájaros y rosas,
tu espléndida montura.

—

Por *ella* todo el mundo te admira y te decanta;
por *ella* soy tu amigo;
corcel, corcel ligero, condúceme a su planta;
por *ella* te he comprado tu peregrina manta.
¡Corcel, vuela conmigo!

88

LA MUERTE DE JUAN BORGIA

I

Roma venal, la impúdica bacante
del oro, del placer y las espadas,
en cena bulliciosa y deslumbrante,
rompe en cantos de amor y carcajadas.

Todo lleno de rosas y frescura,
un jardín, escenario es de la orgía,

donde estalla triunfante la locura
abrazando a la erótica poesía.

En las miradas báquicos destellos
y mieles en los labios decidores,
a Juan y a César Borgia, hermanos bellos,
allí el deleite cúbrelos de flores.

Brilla cerca de Juan—doncel riente
que viste seda, púrpura y brocado—
César, el gran traidor resplandeciente
como un puñal de perlas recamado.

Con estrépido y pompa soberana
celebran, delirantes de alegría,
César su legación napolitana;
Juan su rico ducado de Gandía.

Es César Borgia rutilante nido
en que acecha voraz cuervo insaciable;
jubón de seda y oro entretejido,
que encubre a una coraza impenetrable....

Azules y argentados son sus ojos
como las estivales noches puras,
y elocuentes sus finos labios rojos
de los besos de amantes hermosuras.

Su seductor olímpico semblante
disfrazado, con sonrisas luminosas,
un corazón más duro que el diamante,
donde rugen tragedias espantosas.

Tranquila surca el festival espacio
su pupila, que hermosa resplandece;
en su pecho, un magnífico topacio
como el ojo de un tigre fosforece.

Aureas blondas y encajes carmesíes
su atlética figura enseñorean,
y luce gran cadena de rubíes
que cual gotas de sangre centellean.

¡César Borgia satánico!, alma fría
más que el granizo y, como el bronce, fuerte;
antro por donde pasa la sombría
ronda de los espectos de la muerte,

discurre en su interior: "Si no alentara
mi hermano, valladar de mi carrera,
al favor de la omnímoda tiara,
¡sobre imperios flotara mi bandera!..."

De flautas y violines amplio coro
estremece, en la cena, los sentidos...
Bébase allí el Falerno en copas de oro,
donde se ven combates esculpidos...

Cien antorchas prodigan sus fulgores,
cual rubias cabelleras desatadas,
y rectos cristalinos surtidores
relumbran, en la noche, como espadas

.....

I I

Roma duerme. Siniestro y quejumbroso
reloj en vieja torre da la una.
Se arrastra brillador y misterioso
el Tíber, al reflejo de la luna.

Hábil jinete, de antifaz cubierto,
en un caballo de pujante brío,
lleva sobre el arzón a un hombre muerto,
que hunde en las aguas del famoso río.

El cadáver, ceñido de esplendente
traje de seda, púrpura y brocado,
mostraba audaz y tétrica la frente
y un cuerpo juvenil apuñalado.

Aureas blondas y encajes carmesíes
al jinete fatal enseñorean,
quien luce gran cadena de rubíes
que, cual gotas de sangre, centellean.

Vibra a lo lejos dulce serenata...
La luna, en su radioso poderío,
semeja un puente de bruñida plata
sobre las ondas pérfidas del río.

RICARDO GIL

(1855 Murcia-1907)

89

AGUAFUERTE

Las campanas tañidas por el viento
en la medrosa noche clamorean
con notas destempladas.

Cada vez que las ráfagas heladas
aullando por los claustros culebream,
reviven un momento
del hornillo las brasas moribundas:
y enrojecen la celda, con profundas
pausas de oscuridad, las llamaradas.

Centellean entonces, apiñadas
en las tablas pendientes de los muros,
retortas y vasijas numerosas
de hechuras caprichosas
e ignorado destino;
y ruedan por la mesa, mal seguros,
con los haces de hierbas prodigiosas,
los rollos de mugriento pergamino
lentos de ensalmos, cifras y conjuros.

Vuelve a la sombra todo. Solamente
junto a la boca del hornillo ardiente,
de las vivaces ascuas al reflejo
cálido y oscilante,

se destaca el semblante
del fraile gris enflaquecido y viejo.
Diríase que duerme, pues sus flojos
miembros con indolencia se desploman
en ancho sitial; pero a sus ojos,
en la penumbra de la cuenca hundidos,
de vez en cuando asoman
resplandores extraños,
y de sus labios secos y fruncidos
brota sordo murmullo.

Muchos años

ardió el voraz hornillo noche y día
esparciendo en redor negros vapores
cuyos acres olores
se aspiran en la celda todavía;
y con tenaz empeño
alimentado fué... ¿Qué audaz ensueño
perseguido al través de bruma vaga
torcer al sabio en su camino pudo,
para que vea indiferente y mudo
cómo el hogar generador se apaga?

En el cráneo desnudo
del fraile, barrenado por la idea,
el vivo incendio arroja
movible mancha roja
como sudor de sangre que gotea...
¿En él qué latirá...? Cábala hebrea
acaricia tal vez, de la que pende
prolongar el milagro de la vida...
Quizás, en su memoria adormecida

repasando el hermético tesoro
de signos y de fórmulas, pretende
cristalizar la luz en cubos de oro.

En su abstracción, acaso,
acecha en infinitas soledades,
de los planetas el solemne paso,
sorprende conjunciones y ve luego
en curvas enigmáticas de fuego
escrito el porvenir de las Edades.
Parecen despertar fuerzas que duermen
bajo su cráneo y fermentar el germen
de algo que, con grandeza soberana,
su nombre hará brillar en lo futuro:
de algo que importa a la ventura humana.

Como de vivas inquietudes presa,
sus temblorosas manos, en lo oscuro,
extiende el fraile gris hacia la mesa:
descubriendo temor y sobresalto,
palpando va con torpe movimiento
heterogéneas cosas hacinadas
sobre la tabla...

Mientras, en lo alto,
las campanas tañidas por el viento
clamorean con voces destempladas
de la medrosa noche en la negrura...
y en los claustros las ráfagas heladas
aúllan como hienas congregadas
en torno de reciente sepultura...

Encuentra, al fin, lo que buscó anheloso.
A su rostro arrugado y descompuesto
de horrible lucha asoman las señales:
vacilando medita;
pero vence un afán que misterioso
en sus ojos palpita,
y negros polvos de poder funesto,
con espantado gesto,
va mezclando en porciones desiguales
en un roto crisol que luego agita...
En él arroja brasa moribunda...

Con súbita explosión la estancia inunda
purpúrea claridad... Todo aparece
bañado en sangre; todo se estremece...

Y cruzan a legiones,
por el ambiente aquel ensangrentado,
sombras indefinibles
que, al pasar con violentas convulsiones,
dejan en pos gemido prolongado.

.....

Más que nunca profundas y terribles
son las tinieblas. En el suelo inerte
yace el fraile tendido
e inclinada hacia él, sobre su oído,
—¡Gracias!...—dice la Muerte.

EL CONVIDADO DE PIEDRA

Vuestro vino apurad... Aún no ha llegado
ese huésped funesto.
Bebed... Pronto en la mesa el convidado
reclamará su puesto.

Estalle la canción, la loca risa
de notas prolongadas;
cantad, reíd, pero reíd aprisa...
¿No escucháis sus pisadas?...

De esas flores que aún viven el aroma
gocemos un instante,
un instante no más, mientras asoma
su pálido semblante

Los tiernos madrigales al oído
y el chispeante cuento
abreviad... Ya las puertas han crujido
del próximo aposento.

Laura, guardemos para ser felices
la sed no satisfecha.
Déjame, que al través de esos tapices
ya quizá nos acecha...

Me escucháis con burlona carcajada;
despreciáis mis temores,

y decís que defienden esa entrada
leales servidores.

¡Temeraria ilusión! A pesar vuestro
nunca estaréis seguros.
No hay festín sin el huésped que siniestro
se filtra por los muros.

Mirad... Las flores que la mesa adornan
se mustian lentamente...
Ya no reís... Los párpados se entornan
con languidez creciente.

De la canción los sonos apagados
vago sollozo imitan...
Los labios pierden su carmín, y, helados,
al beso ya no incitan.

No brotan ya del vaso cristalino
rosadas embriagueces...
El ánfora se agota: toma el vino
el sabor de las heces.

El narrador a terminar renuncia
la historia comenzada...
Las luces palidecen... Todo anuncia
del huésped la llegada.

En nuestros corazones esta sombra
del salón se condensa.
¡Vano placer! Mi labio ya te nombra
con repugnancia inmensa.

Y si aún tu nombre en el salón oscuro
disipa torvos ceños,
es pensando en aquel eterno y puro
que se adivina en sueños...

El placer por la tierra va de paso,
y el alma lo destruye
si lo detiene. ¿Detendréis acaso
rayo de luz que huye?

Como la noche tras la luz se lanza
en eterno viaje,
sobre las huellas del placer avanza
siniestro personaje.

Se enlazan como el eco y el sonido
en su volar ligero...
El placer va de paso y perseguido
por triste compañero.

Siempre acude a la cita el convidado:
jamás faltó a ninguna.
¿Oís? Es el rumor acompasado
de su planta importuna.

Por vez postrera nuestras copas llenen
con la turbia ambrosía,
¡Levantadlas! Que brillen y que suenen
chocando con la mía.

A ese huésped tiránico y sañudo
hagamos los honores.

No negaban al César su saludo
los fuertes gladiadores.

¡Brindemos con el vino emponzoñado
que nuestra copa encierra:
brindemos, sí, por el placer soñado
que no muere en la tierra!...

.....

El huésped aparece... Todo acaba...
Oscuridad y frío,
y sueño, mucho sueño... Te esperaba...
Ya te conozco: ¡Hastío!

91

EL SECRETO

¡El príncipe se muere!... repiten con tristeza
los sabios que, reunidos en numeroso bando,
parar en vano intentan el golpe que le hiera.
Y, en torno de la cuna dorada de su Alteza,
sus venerables calvas agrupan murmurando:
—¿Pero de qué se muere?...

Ya va la triste nueva rodando por las calles:
las puertas del alcázar con su oleaje azota
durante noche y día el bullidor gentío.
Ya surca la noticia los montes y los valles,
y las fronteras salta, y adonde llega brota
confuso vocerío...

Los hombres de gobierno se encierran y meditan...
Se dice que en palacio fermentan ambiciones...
Inspiran los cuarteles recelos angustiosos...
Las turbas en la sombra se espesan y se agitan...
Y cambian incesantes despachos las naciones
con signos misteriosos.

De mano en mano vuelan papeles codiciados,
impresos ya con tinta que humea de candente.
Pasando van las horas y la ansiedad aumenta.
Peroran en los corros tribunos inspirados.
Se aspiran, pavorosos, en el cargado ambiente,
efluvios de tormenta.

¡El príncipe se muere! Las madres con cariño
inútilmente rezan: la ciencia no lo salva:
el cónclave de sabios discute en vano inquieto.
¿Pero de qué se muere? junto al augusto niño
murmuran... ¡Oh, doctores de venerable calva!
Yo estoy en el secreto.

Yo estoy en el secreto del ángel que nos deja...
En hora ingrata al mundo lo trajo la Fortuna.
Por darle la existencia su madre la perdía...
Nació enfermizo, débil: desgarradora queja
su corta vida ha sido: la blasonada cuna
no pudo hallar más fría.

De la lujosa cámara los muebles deslumbrantes,
las lunas de Venecia, los frescos brilladores,
los uniformes varios, azules, verdes, rojos,

los múltiples juguetes tan lindos e incitantes,
jamás del niño enfermo lograron, tentadores,
hacer abrir los ojos.

Pero cuando en la tarde rodaba por la alfombra
junto al balcón diáfano su cuna cincelada,
quedaba el ángel presa de una emoción diviná:
en un jirón de cielo, entre azulada sombra,
veía el niño en éxtasis nacer la plateada
estrella vespertina.

Los ojos muy abiertos, los puños muy cerrados,
los brazos extendidos con ademán violento,
decía en su lenguaje:—¡Señor, dame la estrella!...
Sus ruegos fueron muchos, sus gritos prolongados,
y Dios, que al fin es Padre, con bondadoso acento,
le dijo:—Ven por ella...

Yo estoy en el secreto; por eso, indiferente,
no inclino mis oídos al clamoroso estruendo
de la ambición mezclada con el temor cobarde,
y pienso en la alegría del ángel inocente
que al fin abre sus alas y busca sonriendo
por el azul espacio la estrella de la tarde.

SALVADOR RUEDA

(1861 Benaque-1933)

92

EL PUENTE COLGANTE

Fué en sueños. Era un puente magnífico y col-
[gante,
que sobre el haz amplísimo del agua hecha serpien-
tendía en línea enorme su comba emocionante [tes,
hecha con cuerdas bárbaras de hierros resistentes.

Suspensas en los aires, tramaban vigorosas
con firmes barandales, y cruces, y tejidos,
el gran columpio trágico de bases poderosas,
a las que en mil cadenas quedábase prendido.

Haciéndose jirones el viento atravesaba
las láminas de hierro prendidas en encaje,
y el puente, o arpa, o lira, rotundo preludiaba
un canto prodigioso de un ímpetu salvaje.

Por medio de pagodas, palacios, templos, vías,
abríase en dos márgenes el gran río sonoro,
formando dos ciudades de agudas cresterías
que el Sol empavonaba cual dos ciudades de oro.

Volvían los ejércitos trayendo en las espadas
chispazos victoriosos y luces altaneras,
insignias con laureles de triunfo coronadas
y un haz grandioso y libre de ingravidas banderas.

Llenaban los espacios las bandas que tejían con notas de entusiasmo motivos militares, y en regios miradores, flotando, parecían los miles de pañuelos hervores de los mares.

Entraban en el puente garridos batallones, bizarras compañías, compactos regimientos, y la tremenda comba de férreos eslabones cual mecedor de cíclopes cimbrábase en los vientos.

Y aquella hamaca horrísona de tramos vigorosos, todo un glorioso ejército de punta a punta alzaba, y como en cuna enorme o en lecho de colosos, cien mil hombres a un tiempo prendía y columpiaba.

Cual una gran serpiente, abajo el torvo río la presa del ejército miraba resbalando, como una aciaga boa de inmenso poderío que bajo el Sol se extiende la víctima acechando.

Pasaban las banderas del plomo desgarradas, los trajes hechos trizas, bollados los cañones, las caras y las manos de rojo ensangrentadas, las bocas denegridas por ciegas maldiciones.

Ahítos de saqueo, ya un templo profanaron, ya de impecables vírgenes hirieron el decoro, de ancianos y de niños los cuellos cercenaron, y el himno de la muerte sonó cual ebrio coro.

Pasaban entre vivas y ráfagas de gloria, borrachos de ignominias como un tropel de males,

¡porque eso es un ejército que alumbra la victoria:
una infinita cuerda de atroces criminales!

Y sobre aquel desfile de bestias embriagadas
con sangre del vencido, caían a torrentes
laureles y palomas de plumas no manchadas;
para las armas, rosas, y luz para las frentes.

¡Cuándo alzará un patíbulo tu mano justiciera,
¡oh, Dios!, tan grande y amplio que en él penetre a
[mares
todo un triunfal ejército que estrangulado muera
en un dogal que abarque los cuellos por millares!

El torvo río acecha cual boa al Sol tendida,
como serpiente enorme de anillos fabulosos,
mientras la hamaca inmensa se comba sacudida
por el tropel de invictos soldados victoriosos.

Verdoso eriza el río sus trémulas escamas,
se anilla y desenrosca lo mismo que en un juego,
y desencaja horrible su gran ojo de llamas
que el Sol finge en su fondo como un disco de fuego.

De pronto, cruje el recio columpio en las alturas,
se rompe la gran comba de láminas fatales,
y entre el zumbido inmenso de un mundo de locuras,
saltan, rasgando el cielo, los férreos barandales.

Y la balumba ciega de espantos y de horrores
baja a la Boa bíblica, que la sepulta horrenda,

en tanto puñalean los vientos los clamores
y el suelo cruje y zumba con la emoción tremenda.

.....

¡Oh, río de venganzas, que truecas las fortunas;
ahoga los ejércitos triunfantes, y vencidos;
forma de las espadas ruedas para las cunas,
saca de los cañones calor para los nidos!

Cruza de las Naciones las rígidas barreras
en el zig-zag sublime que entre los hombres trazas,
y escupe, arrolla y rompe los miles de banderas
que son deshonra y reto que arrójanse las razas.

93

EL DESHIELO

Besa el sol la cresta de inmutable nieve
y entre sus aristas su calor derrama
como un llamamiento dulcísimo y leve
que hace al blanco hielo la voz de la llama.

Y el témpano mudo prosigue su sueño
bajo la luz rubia del sol que lo toca
y que a cada día renueva su empeño
de poner encima del hielo la boca.

“¡Resucita!, dice la llama vibrando;
soy la voz sublime de la Primavera
que senos de flores va desabrochando
y tiende una pascua de luz pór la esfera.

Vitrina de hielo formada de gotas;
sepulcro, estremece tu vidrio sonoro;
y cante a la vida tu seno hecho notas
igual que un divino salterio de oro.

Desrízate, rompe tu lírico encanto
que duerme en agujas de fríos cristales,
y rueda en rosarios de perlas tu canto
desde tus latentes entrañas glaciales.

Abajo os esperan las siembras hermosas;
bajad, libres aguas, en mágico riego;
¡en nombre del canto, de Dios y las rosas,
yo, el Sol, os convoco con labios de fuego!"

Así canta al hielo la luz matutina
llamando a su interno cristal incoloro;
así dice al hielo la llama divina
poniendo en el tímpano los labios de oro.

Y como en el seno de virgen, exhala
la voz que lo adora pasión que enardece,
hasta que de fuego lo infiltra y recalca,
y al fin sollozando de amor lo estremece,

así inunda al hielo que mudo dormita
la luz inefable del Sol cada aurora,
y a su apasionada dulzura infinita
el tímpano duro conmuévase y llora.

Primero percibe gozoso el oído
un claro murmurio de lluvia ligera,
cual si en las entrañas de hielo tupido
sonara la risa de la Primavera.

Después, de las gotas percíbese el coro
en entrecortados suspiros de llanto,
y fingen sus voces campanas de oro
que en un *resurrexit* combinan su canto.

Organo, arpa, tímpano de hielo latente;
ya tus cuerdas blancas de agujas polares
las cambia armonioso tu seno riente
por cuerdas doradas de rayos solares.

Vierte tu tesoro de impulsos guardados
en la ansiosa tierra de fondo sediento,
y baje y comulgue de amor los sembrados
tu pan de armonías que es pan de sustento.

En el ancho surco que el sol ilumina
escancia tus jugos cual ánfora agreste,
y aumente tu brío la magia divina
que alumbra la tierra cual llama celeste.

Recubre las ramas con un manto egregio;
abre yemas, flores, al son de tu salmo;
llama a las crisálidas como un sortilegio
y di tus palabras de clave y de ensalmo.

Y tú, pluma, lira de eterna frescura;
riegue tu bautismo la esfera encendida,
unge tierra y cielo de santa hermosura,
¡y para las almas, sé Pascua florida!

LOS PAVOS REALES

Cuando vuelvo cantando de los trigales,
ya al morir entre púrpuras el sol caído,
en medio del paisaje hieren mi oído
con su grito estridente los pavos reales.

Me escondo tras las ramas de los frutales
y al ave egregia acecho sin hacer ruido,
y miro los colores de su vestido
y su moño de breves flechas triunfales.

Repitiendo su canto que el aire aleja,
hace el amor en torno de su pareja
y alza la cola augusta de hebras lustrosas.

Y a los ojos abriendo sus galas sumas,
deja brillar cien rosas sobre cien plumas,
y cien iris prendidos a las cien rosas.

95

LA CARRERA DE ARBOLES

Se oyó un hondo zumbido de bosques agitados,
volvió la muchedumbre los ojos con pavura,
y viéronse los árboles venir arrebatados
en una apocalíptica carrera de locura.

Los árboles frenéticos de todas las ciudades,
los que adornaron calles y plazas y jardines,
sonando a remolinos de intensas tempestades
vinieron desde el fondo de todos los confines.

Los hombres desgarraron sus nidos y sus frondas,
los hombres deshicieron sus ramas en pedazos,
los hombres les hirieron con piedras y con hondas,
los hombres les rompieron los troncos y los brazos.

Y como roto ejército que emigra de la guerra,
venían retemblando los árboles heridos,
con las raíces hondas sacadas de la tierra
en medio de un tumulto de ciegos alaridos.

Sus pies como madejas de elásticos alambres,
huían impelidos con paso monstruoso,
echando sus tentáculos de trémulas raigambres
como la planta enorme de un cíclope asombroso.

Pasaban sacudidos lo mismo que banderas
deshechos en jirones al dardo de las balas,
sin pompas del estío ni verdes primaveras,
sin risas y sin luces, sin nidos y sin alas.

Vedlos, temblando avanzan con furia arrolladora
trocados en tragedias sus rústicos placeres,
y consternados vuelven la cara indagadora
a ver si vienen hombres, o niños, o mujeres,

Silbando como fustas sus trémulos ramajes
van cual en un desfile de homéricas zancadas,
huyendo de las hordas temibles de salvajes
con las temblantes hojas de miedo alborotadas.

Buscan las vastas selvas, buscan los bosques al-
el maternal origen que les prestó su aliento, [tos,
y por las cordilleras irán a grandes saltos
buscando de sus cunas de riscos el asiento.

Vosotras, cordilleras, eternos oleajes
de un temporal inmenso de bloques de granito:

os buscan vuestros árboles de bíblicos ramajes;
alzadlos a vosotras y toquen lo infinito.

Ellos semejan torres que el sol viste de lumbres,
guardianes que dominan los grandes horizontes;
son altos obeliscos que Dios plantó en las cumbres,
son bíblicas pirámides que Dios puso en los montes.

Los hombres no merecen tener por compañía
los cedros de altas crestras y troncos perennales,
los pinos resistentes de hombruna bizarría,
las cúpulas soberbias de palmas orientales.

Ved la esbeltez del álamo pasar en la carrera
tronchadas sus aristas y vástagos lucientes;
y la olorosa acacia que cruza lastimera
llorando mustias hojas y cálices dolientes.

Cipreses inflexibles cual índices cristianos,
laureles de áureos triunfos y glorias revestidos,
pasan igual que un roto tropel de soberanos,
pasan como un desfile de dioses destruídos.

¡Oh torbellino ciego de locos vegetales
que a vuestras selvas madres subís por las laderas;
huíd de entre los hombres terribles y brutales,
y os llenará de nidos el sol las cabelleras!

En épocas remotas de siglos venideros
en que en las almas entre la luz de otra cultura,
bajad entre los hombres y sed sus compañeros
cuando sus frentes sepan de amor y de hermosura.

Los árboles son torres que el sol viste de lumbres,
guardianes que dominan los grandes horizontes,
son altos obeliscos que Dios plantó en las cumbres,
son bíblicas pirámides que Dios puso en los montes.

CARLOS FERNANDEZ SAHW

(1865 Cádiz-1911)

96

LOS QUEJIDOS DEL ARBOL

En la tarde triste,
por el aire quieto del pinar adusto,
suena, pavoroso, repetido son.
El del hacha fuerte
con que el tronco parte de un robusto pino
la mano robusta de un buen leñador

Por él, por su esfuerzo, la leña del árbol,
que vió tantos siglos el triunfo del sol,
será, para muchos hogares humildes,
—en noches heladas—un foco radiante
de luz y calor...

Pero el árbol siente las anchas heridas,
y al sentirlas, ¡quéjase! con doliente voz.
Y en el aire quieto del pinar sombrío
sus quejidos suenan, con trágico son.

¡Sus quejidos hondos!... Con largos acentos
de vivo dolor.

¡Por los quietos aires de la selva fúnebre!
Y en la tarde triste de Enero..., ¡sin una
sonrisa del Sol!

Se escuchan, a intervalos, terribles hachazos,
los crujidos secos del tronco doliente,
y al punto las quejas del vivo dolor.
¡Las quejas, tan hondas,
del árbol maltrecho! ¡Su trágica voz!...

¡Ay, del árbol triste que su vida entrega
porque el hombre guste de grato calor!
¡Él, que fué columna del pinar ingente,
—magnífico templo—por gracia de Dios!

¡Y ay del hombre triste que su vida inmola,
porque alcancen todos, a la sombra santa
del hogar bendito, bienestar y amor!

97

EL AGUA DEL MONTE

I

La sed de la tierra

Hoy vago por un parque—pinar, jardín y huerto—
que siente sed intensa; la sed de largas horas;
que sufre las angustias horribles del Desierto,
por aguas suspirando, que lleguen bienhechoras.
Al fin las aguas vienen. Sus ondas se avecinan,

llenando la *cacera*; muy rápidas, a chorros...
Ya invaden *mis dominios*, y al punto se encaminan
por todos los regueros, prestándoles socorros.
Por todos los que miro, cavados en la falda
de un monte que reluce—dorado por el cielo,
vestido por sus frondas—con tonos de esmeralda.
Y en tanto se enriquece, con agua de la Sierra,
parece que respira, curada de su anhelo,
más viva, más alegre, más pródiga la tierra...

I I

El agua buena

Proteja Dios el agua, que tanto bien prodiga;
el agua que es regalo de montes providentes;
el agua tan amable: tan fresca, tan amiga,
que corre tan gozosa, llenando las vertientes.
El agua de los montes riquísimos, brillante
con tanto sol, que acrece su pródiga riqueza.
Es pura: no se admira pureza semejante
ni en cumbres, ni en barrancos. Encanta su pureza...
Es dócil: dócilmente, viniendo de la altura,
se esparce. No vacila. ¡Ni un punto! Ni se para.
Es clara: bien parece su límpida tersura
tersura de cristales, que el céfiro limpiara.
Y es buena, buena y buena; por eso: porque es pura;
por eso: porque es dócil; por eso: porque es clara...

III

Por los regueros

Las ondas que brotaran de tantos manantiales,
partidas en arroyos, menudos y someros,
recorren, como breves y plácidos canales
trazados a capricho, los múltiples regueros.
Copiosas los inundan, bajando bulliciosas;
regando, mientras cantan con sonos cristalinos,
aquí y allá, bosquetes de rosas y de rosas;
aquí, los tiernos álamos; allá, los fuertes pinos...
Con cuánto amor extienden la gracia de sus dones;
con cuánto amor difunden el son de sus canciones,
por todo el grato huerto, que en tanta luz se baña.
Animan y estimulan, encantan y embellecen,
y al ir, de cuesta en cuesta, dejándonos, parecen
las risas y sonrisas de un mundo: la Montaña.

IV

La vida del agua

¡Qué vida tan alegre, tan rápida, tan loca,
la vida, tan fecunda, del agua de los montes,
que baja de las cumbres, que va de roca en roca,
gozando de tan puros y limpios horizontes!
El agua de las cimas bien parte sus venturas.
Ya brota de la fuente; ya va, de calle en calle,
cruzando por el huerto; ya deja las alturas,
y al cabo distribuye mercedes por el valle.
Y al fin, cuando se extingue su rápida existencia,

perdiendo con su vida color y transparencia,
también reparte dones, feliz y agradecida.
Si a veces se evapora, su ofrenda rinde al Cielo.
Si filtrase por tierra, salud recobra el Suelo.
De modo que su muerte bien vale por su vida.

JOSE MARIA GABRIEL Y GALAN

(1870 Frades de la Sierra-1905)

98

DEL VIEJO EL CONSEJO

Deja la charla, Consuelo,
que una moza casadera
no debe estar en la era
si no está el sol en el cielo.

Tu hogar tendrás apagado,
y al mozo que habla contigo
le está devorando el trigo
la yunta que ha abandonado.

Mira que está oscureciendo,
que en las riberas lejanas
ya están cantando las ranas,
ya están las aves durmiendo.

Que tocan a la oración,
y hay gentes murmuradoras

cuyos ojos a estas horas
cristales de aumento son.

Y es que los oscureceres
son unas horas menguadas
que han hecho ya desgraciadas
a muchas pobres mujeres.

Mira, muchacha, que ha sido
la tarde muy bochornosa
y va a ser fresca y hermosa
la noche que ha producido.

Mira que son muy contadas
las fuerzas de la memoria;
mira que huelen a gloria
las mieses amontonadas,

y está tu galán delante,
y está tu hermanillo ausente,
y está el amor en creciente
y está la luna en menguante,

y a luz tan débil, yo creo
que sola a salir no atinas
del laberinto de hacinas
donde metida te veo.

Tal vez si el mozo me oyera
pensara que esto es perfidia,
creyera que tengo envidia,
que tengo celos dijera,

pues con la venda de amor
no viera que soy un viejo
que sólo con un consejo
puedo acercarme a tu honor.

Vete, muchacha, y no quieras
llorar prematuros gozos,
que sé lo que son los mozos
y sé lo que son las eras;

y en tales oscureceres
pláticas tales de amores,
dicen los murmuradores
que son de tales mujeres...

Y tienen razón, Consuelo,
que una moza casadera
no debe estar en la era
si no está el sol en el cielo.

LAS SEMENTERAS

I

Con el relente que le da tempero
la madrugada roció la tierra.
Se siente frío en la besana húmeda;
el terruño está solo. Ya alborea.

Lo dice levantándose del surco
la alondra mañanera
que desgrana en el aire el de sus trinos
hilo copioso de sonantes perlas.

Ya sale el sol de las mañanas tibias,
ya sale el sol de las mañanas buenas,
sol de salud, incubador de gérmenes,
sol de la sementera.

No tiene más testigos y cantores
que yo y la alondra en la besana escueta,
ni más espejos que el regato limpio
y el rocío en las puntas de la hierba.

Viene triunfante, coronado de oro;
radiante viene levantando nieblas;
y evaporando el matinal relente
que parece el aliento de la tierra.

Ya llegan mis gañanes con las yuntas
canturreando la canción primera
que les arranca el equilibrio plácido
del bien venir de la mañana buena.

Rayando los timones el camino,
y en alto la mancera,
vienen los bueyes con la cruz que forman
el yugo y el arado en la cabeza.

Ya escucho golpes secos
de mazos y de azuelas,
silbidos cariñosos,
nombres de bueyes que en besana entran
y uno que suena compasado ruido
como de riego de menudas perlas
al desplegarse el abanico de oro
de la simiente que los mozos riegan.

Estoy en el repecho
presidiendo mi hermosa sementera.
Todo lo escucho con avaro oído:
el blando hundirse de las anchas rejas;
el suave rodar hacia los lados
de la mullida tierra;
el alentar pujante de los bueyes,
de cuyos bezos charolados cuelgan
tenues hilos de baba transparente
que el manso andar no quiebra;
aquel pausado y firme
posar de sus pezuñas gigantescas;
el crujir dormilón de las coyundas
que el yugo pulimentan;
un aliento de brisa tan suave
que apenas se menea,
un hondo y general rumor de vida
y un ruido sordo de pujante brega.

Y tal como si el alma del terruño
viniese toda condensada en ella,
la tonada de arar surge solemne,
la tonada de arar al alma llega
cantando cosas dulces,
diciendo cosas buenas.

Sus mansas recaídas
parece que remedan
la suavidad de las laderas dulces
de la ondulada castellana tierra
o el tranquilo vaivén de los pensares
que el mar ondulan de las almas serias.

Y a mí también me hablan
sus lánguidas cadencias

del bien gozar los apacibles goces,
del bien llorar las bendecidas penas,
del buen amor de la mujer fecunda,
del bien sentir la paternal querencia,
y de un vivir sereno,
fuerte y seguro como aquel que llevan
paso de hierro sobre tierra blanda
los mansos bueyes de gigantes fuerzas.

II

Cruzan el cielo nubecillas tenues
que parecen blanquísimas guedejas
cortadas del vellón inmaculado
que dieron en Abril las corderuelas.
El sol baño el terruño,
se ve crecer la hierba
y huele a tierra húmeda
cargada de promesas.

¡Qué dulce es presidir desde el repecho
la propia sementera
si el cielo es transparente, fresco el aire,
húmeda y fértil la esponjada tierra,
el sol templado, la simiente sana,
robustas las parejas,
alegres los gañanes,
la tonada de arar sentida y lenta,
sabroso el pan de casa
y el agua del regato limpia y fresca!

La mente embebecida
se carga entonces de memorias bellas;

del lado del hogar me vienen todas,
que el hogar es el cielo de la tierra,
la paz de mi vivir me las regala
y en paz el corazón las paladea.
¡Aquella del hogar sí que es hermosa!
¡Aquella sí que es santa sementera!
También yo la presido,
también Dios la bendice y la gobierna.
Dios encendió en el cielo de la vida
el sol de los amores para ella,
para que al fuego santo
las almas y las sangres se fundieran;
Dios le da noches de fecundas horas
y luengos días de apacibles treguas...
¡horas sin luz que velen sus misterios
y horas de sol que sus entrañas templan!

Y Dios, Padre del mundo,
le da también cosecha
de frutos vivos que el vivir anudan,
de frutos bellos que el vivir alegran...

¡Señor, que das la vida!
Dame salud y amor, y sol y tierra,
y yo te pagaré con campos ricos
en ambas sementeras.

MANUEL DE SANDOVAL

(1874 Madrid-1932)

100

A MISTRAL

Deja que al lauro inmortal que tus sienas coro-
[na y abruma
ose añadir una rama, del Betis cortada en la orilla,
noble cantor de ese mar que en sus olas de plata y
[espuma
guarda aún el surco que el barco de Eneas trazó con
[su quilla.

Temple escuchando tu voz melodiosa de son pla-
[centero
el militar y entonado redoble la hispana epopeya;
venga a copiar en su clara y bruñida tersura de acero
toda la gracia y la luz de sus ojos ardientes Mireya.

Brinde el hogar español hospedaje, morada y al-
[bergue
al trovador que orgullosa y amante consagra Pro-
[venza,
roble que aún en la selva sagrada robusto se yergue,
y para el cual, sin que acabe la vida, la gloria co-
[mienza.

Vengan a honrarle las sombras de aquellos mag-
[nates y reyes
que, como él, en la liza incruenta justaron un día,
y, deponiendo su orgullo, acataron sumisos las leyes,
que aún soberanas gobiernan el mundo, de amor y
[poesía.

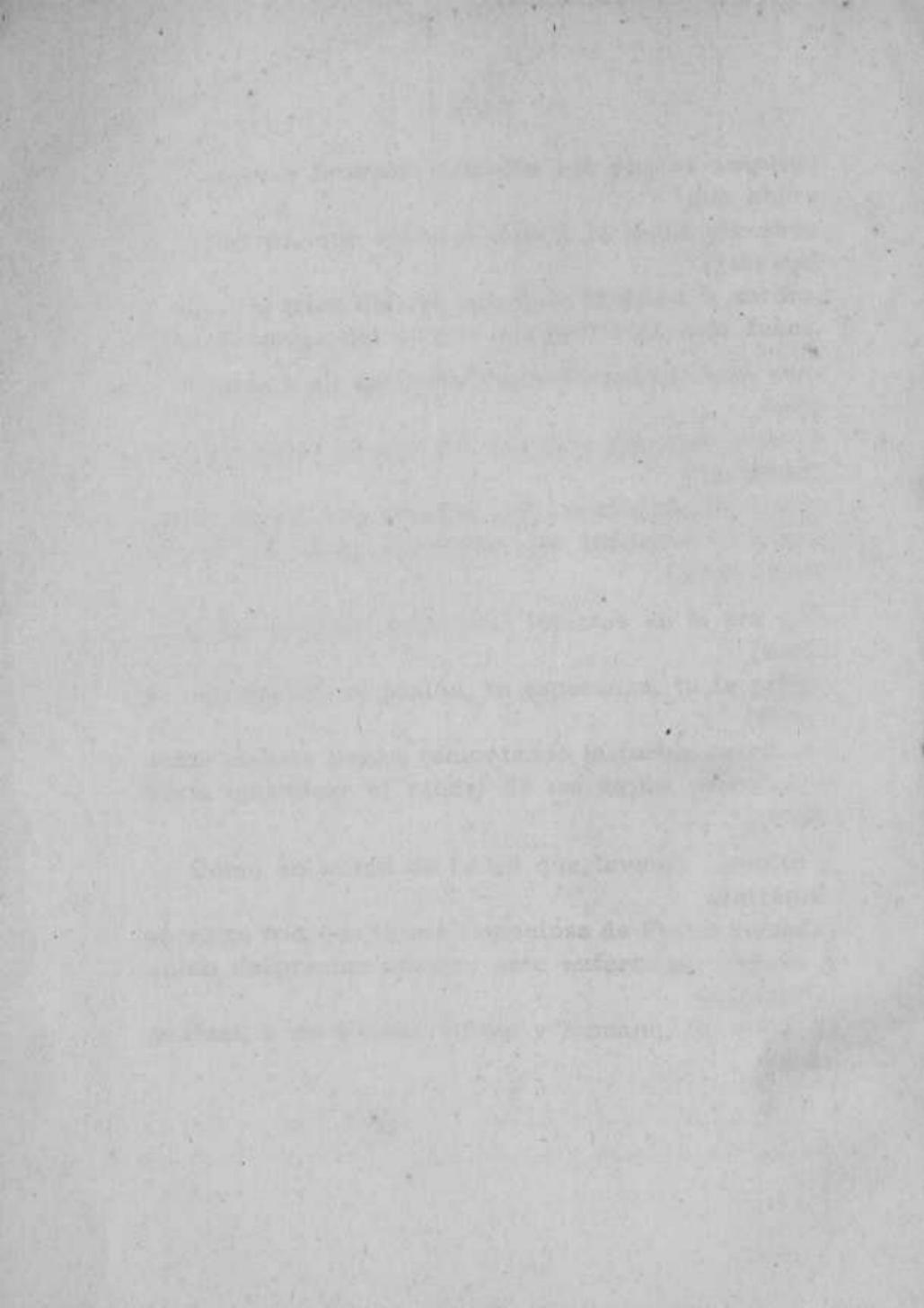
Vengan a honrarle también los poetas excelsos
[que ahora
alzan su voz, que entre el caos y la lucha vibrando
[resuena,
no como el trino del ave que libre saluda a la aurora,
como el cantar del obrero que anima la ruda faena.

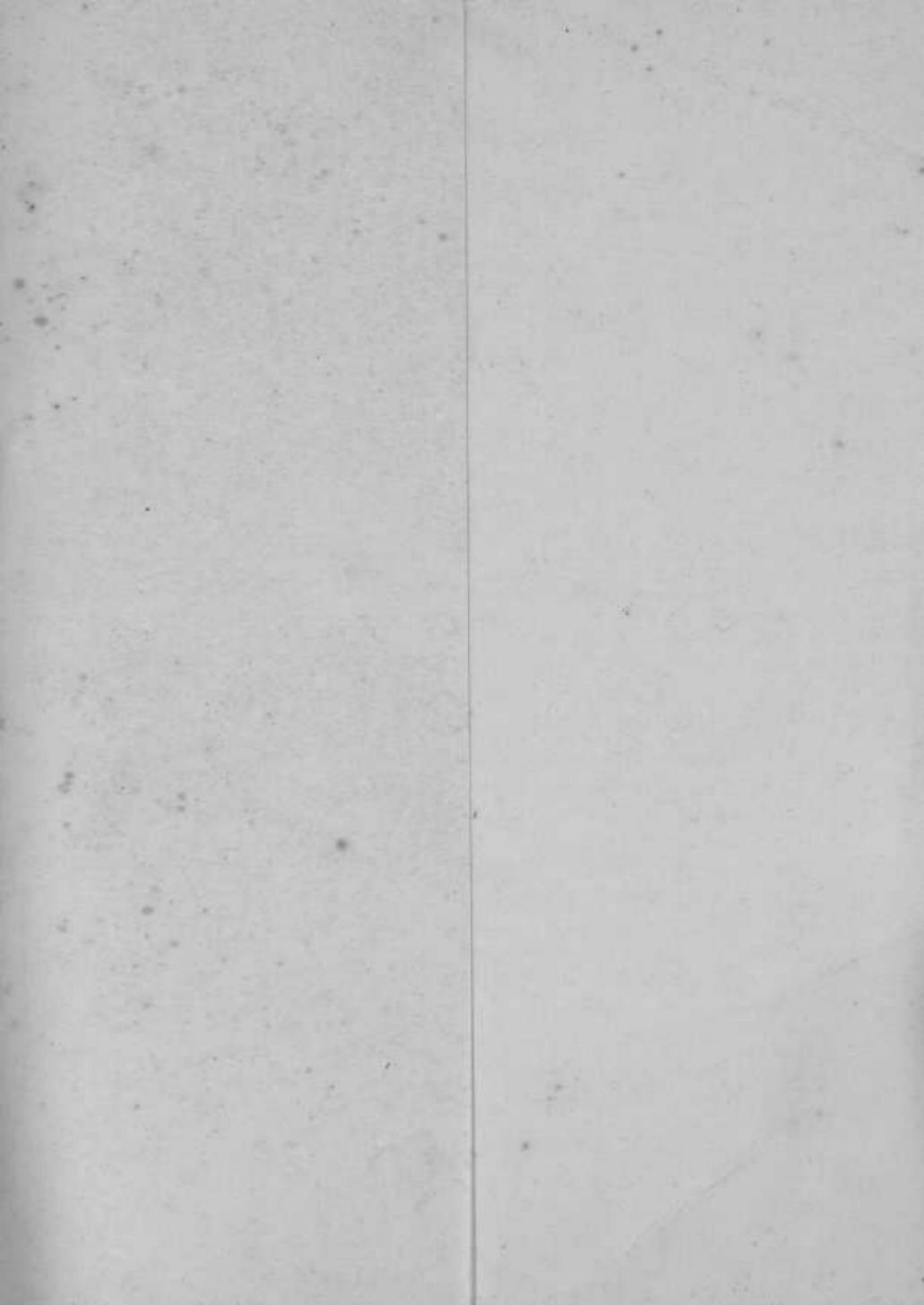
Vengan a oír de tus labios prudentes el sano con-
[sejo
para aprender el secreto del arte con que unes y
[hermanas,
con el candor y la risa del niño, la ciencia del viejo;
con la humildad, el respeto que infunden la gloria
[y las canas.

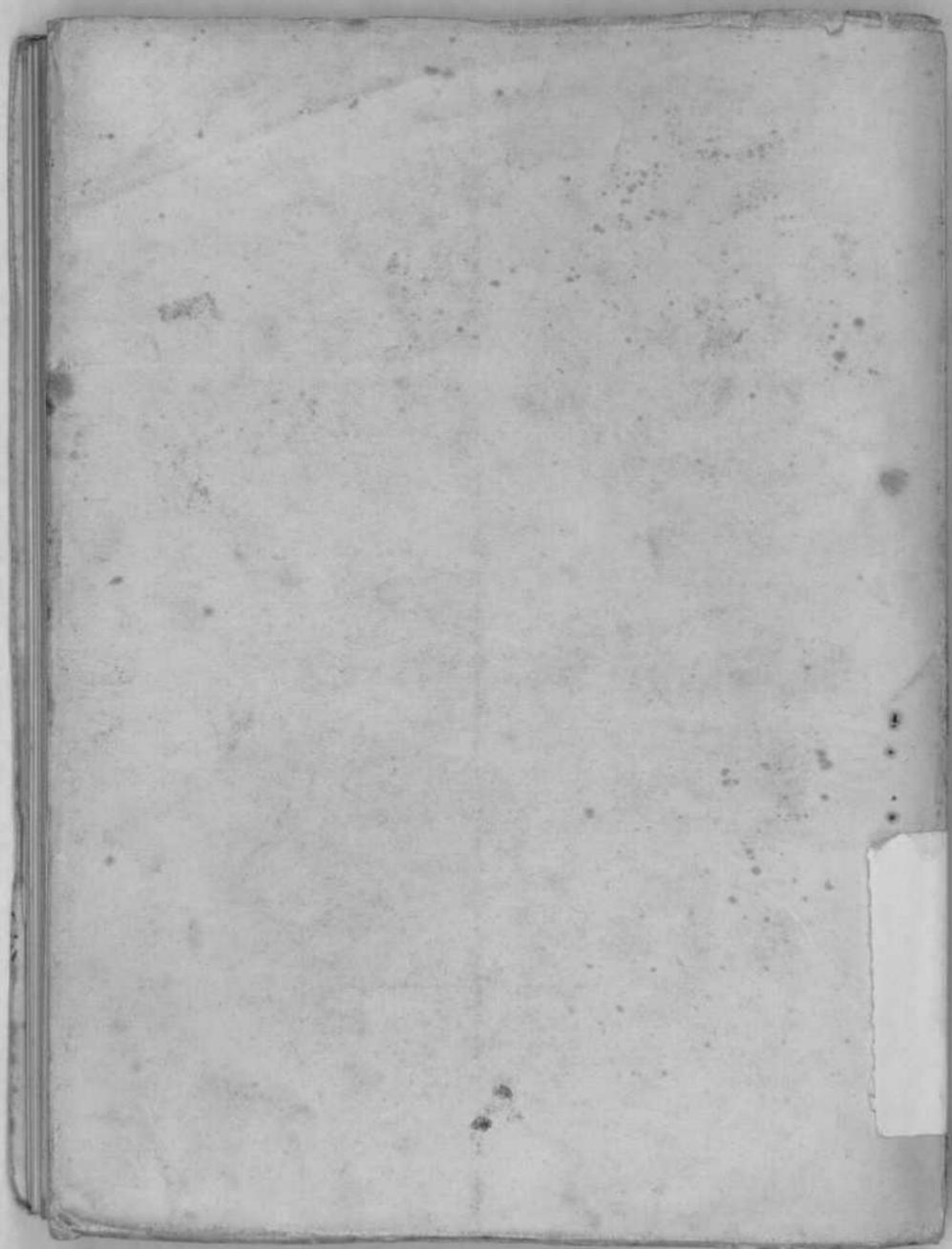
Diles tú cómo conservas intactas en la era pre-
[sente
tu ingenuidad, tu pasión, tu esperanza, tu fe primi-
[tivas;
cómo pudiste llegar, remontando la turbia corriente,
hasta encontrar el raudal de las aguas perennes y
[vivas.

Cómo en mitad de la lid que levanta tumulto y
[estrépito
suena tu voz, que la voz armoniosa de Femio remeda;
cómo desprecias nuestro arte enfermizo, caduco y
[decrépito,
y alzas, a un tiempo divino y humano, tu canto de
[aeda.









G 4333009